LA ENTREPLANTA

Nicholson Baker

Traducción de Ce Santiago

LA NAVAJA

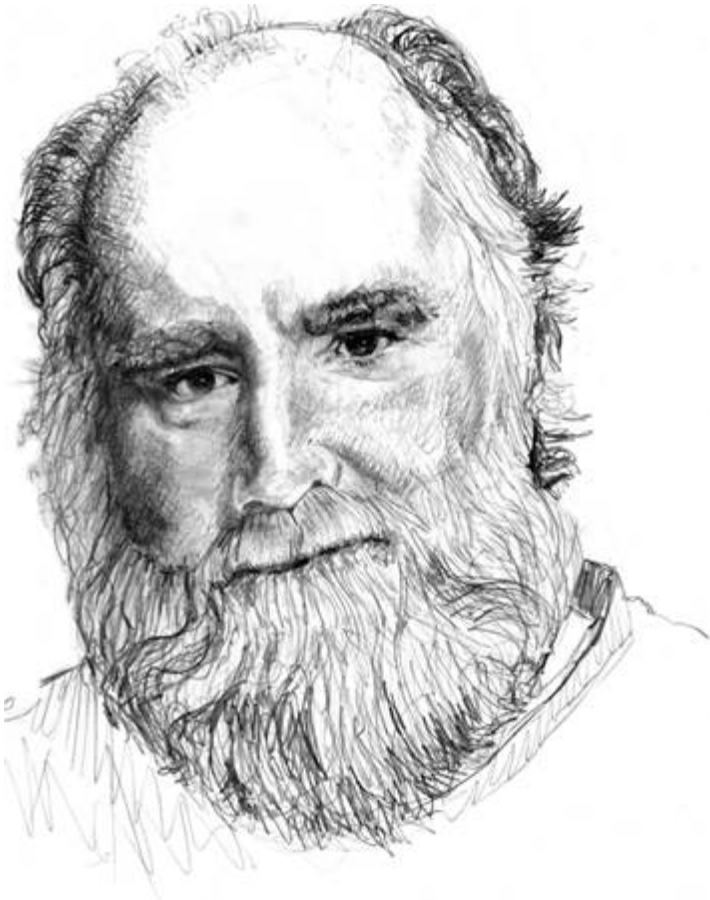
LA ENTREPLANTA

NICHOLSON BAKER

NICHOLSON BAKER

LA ENTREPLANTA

Traducción de Ce Santiago



Título original: *The Mezzanine*
Primera edición: noviembre, 2018

© del texto: Nicholson Baker, 1986, 1988
© de la traducción: Ce Santiago, 2018
© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert, S.L., 2018

Diseño de cubierta: Duró Studio
Ilustración de interiores: Laura Moreno

Publicado por La Navaja Suiza Editores
Producción del ePub: booqlab
Editorial Humbert Humbert, S.L.
Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 - MADRID
http://www.lanavajasuizaeditores.com
ISBN: 978-84-123059-7-5
IBIC: FA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

AND YES I SAID YES I WILL YES.

SIETE NOTAS SOBRE *LA ENTREPLANTA*

PATRICIO PRON

1

«¿Quieres que te cuente todas las cositas que se me pasan por la cabeza, sin dejarme ninguna?», pregunta la mujer al otro lado de la línea en *Vox* (1992), el episodio de sexo telefónico que conforma la tercera novela de Nicholson Baker (Nueva York, 1957). La respuesta de su interlocutor es, por supuesto, que sí; y, aunque en *Vox* da pie a la fantasía de una orgía en un circo y a una escena de seducción en la que desempeña un papel eminente el aceite de oliva y la limpieza de cañerías, la pregunta y su respuesta pueden ser vistas también como el punto de partida de toda la literatura del autor, comenzando por *La entreplanta* (1988), su debut literario. Más que ningún otro escritor de su generación, Baker exige de su lector un rotundo «sí» por respuesta para que su obra funcione, una entrega total y absoluta como la de Molly Bloom al final de *Ulises* de James Joyce -posiblemente el libro que funda la genealogía de los escritores más radicales del siglo XX a la que Baker pertenece por derecho propio- porque, cuando pregunta a su lector si este quiere que le cuente «todas las cositas» que se le pasan por la cabeza, el autor de *La entreplanta* no está bromeando: va a contarle absolutamente todas ellas, y son muchas.

2

Paul Valéry repudió la novela con el argumento de que esta debía forzosamente incluir frases como «la marquesa salió a las cinco», que le parecía una trivialidad; Antón Chejov, por su parte, exigía que, si en el primer acto de una obra teatral se hacía mención de un rifle, en el

siguiente el rifle fuera disparado. No existen los hechos insignificantes en literatura; y la novela del siglo XX -que, en ese sentido, es profundamente chejoviana- lo demuestra, también *La entreplanta*. ¿Qué narra la novela de Baker? Un joven empleado de oficinas llamado Howie aprovecha la pausa del almuerzo para comprar un par de cordones para los zapatos, come unas palomitas de maíz, un perrito caliente y una galleta, bebe un poco de leche, hojea una edición de bolsillo de las *Meditaciones* de Marco Aurelio, regresa a la oficina: eso es -trágica, hilarantemente- todo.

3

Y sin embargo es más que suficiente; de hecho, a Baker le alcanza -y le sobra- para poner de manifiesto muchos de sus talentos, como una percepción extraordinariamente aguzada de los detalles, un sentido notable del ritmo de la frase y de las posibilidades cómicas de la historia y una capacidad excepcional para convertir el flujo de conciencia del obsesivo, hiperracional Howie en algo que resulta próximo al lector, algo que abandona el ámbito privado -el interior del interior de la mente del personaje- para convertirse en un cierto tipo de experiencia extrema pero común con la que el lector puede identificarse, como su imagen en un espejo.

4

Nicholson Baker es considerado habitualmente un miniaturista: por una parte, sus novelas están repletas de pequeños detalles muy bien observados, como el de que las pajitas de plástico tienden a flotar sobre la bebida, el de la conveniencia de que la apertura de los cartones de leche conforme un pico que facilita el derramado o el de que la basura se acumula siempre en la parte superior de las escaleras mecánicas, y no en otro sitio. (Todos los ejemplos provienen de *La entreplanta*). Por otra parte, sus obras suelen «desarrollarse» -no es completamente correcto que las novelas de Baker se «desarrollen» en ningún sentido- en un espacio de tiempo reducido: una hora en *La entreplanta*, unos pocos minutos en los que el narrador sostiene en brazos a su hija en *Temperatura ambiente* (1990), algunos instantes en *Una caja de cerillas*(2003), unas horas en *Vox*. Sam Anderson observó, en la entrevista que le realizó para *The Paris Review* en 2011, que «lo que oculta el tono jovial de Baker es la convicción defendida

apasionadamente de que deberíamos honrar los detalles de nuestras vidas más que ser arrastrados por extrapolaciones y abstracciones»; pero el hecho es que, aunque esto es parcialmente cierto, la literatura del estadounidense posee un alcance mayor del que correspondería a la de un miniaturista: al escribir acerca del tránsito del envasado de la leche en botellas a su venta en cartón, sobre la conversión de los lugares de trabajo en espacios revestidos de moqueta por defecto o el surgimiento del sexo telefónico, Baker apunta a la conformación de una antropología urbana y muy personal cuyo mensaje es que, por insignificantes que parezcan a simple vista, todas estas pequeñas novedades suponen cambios significativos en nuestra percepción y en la relación que establecemos con los objetos y, de forma más amplia, con el mundo. Uno de los méritos más notorios y desconcertantes de *La entreplanta* es que en ella se fundan simultáneamente dos regímenes de distinto orden, el de un puñado de experiencias que no vuelven a ser las mismas después haber sido descriptas hasta su (aparente) extenuación -es improbable que el lector vuelva a atarse los zapatos o se enfrente a unas escaleras mecánicas del mismo modo en que lo hacía antes de haber leído esta novela- y el del sujeto que las evoca, en este caso el melancólico, obsesivo, Howie del que al final del libro no sabemos paradójicamente nada aunque nos lo ha contado todo.

5

A pesar de la aparente trivialidad de los pensamientos con los que personajes como Howie se entretienen en sus libros, la literatura de Baker se hace una pregunta muy poco trivial, la de cómo comprender cuál es el sentido de ciertas experiencias sin recurrir a generalizaciones. Jorge Luis Borges se negó a escribir alguna vez una novela afirmando que «una obra de trescientas páginas no puede prescindir de ripios, de páginas que sean meros nexos entre una parte y otra». Baker, en cambio, parece interesarse únicamente por esos nexos, los «ratos muertos» entre hechos «trascendentes» -y deliberadamente omitidos- que constituyen el contenido casi excluyente de sus libros y su muy particular aproximación al problema del conocimiento, que para el autor no está escindido del «poder alimenticio» de las percepciones más insignificantes cuando estas son vistas «al microscopio» y de la desestabilización producida por la emergencia de la vulgaridad como tema primordial del entretenimiento y la comunicación contemporáneos. Como afirma Ross Chambers en relación con *La entreplanta*, «la trivialidad de la narrativa de Baker sugiere […] una hipótesis que tiene más que ver

con cuestiones filosóficas que con la narrativa como tal. ¿Qué tipo de texto trata lo trivial como significativo? ¿Cómo se establece la importancia de lo (supuestamente) trivial? ¿Qué cambios supone esto en las formas en que concebimos el conocimiento y en los modos de comprobación en los que se basa nuestra manera de identificar el conocimiento? ¿Hay algo parecido a un "tiempo muerto" epistemológico que pueda tener un interés filosófico, educativo o crítico?».

6

La entreplanta es y no es una respuesta a estas preguntas: al igual que *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust y de los libros de Georges Perec -con quien Baker comparte también la preferencia por una *contrainte* o restricción que limite y a la vez multiplique las posibilidades de una situación narrativa-, *La entreplanta* es digresiva, proteica, multiforme. (Y aparentemente descriptiva, excepto por el hecho de que, como en Proust y en Perec, aquí no se describe en un sentido estricto, sino que se presenta la conciencia que lleva a cabo el acto perceptivo del que se deriva la descripción). Baker pasa de los surcos que los patinadores dejan en el hielo a las líneas de puntos en los formularios, a continuación habla de los troquelados, después deriva en los surcos de los discos y en las exigencias de su cuidado y al final piensa en las estrías que una embarcación deja en las aguas de una laguna: las diferencias de materiales, lo disímil de las condiciones de posibilidad de todos estos objetos y situaciones son suprimidos por el flujo de una conciencia que no los asimila pero tampoco los presenta contiguamente, que se contradice de a ratos a sí misma -una de las funciones más destacadas de las muchas y muy notables notas a pie de página del libro-, que no puede dejar de pensar en aquello en lo que supuestamente no se piensa nunca porque es banal, trivial, fatuo: que pretende agotar lo que narra pero no lo agota, lo funda para la novela y para su lector.

7

Vox fue descrita por la crítica como una novela «tediosa», *La fermata* (1994) fue considerada «repulsiva», *Checkpoint* (2004), «escoria», *Humo humano* (2008), «infantil»: el desencuentro entre Nicholson Baker y la crítica literaria se remonta a su primera novela, de la que el

crítico del *New York Times* Robert Plunket dijo que no tenía «ni historia, ni argumento, ni conflicto». (A pesar de lo cual, la crítica era positiva). *La entreplanta* sí los tiene, sin embargo, aunque estos no salten y hagan morisquetas frente al lector como desearía el crítico distraído: en algún sentido, su argumento es el de la fundación de una sensibilidad y la experiencia de asistir a ella. Se trata de una experiencia tan cautivante como la que, como admitió Baker en la entrevista de *The Paris Review*, tuvo lugar durante su escritura: «Fue totalmente absorbente, la sensación de estar hundido en medio de un estanque grande, tibio, casi inmanejable. Podía percibir cómo todas esas notas que tenía, todas esas observaciones que había guardado para usar alguna vez, se acomodaban finalmente relacionándose unas con otras. En algún lugar del capítulo tres, pensé, "Dios mío, ¡es un verdadero capítulo!". Y más tarde llegué al capítulo ocho y algunas cosas habían sucedido: no había ocurrido mucho, pero algo había ocurrido». Qué le pasó a Baker en ese punto, y qué le pasará con él a quien lea este libro, puede y tal vez deba ser omitido aquí para dar paso al ejercicio de entrega absoluta por parte del lector que la narrativa del escritor estadounidense compensa ejemplarmente, al «*and yes I said yes I will Yes*» de Molly Bloom sin el cual, en cierto sentido, no hay literatura posible; pero la conclusión del ejercicio sí merece ser mencionada, y se encuentra en *El antólogo* (2009), otra de las novelas del autor de *La entreplanta*: «Uno necesita el arte para amar la vida».

LA ENTREPLANTA

CAPÍTULO UNO

A la una casi en punto entré al vestíbulo del edificio en el que trabajaba y giré hacia las escaleras mecánicas, llevaba en una mano un libro de bolsillo de Penguin y una bolsita blanca de una droguería de la cadena CVS con la factura grapada en la parte superior. Las escaleras ascendían hacia la entreplanta, donde se encontraba mi oficina. Eran de esas de estructura flotante: un par de signos de integral que se elevaban precipitadamente entre los dos pisos a los que daban servicio sin puntales ni pilares con los que soportar ninguna carga intermedia. En los días soleados como este, una escalera provisional más pronunciada de luz diurna, creada por las intersecciones de las formidables cantidades de mármol y cristal del vestíbulo, confluía con las verdaderas escaleras justo por encima del ecuador de estas, expandiéndose en forma de resplandor acicular, y añadiendo prolongados y refulgentes realces a cada uno de los pasamanos de goma negra que oscilaban ligeramente a la vez que dichos pasamanos se deslizaban en sus rieles, como los radianes de lustre negro que surcan el ondulante borde externo de un LP[1].

Al aproximarme a las escaleras de subida, transferí involuntariamente mi libro de bolsillo y la bolsa de CVS a la mano izquierda, para poder asirme al pasamanos con la derecha, con arreglo a la costumbre. La bolsa hizo un ruidito de papel que crepita, y al mirarla descubrí que por un segundo fui incapaz de recordar lo que había dentro, se me enganchó el recuerdo a la factura grapada. Pero por supuesto, pensé, aquel era uno de los principales motivos por los cuales las bolsitas eran necesarias: mantenían la privacidad de tus compras, a la vez que daban al mundo muestras de que uno llevaba una vida ajetreada, rica, repleta de recados apremiantes. Previamente durante aquella hora del almuerzo, me había pasado por un Papa Gino's, una cadena en la que rara vez comía, para comprar un cartón pequeño de leche con el que acompañar una galleta que inopinadamente me había comprado en una franquicia en quiebra, atraído por la idea de pasar unos minutos en la plaza frente a mi edificio comiéndome un postre ya impropio de mi edad y leyendo mi libro de bolsillo. Pagué por el cartón de leche y entonces la chica (en la identificación con su nombre ponía «Donna») vaciló, percatándose

de que en la transacción faltaba un componente.

-¿Quiere una pajita? -dijo.

Vacilé a mi vez, ¿la quería? Mi interés por las pajitas para beber cualquier cosa aparte de batidos había decaído varios años atrás, alcanzando probablemente su máximo el año en que el mayor proveedor de pajitas cambió las de papel por las pajitas de plástico, y nos adentramos en la engorrosa era de la pajita flotante[2]; aunque aún me gustaban las pajitas de plástico acodadas, cuyos cuellos plisados se resistían a doblarse de un modo muy similar al ligerísimo agarrotamiento que padecen las articulaciones de los dedos cuando uno los mantiene durante un ratito en la misma posición[3].

Así que cuando Donna me preguntó si con mi cartón pequeño de leche quería una pajita, le sonreí y dije, «No, gracias. Pero igual una bolsita sí que querría». Ella dijo, «Oh, disculpe», y se apresuró a echar mano de una bajo el mostrador, conmovedoramente aturdida, pensando que ya había metido la pata. Era bastante nueva; se notaba por el modo en que abrió la bolsa: tres prolongaciones de una anémona como dedos en el interior, de la manera más lenta. Le di las gracias y me fui, y luego empecé a plantearme: ¿por qué había pedido una bolsa para meter tan solo un cartón pequeño de leche? No se debió únicamente a una necesidad abstracta de posesión, a un deseo de proteger de las miradas ajenas la naturaleza de mi compra -aunque este sea a menudo un poderoso motivo que no ha de ridiculizarse-. Los tenderos de los pequeños colmados familiares, que entendían de estas cosas, te metían de forma instintiva cualquier producto que compraras -un paquete de conchas de pasta, un cartón de leche, palomitas Jiffy Pop para hacer a la sartén, una barra de pan- en una bolsa: los alimentos destinados a ser consumidos en casa, consideraban, no han de ser vistos más que dentro de ella. Pero incluso después de marcar en la caja productos como cigarrillos o un bombón helado, destinados obviamente al consumo ambulante, a menudo te incitaban, «¿Bolsita?». «¿Una bolsa?». «¿Le pongo bolsa?». El embolsado servía evidentemente para señalar el momento exacto en el cual la titularidad del bombón helado pasaba al comprador. Cuando iba al instituto solía incomodar a los dueños de dichos colmados, conforme echaban mecánicamente mano de una bolsa para mi cartón de leche, levantando una palma y diciendo con oficiosidad, «No me hace falta bolsa, gracias». Me marchaba llevando serenamente el cartón en una mano, como si se tratara de un gran libro de consulta al que tenía que recurrir con tanta frecuencia que me hastiaba.

¿Por qué había desairado yo de manera intencionada aquella convención suya, si desde muy pequeño me encantaban las bolsas y había aprendido a volver a doblar las bolsas grandes y gruesas del súper tensando bien los pliegues y dando después toquecitos por todo

el centro de la doblez de cada lateral hasta que la bolsa comenzaba a encorvarse, como si estuviese herida, hasta que volvía a aplanarse? En aquel momento podría haber defendido quizás mi desaire aduciendo algo sobre desperdicios innecesarios, vertederos, etc. Pero el auténtico motivo era que por entonces me había convertido en un consumidor regular de revistas que mostraban fotos a color de mujeres en cueros, que en su mayor parte compraba no en los pequeños colmados familiares sino en los más recientes y más anónimos supermercados de barrio, repartiendo mis compras entre los distintos de la zona. En dichas tiendas, a veces el tipo de la caja retorcía con crueldad y fingida inocencia la convención del «¿Bolsita?», preguntando «¿Necesita bolsa?» -forzándome o bien a reconocer dicha necesidad con un gesto de la cabeza, o bien a hacerme el duro y a decir que no y a enrollar la revista de desnudos sin embolsar y a sujetarla al trasportín de mi bicicleta de tal manera que se viera solamente el anuncio de cigarrillos de regalo de la contraportada: «Carlton, el más bajo en alquitrán»[4].

Por lo tanto, el hecho de que durante aquel periodo a menudo dijera que no a una bolsa para un cartón de leche en los pequeños colmados familiares era un modo de demostrarle a cualquiera que pudiese haber estado siguiendo mis movimientos que al menos en aquel instante, al salir de la tienda, no tenía nada que ocultar; que de vez en cuando hacía las típicas compras domésticas libres de vicios. Y ahora le estaba pidiendo a Donna una bolsita para mi cartón pequeño de leche con la intención de, al fin, aclarar el desconcierto que hubiese causado en dichos colmados familiares, de entregarme alegremente a la convención, de legársela incluso a alguien que en el Papa Gino's aún no la hubiese aprendido del todo.

Pero existía un motivo más simple, menos antropológico por el cual le había pedido específicamente una bolsa a Donna, un motivo que, en aquel primer momento de análisis posterior en la acera, no había aislado del todo, pero que ahora, de camino a las escaleras mecánicas hacia la entreplanta y mirando la bolsa de CVS que acababa de pasarme de una mano a la otra, *sí* que percibía. Por lo visto siempre me gustaba tener una mano libre cuando caminaba, incluso si tenía que cargar con varias cosas: me gustaba poder darle una afectuosa palmada a la parte superior de un buzón verde para uso exclusivo del cartero, o hacer rebotar ligeramente mi puño contra la peana de acero de los semáforos, en ambos casos porque el placer de tocar aquellas superficies frías y polvorientas con el elástico músculo del lateral de la palma de mi mano resultaba intrínsecamente agradable, y porque me gustaba que otras personas me vieran como a un tipo con corbata si bien lo bastante desenfadado e informal como para andar haciendo eso que hacen los niños cuando arrastran un palo

contra los barrotes negros de una verja de hierro fundido. En especial, me gustaba hacer una cosa: me gustaba pasar caminando tan pegado a un parquímetro que pareciera que iba a estampar la mano contra él, y en el último momento levantar el brazo lo justo para que me pasara por debajo de la axila. Todas aquellas acciones dependían de tener una mano libre; y en Papa Gino's ya estaba sujetando el libro de bolsillo de Penguin, la bolsa de CVS y la bolsa con la galleta. Una posibilidad podría haber sido sujetar la forma de bloque del cartón pequeño de leche contra el libro de bolsillo, y los extremos superiores de la fina bolsa de la galleta y de la bolsa de CVS contra un lado del libro de bolsillo con el fin de dejar una mano libre, pero mis dedos tendrían que haber mantenido durante varias manzanas aquel incómodo agarre, entregados a levantar muros celulares, hasta que llegara a mi edificio. Una bolsa para la leche permitía una solución más grácil: podía hacer un rollo con los extremos superiores de la bolsa de la galleta, de la bolsa de CVS y de la bolsa de la leche *como si fuesen una única bolsa* y sujetarlas con mis acaracolados dedos, igual que si estuviese sacando a un niño de paseo. (Una pajita que sobresaliera de la bolsa con la leche habría obstaculizado dicho rollo, ¡menos mal que la había rechazado!). Luego podía introducir el libro de bolsillo en el espacio entre el rollo de la bolsa de papel y la palma de mi mano. Y esto es lo que había hecho, en efecto. Al principio la bolsa del Papa Gino's estaba rígida, pero enseguida mis pasos suavizaron un tanto el papel, aunque nunca la llevo hasta ese estado de absoluto silencio y afranelada suavidad que alcanza una bolsa cuando cargas con ella todo el día, con su manejable rulo tan finamente arrugado y adaptado a tus dedos que al llegar a casa incluso dudas si desenrollarlo.

No fue sino entonces, cerca de la base de las escaleras, mientras me fijaba en cómo mi mano izquierda se hacía tanto con el libro de bolsillo como con la bolsa de CVS, cuando consolidé la minúscula comprensión que casi había tenido quince minutos antes. Entonces no había sido etiquetada como conocimiento a retener para una posterior recuperación, y me habría olvidado completamente de ello de no haber sido por la visión de la bolsa de CVS, lo suficientemente similar a la bolsa del cartón de leche como para desencadenar leves vibraciones de comparación. Bajo el microscopio, incluso observaciones insignificantes como esta terminan casi siempre por revelarse como más incrementales de lo que más tarde uno se ve tentado a presentarlas. Habría resultado menos aparatoso, para el relato que estoy haciendo aquí de una hora del almuerzo específica de hace varios años, haber fingido que el pensamiento de la bolsa se me había ocurrido por completo y «de un tirón» al pie de las escaleras mecánicas de subida, pero lo cierto era que no se trataba sino de la

última de una secuencia muy larga de experiencias parcialmente olvidadas, inarticulables, que alcanzaba finalmente un punto al que por vez primera le prestaba atención.

En la bolsa de CVS había un par de cordones nuevos.

CAPÍTULO DOS

Mi cordón izquierdo se había roto justo antes del almuerzo. En cierto momento de la mañana se me había desatado el zapato izquierdo, y según me había sentado a mi escritorio a trabajar en un memorando mi pie había presentido su libertad potencial y se había zafado de aquella sauna de cordobán negro para aliviarse con movimientos rítmicos bajo mi escritorio sobre una zona del enmoquetado de pared a pared y el cual, al contrario que en las apisonadas zonas comunes, aún seguía tan mullido y fibroso como lo estuvo el día que lo instalaron. Únicamente bajo los escritorios y en las salas de conferencias apenas usadas seguía la hebra lo bastante afelpada como para conservar las hermosas emes y uves que el personal de noche dejaba a medida que con las pasadas de sus varitas aspiradoras hacían que franjas de penachos limpios de polvo se orientaran en direcciones que absorbían y reflejaban la luz a intervalos. El prácticamente universal enmoquetado de las oficinas debió de acontecer en el transcurso de mi vida, a juzgar por las películas en blanco y negro y los cuadros de Hopper: desde la expansión del enmoquetado, lo único que se oye cuando las personas pasan son sus propios ruidos -el frufrú de sus impermeables, el tintineo de la calderilla, el crujido de sus zapatos, los eficaces resoplidillos que hacen para indicar, a nosotros y a ellos mismos, que están ocupados y que tienen un buen motivo para dirigirse adonde sea, además de la ráfaga cuasisónica de las abrumadoras y fallidas fragancias de las recepcionistas y los ahogos disimulados y las lenguas sacadas y las manos con pulseras llevadas al gaznate que las secretarias perfumadas con mejor gusto intercambian en su estela-. En cada oficina uno o dos individuos (Dave en la mía), que poseen estilos especiales de caminar a zapatazos, puede que aún se las apañen para que sus pisadas se oigan; pero, en general, ahora en el trabajo todos volamos al ras: una mejora enorme, como sabe cualquiera que haya visitado esas zonas de las oficinas que por diversos motivos todavía presentan baldosines de linóleo -cafeterías, salas para el correo, cuartos de ordenadores-. El linóleo resultaba soportable allá cuando la luz incandescente estaba ahí para contrarrestarlo con un brillo mitigador, pero la combinación de fluorescente y linóleo, la cual debió de extenderse durante varios años

conforme ambas tendencias se solapaban, no es la más adecuada.

Mientras trabajaba, pues, mi pie se había zafado, sin aprobación alguna por parte de mi voluntad consciente, del zapato desatado en pos de la textura de la moqueta; aunque ahora, conforme reconstruyo dicho momento, me percato de que estaba operando también un deseo más específico: cuando deslizas el pie con su calcetín sobre una superficie enmoquetada, las fibras del calcetín y de la moqueta se enredan y se traban, de modo que si bien crees que estás disfrutando de la textura del enmoquetado, en realidad estás disfrutando del roce de la superficie interna del calcetín contra la planta del pie, algo que normalmente llegas a experimentar solo cuando te pones el calcetín por las mañanas[5].

Pocos minutos antes de las doce, paré de trabajar, tiré mis tapones para los oídos a la papelera y, con mayor cuidado, el remanente de mi café de la mañana -colocándolo en vertical dentro de los foques convergentes de la bolsa del cubo de la basura en la base del receptáculo en sí-. Grapé una copia a carbón de un memorando que alguien me había remitido a una copia de un memorando anterior que había redactado yo sobre la misma materia y en la parte de arriba escribí a mi director, con el mejor de mis garabatos informales, «Abe… ¿sigo machacando a esta gente o lo dejo?». Puse los papeles grapados en una de mis bandejas Eldon, inseguro de si reenviárselos o no a Abelardo. Luego me puse el zapato volteándolo con un toquecito en un lateral, enganchándolo con el pie y sacudiéndolo hasta que encajó. Todo esto lo completé a tientas con el pie; y al encorvarme sobre los papeles de mi escritorio para alcanzar el cordón desatado, experimenté una leve oleada de orgullo por ser capaz de atarme el cordón sin mirar. En ese momento, Dave, Sue y Steve, de camino al almuerzo, me saludaron con la mano al pasar por delante de mi oficina. Como estaba justo en mitad de atarme un zapato, no pude corresponder con desenfado al saludo, así que voceé un sorprendido, un sobrexcitado «¡Que vaya bien, muchachos!». Desaparecieron; tiré bien del cordón izquierdo y *bingo*, se rompió.

La curva de incredulidad y resignación que en aquel momento soporté fue del tipo que en la vida provocan cierta clase de sucesos, interrupciones de las rutinas físicas, tales como:

a) alcanzar el último escalón pero creyendo que todavía falta por subir otro escalón, dando un plantillazo contra el rellano;

b) tirar del hilo rojo que se supone que abre de par en par el envoltorio de una tirita Band-Aid y liberarlo por completo de este sin desgarrarlo;

c) ir a cortar un trozo de cinta adhesiva Scotch del rollo que

reside semihundido en ese negro y solemne dispensador suyo con aspecto de un viejo automóvil Duesenberg, oír el susurro ligeramente descendente del plástico con revestimiento adhesivo que se despega del anverso de la cinta al salir (con tono descendente porque la tira, si bien amplifica el sonido, se va haciendo también más larga conforme tiras de ella[6]), y entonces, justo cuando tienes la intención de cortar el trozo con el serrado metálico, llegar al más recóndito final del rollo, de tal forma que el segmento del cual has estado tirando flota inesperadamente libre. Ahora más que nunca, con el ascenso de las notas adhesivas, las cuales han logrado que los enormes dispensadores negros de cinta adhesiva luzcan todavía más pomposos y más Biedermeier y trágicamente obsoletos, uno casi cree que jamás va a alcanzar el final del rollo de cinta; y cuando lo alcanzas, se da una sensación cercana, si bien muy breve, a la conmoción y la pena;

d) proponerte grapar un grueso memorando y ansiar, conforme empiezas a reclinarte sobre la brontosáurica cabeza del cuerpo de la grapadora[7], acometer las tres fases del acto- *primera*, antes de que el cuerpo de la grapadora haga contacto con el papel, la resistencia del muelle que mantiene erguido el cuerpo; después, *segunda*, el momento en que la pequeña unidad independiente en el cuerpo de la grapadora hocica contra el papel y empieza a forzar las dos puntas de la grapa a penetrar y a atravesar el papel; y, *tercera*, el crujido que uno nota, como al mascar un cubito de hielo, conforme las dos púas gemelas de la grapa emergen del lado interno del papel y se doblan contra los dos hoyos de la plantilla en la base de la grapadora, curvándose hacia dentro en un abrazo cangrejil con tu memorando, hasta desacoplarse de una vez por todas de la máquina- pero descubrir, conforme te apoyas en la grapadora con tu codo inmovilizado y la respiración contenida y aquella se estampa desdentada contra el papel, que se han acabado las grapas. ¿Cómo ha podido traicionarte algo así de consistente, así de incremental? (Pero hay consuelo: te pones a recargarla, dejando al descubierto el cuerpo de la grapadora y colocando una larga y citaresca hilera de grapas en su sitio; y más tarde, al teléfono, te pones a juguetear con la sección de las grapas que no te ha cabido en la grapadora, la rompes en segmentos más pequeños, haciéndolos pender de un pernio de pegamento).

Como consecuencia de la decepción por el cordón roto, irracionalmente, visualicé a Dave, Sue y Steve tal como acababa de verlos y pensé, «¡Alegres gilipollas!» ya que era probable que hubiese

roto el cordón por transferir la energía social que había tenido que acopiar yo con el fin de soltarles un amigable «¡Que vaya bien!» desde mi posición agachada de atador-de-cordones a la fuerza que había empleado en tirar del cordón. Por supuesto, se habría roto igualmente antes o después. Era el cordón original, y los zapatos eran los mismos que mi padre me había comprado dos años atrás, justo después de que empezara en este trabajo, el primero tras acabar la facultad -por lo que dicha ruptura supuso una especie de hito sentimental-. Hice rodar hacia atrás mi silla para evaluar los daños, imaginando las sonrisas de mis tres compis de curro esfumándose de golpe si de verdad los hubiera llamado alegres gilipollas y lamentando aquel estallido de mala uva hacia ellos.

Sin embargo, tan pronto puse la vista en los zapatos, me acordé de una cosa que tendría que haberme chocado en el instante mismo en que se había roto el cordón. El día anterior, mientras me preparaba para irme a trabajar, mi *otro* cordón, el derecho, también se había roto al tirar bien de él para atarlo, bajo circunstancias muy similares. Lo reparé con un nudo, justo como planeaba hacer con el izquierdo. Fue una sorpresa -algo más que una sorpresa- pensar que después de casi dos años mis cordones derecho e izquierdo pudiesen fallar con menos de dos días de diferencia. Al parecer mi rutina de atarme los cordones era tan invariable y robótica que durante aquellos centenares de mañanas había infligido a ambos cordones idénticos niveles de desgaste. Aquella cercana simultaneidad resultaba de lo más excitante -lograba que las variables de la vida privada parecieran de repente aprehensibles y sometidas a ley.

Humedecí los hilos despeluchados del trozo que se había roto y los retorcí cuidadosamente hasta formar un empapado e insalubre minarete. Respirando suave y regularmente por la nariz, fui capaz de conducir el hilo guía salivalmente afilado a través del ojal sin demasiados problemas. Y entonces me asaltó la incertidumbre. Para que los cordones se hubiesen raído hasta el punto de romperse casi el mismo día, tendrían que haber sido atados casi exactamente el mismo número de veces. Pero cuando Dave, Sue y Steve pasaron por la puerta de mi oficina, yo me encontraba justo atándome un zapato *-un único zapato-*. Y en el transcurso de un día normal no resultaba en absoluto inusual que un zapato se desatara con independencia del otro. Por las mañanas, claro está, uno siempre se ataba ambos zapatos, pero los desatados aleatorios a mediodía tendrían que haber constituido una proporción relevante del desgaste total en aquellos dos cordones rotos, me daba que… un treinta por ciento, posiblemente. ¿Y cómo podía estar seguro de que dicho treinta por ciento estaba distribuido de manera equitativa -de que los zapatos derecho e izquierdo se habían desatado de forma aleatoria durante los

últimos dos años con la misma frecuencia?

Probé a traer a la memoria algunos recuerdos representativos de atarme los cordones para determinar si un zapato tendía a desatarse con mayor frecuencia que el otro. Lo que descubrí fue que no conservaba ni el más mínimo engrama de atarme un zapato, o un par de zapatos, que datara de una época posterior a cuando tenía cuatro o cinco años, la edad en la que había adquirido dicha habilidad. Más de veinte años de datos empíricos se habían perdido para siempre, no me acordaba de nada. Pero supongo que suele ocurrir lo mismo que en esos momentos de la vida que se recuerdan en tanto grandes avances: el descubrimiento de algo crucial, y no la repetición de sus aplicaciones posteriores. Daba la casualidad de que los primeros *tres* grandes avances en mi vida -voy a enumerar aquí todos los avances:

1. atarse los cordones
2. apretarlos en forma de X
3. una mano firme contra las zapatillas al atarlas
4. cepillarme la lengua además de los dientes
5. ponerme desodorante cuando ya estaba vestido del todo
6. descubrir que barrer era divertido
7. encargar un sello de caucho con mis señas para hacer más eficiente el pago de las facturas
8. resolver que las células cerebrales habían de morir-

tienen que ver con atarse los zapatos, pero no creo que ese hecho resulte muy inusual. Los zapatos son la primera máquina adulta que nos entregan para que dominemos. Aprender a atarlos no era lo mismo que observar a un adulto cargar el lavavajillas y que te preguntara luego con voz cariñosa si te gustaría cerrar de un empujón la puerta del lavavajillas y hacer girar la rueda del programa (con su molesto sonido de matraca) hasta Lavado. Aquello resultaba artificioso, considerando que estabas al tanto de que los adultos querían que aprendieras a atarte los zapatos; no les hacía gracia arrodillarse. Hice varios intentos por adquirir la habilidad, pero hasta que mi madre no colocó una lamparita en el suelo para que yo pudiese ver con claridad los cordones oscuros de un par de zapatos nuevos de vestir no la dominé de verdad; volvió a explicarme cómo realizar el nudo introductorio de base, el cual comenzaba a gran altura como un frágil rizo en forma de corazón, y se encogía conforme tirabas de las puntas de plástico de los cordones hasta que se formaba una pequeña pepita retorcida de un poco menos de un centímetro de largo, y me enseñó a progresar desde aquella base hasta la principal figura cotiledónea de cuerda, la cual resultaba no ser un verdadero nudo sino una ilusión, un truco que uno realizaba con el cordón doblando

segmentos de este sobre sí mismos y apretando en torno a ellos otras dobleces provisionales, pero todo aquello no era en realidad más que un esquema piramidal interdependiente, el cual conecté mucho después con un pareado de Pope:

> El hombre, como la generosa parra, vive respaldado.
> La fuerza que gana proviene de los abrazos dados.

Apenas unas semanas después de que adquiriera yo la habilidad básica, mi padre me ayudó con mi segundo gran avance, con la meticulosidad que demostró al enseñarme a apretar una por una las crucetas de los cordones, comenzando por la punta del pie y operando hacia arriba, enganchando un dedo índice debajo de cada X, para que al llegar a lo más alto fuese uno recompensado con sorprendentes longitudes de cordón disponibles para realizar el nudo, y al mismo tiempo sentías el pie firmemente encapachado y alerta.

El tercer avance lo hice por mi cuenta en mitad del patio del recreo, cuando me detuve, sin aliento, a atarme la zapatilla[8], la boca pegada a la rodilla y a su interesante aroma, ante mí una panorámica detallada de los hormigueros y de las pisadas de otras zapatillas (las mejores, de unas Keds, creo, o unas Red Ball Flyers, tenían un perímetro de triángulos asimétricos y varias concavidades en el centro las cuales imprimían perfectas cúpulas de tierra), y conforme me ataba otra vez la zapatilla descubrí que lo estaba haciendo de manera automática, sin tener que concentrarme en ello como al principio lo había hecho, y, más importante, que en algún momento del año anterior desde que aprendiera los movimientos básicos, era evidente que había evolucionado mis dos pequeños subescalones propios, *los cuales nadie me había enseñado*. En uno sostenía con el lateral del pulgar un tramo temporalmente tirante de cordón; en el otro estabilizaba la mano con un dedo corazón apoyado contra el lateral de la zapatilla durante las varias manipulaciones finales. Aquí el avance estaba en el reconocimiento por mi parte de haber desarrollado por cuenta propia refinamientos de la técnica en un área en la que nadie me había indicado que existían refinamientos aún por hallar: había personalizado un proceder adulto.

CAPÍTULO TRES

Progresos como aquel no volvieron a darse hasta después de cumplir los veinte. El cuarto de los ocho avances que he enumerado (para ponernos rápidamente al día, antes de regresar a los cordones rotos) llegó cuando aprendí en la facultad que L. se cepillaba la lengua además de los dientes. Siempre me había imaginado que cepillarse los dientes era una actividad que se ceñía estrictamente a los dientes, puede que a las encías -pero había tenido a veces dudas fugaces sobre si limpiar tan solo aquellas partes de la boca combatiera de verdad la fuente del mal aliento, que yo sostenía que era la lengua-. Desarrollé el hábito de fingir que tosía, ahuecando la mano delante de los labios para olisquearme el aliento; cuando los resultados me desagradaban, me comía un apio. Pero poco después de empezar a salir con L., ella, encogiéndose de hombros como si aquello fuese una cuestión de dominio público, me contó que se cepillaba la lengua todos los días, con su cepillo de dientes. Al principio me estremecí del asco, pero estaba muy impresionado. Hasta que no pasaron tres años no empecé a cepillarme la lengua yo también de manera regular. Para cuando se me rompió el cordón, me cepillaba de manera regular no solo la lengua sino también el cielo de la boca -y no exagero cuando digo que supone un gran cambio en mi vida.

El quinto gran avance fue mi descubrimiento de un modo de aplicarme el desodorante por las mañanas vestido del todo, un incidente que describiré con mayor detalle más adelante, ya que sucedió la misma mañana en la que me convertí en un adulto. (En mi caso, la adultez en sí misma no supuso ningún avance, si bien fue una útil baliza).

Mi segundo apartamento después de la facultad fue el escenario del sexto avance. La habitación tenía el suelo de tarima. Alguien del trabajo (Sue) me dijo que se sentía alicaída, pero que se iba a ir a casa a limpiar el apartamento, porque eso siempre la animaba. Yo pensé, ¡qué extraño, qué manierista, qué interesantemente contrario a mis propios principios y prácticas, limpiar adrede tu apartamento para alterar tu humor! Unas semanas más tarde, llegué a casa un domingo por la tarde después de haberme quedado a dormir en el apartamento

de L. Estaba extremadamente contento, y tras varios minutos leyendo, me levanté con el propósito de limpiar mi habitación. (Vivía en una casa con otras cuatro personas, de ahí que tuviese una sola habitación que fuese de verdad mía). Recogí prendas de ropa y tiré a la basura varios papeles; luego me pregunté qué sería lo que personas como L., o la mujer alicaída del trabajo, hacían después. Barrían. En el armario de la cocina encontré una escoba prácticamente nueva (no uno de esos diseños actuales con barbas sintéticas cortadas en diagonal de modo uniforme, sino una igualita a los modelos con los que me había criado, con ramitas doradas y como plisadas unidas a un mango azul por un alambre plateado enrollado a la perfección) que había comprado uno de mis compañeros de piso. Me puse manos a la obra, con el recuerdo de toda una cadena de descubrimientos subsidiarios de la niñez, como utilizar una de las pecheras de cartón de las camisas de mi padre a modo de recogedor, y abrazando la escoba con la axila a fin de barrer el polvo con una mano hasta el cartón; y descubrí que el acto de barrer alrededor de las patas de la silla y de las ruedecitas del mueble del estéreo y de las esquinas de la librería, perfilándolas con las pasadas en curva de mi escoba, como si estuviese poniendo cada pata de la silla y cada ruedecita y cada jamba entre comillas, hacía que viera aquellos elementos familiares de mi cuarto con renovada receptividad. El teléfono sonó justo mientras estaba barriendo una última pila de polvo, monedas y viejos tapones de los oídos -el momento en el que la habitación estaba de lo más limpia, porque la pila que acababa de juntar seguía allí como testimonio-. Era L. Le dije que estaba barriendo mi cuarto y que aun así me sentía muy contento, ¡eso de barrer me ponía extremadamente contento! Ella dijo que también acababa de barrer su apartamento. Dijo que para ella lo mejor era barrer el polvo hasta el recogedor, y que esas líneas grises como hechas con regla de residuo superfino, una tras otra, fuesen disminuyendo de grosor hacia la invisibilidad, pero sin jamás desaparecer del todo, según ibas retirando el recogedor. Tomé el hecho de que hubiésemos decidido de manera independiente barrer nuestros apartamentos aquella tarde de domingo después de haber pasado juntos el fin de semana como la prueba más sólida de que estábamos hechos el uno para el otro. Y de ahí en adelante cuando leía las cosas que sostuvo Samuel Johnson sobre lo mortífero del esparcimiento y los edificantes efectos de la industria, siempre asentía con la cabeza y pensaba en las escobas.

El avance número siete, que sucedió no mucho después del domingo de escobas, vino ocasionado por haber encargado un sello de caucho con mi nombre y mi dirección a una tienda de material de oficina, para así no tener que escribir una y otra vez mis señas cuando pagaba las facturas. Aquel día había llevado algunas cosas a la

tintorería, y el día anterior había llevado a un lejano suburbio varias sillas que L. había heredado de una tía para que unos ciegos les repararan las partes de mimbre; también había escrito a mis abuelos, y había encargado una transcripción de uno de los programas de MacNeil y Lehrer en el que uno de los entrevistados había dicho cosas que representaban con particular claridad un modo de pensar con el cual yo discrepaba, y había solicitado a Penguin, tal como sugerían en la contra de todos sus libros de bolsillo, una «lista completa de títulos disponibles»; dos días antes había llevado mis zapatos a que les cambiaran las tapas -es asombroso cómo las tapas se desgastan antes de que se rompan los cordones- y pagué varias facturas (lo cual me había hecho pensar en la necesidad de un sello con mis señas). Al salir de la tienda de material de oficina, tomé conciencia del poder de todas aquellas transacciones individuales, simultáneamente pendientes: por toda la ciudad, y en lugares escogidos de otros estados, se estaban poniendo en marcha eventos en mi nombre, se estaban llevando a cabo servicios, tan solo porque yo los había solicitado y en algunos casos pagado o acordado que pagaría más adelante por ellos. (La carta a mis abuelos no se ajustaba exactamente, pero contribuía aun así al sentimiento). No tardarían en verter caucho derretido en letras metálicas del revés que representaban mi nombre y mi dirección; unos ciegos estaban haciendo con los dedos movimientos como de clarinetista sobre los agujeros en los mimbres a medio reparar de las sillas, calibrando distancias y grados de tirantez; en alguna parte del Medio Oeste en habitaciones llenas de ordenadores Tandem y de multiplexores estadísticos Codex el registro magnético de varias tarjetas de débito a mi nombre se estaba sobrescribiendo con un nuevo registro magnético que se correspondía con una cifra reducida al céntimo por la cantidad que había escrito a vuelapluma en mis cheques con un rotulador de punta de fieltro (hacía la tradicional marca larga y ondulada después del «y 00/100» en la línea para los dólares, igual que hacían mis padres, y habían hecho sus padres antes que ellos); la tintorería no tardaría en cerrar, y en un saco en alguna parte de la tienda a oscuras, atada en un fardo para mantenerla separada de todos los demás fardos, detrás de los carteles descoloridos del escaparate que decían «Para un nuevo *look* a medida», mi ropa sucia descansaría durante la noche; confié en ellos para que se adueñaran temporalmente de ella, y ellos confiaban en que yo regresaría a su tienda y que les pagaría por hacer que pareciera nueva. Podría lograr que el mundo hiciera por mí todo eso y más, y a la par que todo aquello estuviera sucediendo, podría andar por la calle, aliviado de los pormenores de las tareas individuales, ¡viviendo la vida! Me sentía como un cocinero de comida rápida, despachando a la vez ocho o nueve pedidos de huevos, plantando las tostadas, dándole

la vuelta a las salchichas, disponiendo los platos, accionando el interruptor que iluminaba el número de camarera. Fue el sello de caucho en concreto lo que le puso la guinda al avance, porque, al llevar mi nombre, el sello condensaba todas aquellas acciones desde la distancia, y era en sí mismo un acto secundario con el que hacía un pedido de vida, acto que me había llevado mi tiempo, sí, pero que me ahorraría tiempo más adelante, *con cada factura que pagara.*

El octavo avance, el último en el que puedo pensar como previo al día de los cordones rotos, era un conjunto de cuatro motivos por los cuales era bueno que las células cerebrales hubieran de morir. De un modo u otro, la muerte de las células cerebrales llevaba preocupándome desde al menos los diez, convencido año tras año de que me estaba volviendo más estúpido; y cuando empecé a beber en cantidades moderadas, y salió en las noticias (estando yo en la facultad) que con menos de un tercio de litro de una bebida espirituosa se matan mil neuronas (creo que esa era la ratio), mi preocupación se intensificó. Un fin de semana le confesé por teléfono a mi madre que estaba preocupado porque durante los últimos seis meses en especial, el vataje de mi cerebro se había atenuado sensiblemente. A ella siempre le habían interesado las analogías materialistas para la cognición y me ofreció consuelo, tal como sabía yo que ella haría. «Cierto es», me dijo, «que tus células cerebrales se mueren, pero las que quedan desarrollan cada vez más conexiones, y dichas conexiones siguen ramificándose año tras año, y ese es el progreso que has de tener presente. Lo importante es el número de uniones, no la cifra bruta de células». Aquella observación me resultó sumamente útil. Durante el par de semanas que siguió a la noticia de que la proliferación de conexiones continuaba en mitad de la carnicería neuronal, conformé varias teorías relacionadas:

a) Empezamos, quizás, con un cerebro que está demasiado abarrotado de capacidad procesal pura, y por tanto la muerte de células cerebrales forma parte de una criba *planificada y necesaria* que precede a la ascensión a niveles más altos de inteligencia: las débiles se van disipando y los huecos que dejan, según son reabsorbidas, estimulan a los vástagos que les crecen a las dendritas, los cuales disponen ahora de más espacio en el patio del recreo, y surgen como resultado estructuras correlacionales complejas. (O tal vez la exacerbada necesidad de las dendritas de espacio para crecer fuerza una pugna por el emparejamiento: se enzarzan con botalones más endebles en su búsqueda de conexiones ricas en información, atajando por territorios intermedios y provocando que estos se marchiten y desconecten igual que los barrios cercanos a una

nueva autopista). Con menos células en total pero con más conexiones por cada célula, la calidad de tu conocimiento sufre una transformación: empiezas a tener mejor mano con las coyunturas, las personas entran en categorías, tus recuerdos pasados se enlazan y tu vida empieza a parecerte, a diferencia de cuando eras más joven, una cosa inevitable compuesta de un millón de pequeños fracasos y pequeños éxitos de desarrollo interdependiente, lo opuesto a un brillante collar de cuentas hecho de momentos autónomos. Los matemáticos necesitan todas esas neuronas de repuesto, y sus carreras se tambalean a la par que lo hacen sus neuronas, pero el resto deberíamos dar gracias por su desaparición, ya que deja sitio a la experiencia. Dependiendo del lugar del rango en que uno empiece, te desplazas conforme tu cerebro madura hacia el polo más rico, más mezclado: los matemáticos devienen filósofos, los filósofos devienen historiadores, los historiadores devienen biógrafos, los biógrafos devienen decanos de facultad, los decanos de facultad devienen asesores políticos y los asesores políticos se postulan para el cargo.

b) Usadas con precaución, sustancias que dañan el tejido neuronal, como el alcohol, pueden prestar ayuda a la inteligencia: uno corroe con dolor y veneno las partes cromadas y risueñas de la mente, las que te resuelven los autodefinidos, forzando así a las neuronas a que se responsabilicen de sí mismas y de las que tienen a su alrededor, curtiéndolas contra el acelerado desgaste de dichos disolventes artificiales. Después de una noche de envenenamiento, tu cerebro se despierta por la mañana diciendo: «Sí, me importa un cojón quiénes introdujeron la batata en Norteamérica». El daño que le hayas infligido sana, y las partes cicatrizadas y ya en el olvido muestran exterioridades inusuales, rugosidades suficientes como para convertirse en los nódulos en torno a los cuales la sabiduría entreteje sus fibrillas.

c) Las neuronas que fenecen son las que posibilitaban la imitación. Cuando eres capaz de imitar con destreza, el abanico de opciones ante ti resulta demasiado amplio; pero cuando tu cerebro pierde su capacidad excedentaria, y junto con ella un poco de agilidad, un poco del disfrute de improvisar y la ambición para hacer cosas que no le convienen, entonces no te queda otra que centrarte en hacer bien las pocas cosas que tu cerebro es capaz de hacer de verdad bien -las demás ya no te parecen ni apremiantes ni una distracción, porque están permanentemente fuera de tu alcance-. La sensación de que eres más estúpido de lo que eras es lo que te despierta al final

el interés por los asuntos verdaderamente complejos de la vida: por el cambio, por la experiencia, por las formas en que otras personas se han adaptado a la decepción y a la merma de capacidades. Te das cuenta de que no eres ningún prodigio, tus hombros se relajan y empiezas a mirar a tu alrededor, a ver que el resplandor azul del álgebra y la abstracción no es rival para lo pintoresco.

d) Las ideas individuales resultan heridas junto con los vínculos por los cuales viajan. Conforme son desmembradas y remembradas, dañadas, olvidadas y más tarde restauradas, se vuelven más sutiles, más jerárquicas, escalonadas con detalles medio desmoronados. Al descomponerse o sufrir daños, se regeneran más como una parte del yo y menos como una parte de un sistema externo.

Estos eran los ocho principales avances que tenía a mi disposición para llevarlos a efecto en mi vida el día en que me senté a reparar el segundo cordón deteriorado en dos días.

CAPÍTULO CUATRO

Después de haber terminado el nudo de reparación, un bulto con dos cabos deshilachados justo por debajo del par de ojales superior, tiré de la lengüeta del zapato -otro de los pequeños preludios al atado que me había enseñado mi padre- e inicié con cautela el nudo de regulación. Puse especial cuidado en reducir de escala la oreja de conejito que tenía que formar con el cabo ahora más corto del cordón, y que así quedase margen suficiente para apretarlos bien sin percances[9]. Observé con interés el fluido e inconsciente trajín de mis manos: eran las manos de una persona madura, con venillas y una buena cantidad de vello en los dorsos, pero que habían aprendido aquellos movimientos tan bien y tanto tiempo atrás que en ellas parecían persistir elementos de un yo mucho más pretérito, con agallas y cola. Reparé también en mis zapatos, por primera vez desde hacía un buen rato. Ya no parecían nuevos: pensaba que aún eran nuevos, porque más o menos había empezado en aquel trabajo con ellos, pero ahora veía que tenían dos profundas arrugas más arriba de la punta, intersecantemente ladeadas, como la línea del corazón y la línea de la cabeza en la quiromancia. Estas arrugas siempre me habían salido en los zapatos exactamente con la misma forma, un hecho desconcertante sobre el cual había reflexionado a menudo cuando era pequeño -había intentado acelerar la formación de la pareja de arrugas doblando a mano un zapato nuevo, y me había preguntado por qué, si el zapato tenía casualmente que empezar a doblarse por cierto lugar atípico, debido a una accidental debilidad del cuero en esa zona, jamás establecía la línea de la arruga en el lugar por el que había sido doblado por vez primera, sino que al final asumía el clásico patrón oblicuo en V.

Me puse en pie, hice rodar mi silla de vuelta a su sitio y di un paso en dirección a la puerta de mi oficina, donde mi chaqueta colgaba todo el día, sin usar salvo cuando el aire acondicionado se ponía violento o tenía que hacer alguna presentación; pero en cuanto noté que daba dicho paso, experimenté cómo mi insatisfacción con la idea plena de que solo con mis actos cotidianos de atarme los zapatos se me pudieran haber desgastado los cordones se agudizaba. ¿Qué pasaba con la variedad de minúsculos estiramientos y tironcitos que el

propio zapato ejercía sobre sus cordones mientras yo caminaba por ahí? Caminar era lo que había desgastado las tapas; caminar era lo que había añadido las arrugas a las punteras de mis zapatos -¿se suponía que tenía que descartar la relevancia del caminar en el rozamiento de mis cordones?-. Recordaba de algunas películas planos de una cuerda que mantenía en pie un puente y que conforme el puente se balanceaba esta se iba rayendo contra una roca afilada. Incluso si con cada paso el tejido del cordón se movía contra su ojal solo milimétricamente, al final aquel vaivén podría quizás hender las fibras exteriores, si bien el cordón no reventaría en realidad hasta que una fuerza relativamente grande, como el primer tirón que le daba al atármelo, fuese aplicada.

¡Estupendo! ¡Mucho mejor! Este modelo de paso-flexión (según lo había bautizado para mí, en oposición al anterior modelo de tirón-y-raído), pensé, explicaba bastante bien la coincidencia de las roturas de ayer y de hoy. Casi nunca saltaba a la pata coja, ni me recostaba contra un escaparate con un pie cruzado sobre un tobillo, ni flexionaba por lo demás un zapato con exclusión del otro -patrones de uso que habrían desgastado uno de los cordones de manera desproporcionada-. El año anterior me *había* resbalado en el bordillo congelado de una rampa para minusválidos, y al día siguiente había usado una muleta, durante una semana tuve especial cuidado con la pierna izquierda, pero una cojera de cinco días probablemente no tenía importancia, y en cualquier caso, no estaba en absoluto seguro de haber llevado esos zapatos nuevos, los mejores que tenía, durante esa semana, ya que no habría querido que aparecieran orográficas manchas de sal en las punteras.

A pesar de ello, reflexioné, de ser cierto que los cordones se raían por la flexión al caminar, ¿por qué lo hacían invariablemente solo en el lugar de contacto con el par de ojales superior de cada zapato? Me detuve en el umbral, mirando la oficina, con la mano reposada en el pomo cóncavo de metal[10], resistiéndome a este nuevo e inoportuno desconcierto. No tenía noticias de ningún cordón que se hubiese roto por un ojal intermedio. Quizás la tensión al caminar recaía con mayor fuerza sobre el giro de cordón en los ojales superiores, de igual modo que la tensión al tirar de los cordones para atarlos. Resultaba concebible, si bien asustaba imaginarlo, que el modelo de tirón-y-raído y el modelo de paso-flexión mezclaran de modo tan sutil sus coeficientes que la acción humana jamás distribuyera con exactitud la causación.

Fui hasta el cubículo de Tina, en cuyo tabique exterior se encontraba el panel de registro de salida, y moví el disco magnético verde que había junto a mi nombre de PRESENTE a AUSENTE, alineándolo con los discos de Dave, Sue y Steve. Escribí «Almuerzo» en

el espacio que se facilitaba para la explicación, usando un Magic Marker verde.

-¿Has firmado el póster de Ray? -dijo Tina, que salió haciendo rodar su silla. Tina tenía una buena mata de pelo, peinado de forma impresionante con espuma fijadora, alrededor de una cara pequeña e inteligente; era probable que justo entonces estuviera de lo más alerta, porque se estaba haciendo cargo de los teléfonos de Deanne y de Julie, las otras secretarias de mi departamento, hasta que regresaran del almuerzo pasada la una. En la zona más privada de su cubículo, a la sombra de la estantería bajo la lámpara fluorescente sin estrenar, tenía clavadas con chinchetas fotos de su marido con una camisa a rayas, de varios sobrinos y sobrinas, de Barbra Streisand y múltiples fotocopias de aforismos en tipografía gótica que rezaban: «Si no puedes librarte de ello, ¡métete de lleno!». Me encantaría poder rastrear alguna vez el progreso de aquellas máximas de aliento al personal por las oficinas de la ciudad; Deanne tenía otro clavado con chinchetas en uno de los tabiques de su cubículo, en mayúsculas reducidas a escombros por la distorsión de tantas y tantas fotocopias; decía: «¿EN SERIO QUIERES QUE APREMIE CON ESTE APREMIANTE TRABAJO QUE ME APREMIO EN APREMIAR?».

-¿Qué le ha pasado al viejo Ray? -dije. Ray era el responsable de vaciar las papeleras de cada despacho y cubículo y de reponer los productos del cuarto de baño, pero no de pasar la aspiradora, algo que hacía una empresa externa. Tenía alrededor de cuarenta y cinco años, estaba orgulloso de sus hijos, llevaba camisa a cuadros (para mí Ray estaba siempre asociado a la sensación de trabajar hasta tarde, ya que podía oír la gradual aproximación de las distantes colisiones de papeles y de los sonidos más sinuosos de las fundas de plástico conforme se abría paso por la hilera hacia mi oficina, vaciando la bolsa de cada papelera en un contenedor gris y triangular que empujaba, y dando con ello aquel día por verdaderamente finiquitado para aquel despacho, pese a que uno pudiese estar todavía trabajando dentro, porque cualquier cosa que entonces tiraras era *basura de mañana*. Antes de colocar una nueva bolsa de plástico en una papelera, dejaba oculta en el fondo una segunda bolsa plegada para el día siguiente, ahorrándose con cada parada varios movimientos; y hacía un nudo muy rápido en la bolsa para que no se retrajera, convirtiéndose de forma efectiva ella misma en basura, en cuanto uno desechaba algo voluminoso como un periódico).

-Se hizo daño en la espalda el fin de semana pasado mientras intentaba mover una piscina -dijo Tina.

Hice una mueca de dolor con oficinesca solidaridad.

-Una piscina desmontable, espero.

-Una de bebés para su nieto. Puede que esté un tiempo de baja.

-Eso explica por qué durante los últimos días, cada vez que tiro mi vaso de café, tengo que empujarlo por entre un esponjoso cojín de plástico. La persona que está ocupando el puesto de Ray no sabe cómo deshacerse del aire atrapado. Aun así, en cierto modo disfruto con el efecto… un efecto almohada.

-Estoy segura de que disfrutas del efecto almohada -dijo ella, flirteando mecánicamente. Me condujo hasta un póster extendido sobre el escritorio de una ayudante de investigación que había llamado para informar de que estaba enferma.

-¿Dónde firmo?

-Donde sea. Ten un boli.

Ya casi había sacado mi boli del bolsillo de la camisa, pero al no querer rechazar su oferta, dudé; al mismo tiempo, ella vio que yo ya tenía un boli, y con un «Oh» empezó a retirar el suyo de la posición de ofrecimiento; mientras tanto yo había decidido aceptar el suyo y tuve que soltar el de mi bolsillo, sin advertir hasta que fue demasiado tarde que ella había retirado la oferta; ella, al ver entonces que yo empezaba a echar mano del boli, canceló su retracción, pero entretanto yo, al procesar su anterior movimiento correctivo, había vuelto a echar mano de mi propio boli -de forma que completamos un jueguecito de desbaratos que fue como las reverencias mutuas que intercambias con un peatón que viene de frente, conforme ambos dais bandazos para indicar si vais a pasar por la derecha o por la izquierda-. Finalmente cogí su boli y examiné el póster; representaba, con rotuladores de colores de punta de fieltro, un jarrón que contenía cinco esbozos de flores largas y ensortijadas. En el jarrón había una leyenda, en caligrafía cursiva de sobresaliente, «¡Ray, te echamos de menos, esperamos que vuelvas pronto al trabajo! De tus compis de curro». Y en los pétalos de las flores a rotulador de punta de fieltro figuraban las pulcras, casi idénticas firmas de las muchas secretarias de la entreplanta, todas ellas realizadas en distintos ángulos. Entremezcladas con estas se hallaban las firmas más variadas de algunos de los encargados y de los ayudantes de investigación. Dije en voz alta algo sobre su belleza: *era* bello.

-Julie hizo el jarrón, las flores las hice yo -dijo Tina.

Encontré un pétalo no muy llamativo en la cuarta flor: no demasiado prominente, porque tenía la impresión de que las cosas se habían quizás enfriado un poco con Ray de un tiempo a esta parte -uno atraviesa ciclos inevitables de cordialidad oficinesca- y quería que viera primero las firmas de personas cuyos sentimientos estuviesen para él absolutamente claros. Y casi había firmado, y entonces me percaté por suerte de que la alta y horizontalmente comprimida firma de conquistador de mi jefe, Abelardo, con montones de tirabuzones y vanidosas florituras, se hallaba situada un pétalo por encima en la

misma flor que yo había escogido. Firmar con mi nombre tan cerca del suyo habría sido vagamente inapropiado: se podría interpretar como la aserción de una alianza especial (al estar mi firma más cerca que la de Dave o la de Sue o la de Steve, que también trabajaban para Abelardo), o podría parecer que implicaba que yo iba en busca del nombre de mi jefe porque quería estar cerca de otra persona exonerada, que evitaba las firmas del secretariado. Por aquel entonces llevaba firmadas suficientes tarjetas de despedida de la oficina y de cumpleaños y de que-te-mejores como para haber desarrollado una insana sensibilidad a los matices de la ubicación de la firma. Me desplacé a uno de los pétalos en las antípodas de la flor, cerca del nombre de Deanne, y firmé en el que esperaba fuera un ángulo original.

-Ray va a llorar de alegría cuando vea este póster, Tina -dije.

-Pero qué majo eres -dijo Tina-. ¿Vas a almorzar?

-Salgo a por unos cordones. Ayer se me rompió uno y justo ahora se me ha roto el otro. ¿No te parece extrañamente accidental? No se me ocurre cómo explicarlo.

Tina frunció el entrecejo durante un momento y luego me señaló.

-Resulta curioso que lo menciones, ¿sabes?, porque en casa tenemos dos detectores de humo, ¿vale? Hará como un año que los tenemos. La semana pasada, las pilas de uno de ellos se agotó y se puso a sonar «¡Pi!… ¡Pi!… ¡Pi!». Así que Russ salió a comprar unas pilas nuevas. Y entonces al día siguiente, por la mañana, justo salía yo por la puerta, tenía las llaves en la mano, y de pronto oigo el «¡Pi!… ¡Pi!… ¡Pi!» del otro. Dos días seguidos.

-Qué extraño.

-Sí que lo es. Sobre todo porque uno de ellos se dispara más a menudo, porque está más cerca de la cocina y no le hace gracia que haga nada a la parrilla. Pollo asado (¡pi! ¡pi!) ¡alerta roja! Pero el otro solo se ha disparado una vez que yo recuerde.

-Estás diciendo entonces que da igual si se usan o no.

-Sí, da igual. Espera un momento -su teléfono había empezado a sonar; se excusó levantando una mano. Luego, con una voz que de repente era dulce, eficiente, palatino-glotal, y susurrando levemente, dijo:

-Buenos días[11], despacho de Donald Vanci. Lo siento, Don no está disponible en este momento. Si me deja un número le diré que le devuelva la llamada.

Retirando con suavidad su boli de mis dedos, localizó su bloc de Mientras Estaba Fuera y anotó un nombre. Luego, repitiendo códigos de productos y cantidades, empezó a recoger un mensaje complejo.

Tuve unas ligeras ganas de irme, pero hacerlo habría resultado brusco. Entre lo del póster de Ray y lo del pollo asado, nuestro intercambio apenas si había traspasado el civismo de oficina hacia el reino de la conversación humana, y debía por tanto terminarse conversando: la etiqueta requería que esperara hasta que sus obligaciones telefónicas acabaran con el fin de intercambiar con ella una última frase, a menos que el mensaje que estaba recogiendo fuese a todas luces a alargarse más de tres minutos, en cuyo caso Tina, buena conocedora de las convenciones, me liberaría -dándole yo pie primero con algún movimiento del tipo «Caray, pues me tengo que pirar» (recolocándome los pantalones, comprobando que llevaba la cartera, un saludo jocoso)- moviendo los labios para articular un silencioso «¡Adiós!».

Mientras esperaba, comprobé la bandeja giratoria de los mensajes, pese al hecho de que había estado toda la mañana en la oficina y habría recibido cualquier llamada; luego, alargando el brazo hasta el cubilete de Tina, cogí su pesado sello de cromo para las fechas. Era un modelo que se entintaba solo: en reposo, el elemento interno para las fechas, ceñido con seis cintas de goma, mantenía su numerología actual pegada bocabajo contra el techo negro y húmedo del armazón. Para usarlo, colocabas la base cuadrada de la máquina sobre el trozo de papel que deseabas fechar y presionabas el pomo de madera (¡un pomo de verdad!) -entonces el elemento interno, guiado por unas curvas en S inscritas en la superestructura tipo grúa de caballete, iniciaba su grácil descenso rotativo, poniéndose bocarriba justo a tiempo para aterrizar como un módulo lunar, tocando el papel solo un instante, depositando la fecha del día, y apurándose después a regresar a su murcielaguil reposo-. Cuando llegaba por la mañana temprano, a veces observaba (a través de la pared de cristal de mi oficina) a Tina adelantar la fecha del sello para las fechas: después de que se hubiese acabado su dónut blanco, y se hubiese sacudido las migajas de las yemas de los dedos dentro del envoltorio de plástico en el que venía el dónut, y hubiese doblado el envoltorio con las migajas dentro hasta que formara una pulcra bolita blanquecina, y hubiese tirado la bolita a la basura, abría la cerradura de su escritorio y sacaba su grapadora, su bloc de Mientras Estaba Fuera (blocs que tendían a desaparecer si no los escondías) y el sello para las fechas de su cajón central ordenado con meticulosidad, colocando cualquier sobrecito adicional de sacarina que le hubiesen incluido con el café dentro de un compartimento especial del cajón que solo contenía sobrecitos de sacarina. Y entonces adelantaba la cinta de goma un único dígito, una representación con la que a estas alturas era probable que para ella diera comienzo el día, a modo de primer acto en la oficina -idéntico a cuando yo pasaba la página de mi calendario de mesa, con sus dos

anillas de metal por las cuales guiabas los agujeros de la página tamaño postal, hasta el día siguiente (lo cual era lo último que hacía yo la noche previa, porque encontraba desalentador afrontar los compromisos y los «por hacer» del día anterior a primera hora de la mañana), y que se había convertido en el mecanismo de escape que impulsaba mi propia vida.

Toqué los números de las cintas de goma del sello para las fechas, que se actualizaban con unas ruedecitas de metal que uno movía con los pulgares; las cintas que se correspondían con los días estaban negras del todo, pero la cinta que se correspondía con la década todavía estaba nueva y de color rojo goma, salvo por el 8, que estaba pringoso de tinta. Abrí la mano y me imprimí la fecha en la palma.

-Permítame que le lea de nuevo las cifras -decía Tina. Lo interesante de tener que esperar allí de pie a que terminara antes de irme a almorzar era que, pese a que estábamos en mitad de una conversación cuya interrupción era lo que me retenía allí, cuanto más tiempo esperaba, menos probable se hacía que la retomáramos donde la habíamos dejado, no por haber perdido el hilo, sino porque habíamos estado comentando temas livianos, desdeñables, y ninguno de los dos quería que el otro considerara que les había prestado demasiada atención: ambos queríamos preservar su estatus de comentarios fortuitos que habíamos hecho por casualidad en mitad de un centenar de otros aspectos igualmente interesantes de nuestras vidas los cuales podríamos haber mencionado con idéntica facilidad. Y en efecto, cuando por fin Tina colgó, dijo, abandonando al instante su voz telefónica, notando que me quería poner en marcha: ¿Qué tiempo hace? -Se recostó para mirar la cuadrícula de cielo azul y las dos tensas cuerdas de las poleas de la góndola del limpiacristales, visibles a través de la ventana de su jefe-. Ooh, hace un día buenísimo -dijo -. Tengo tantas cosas por hacer… Más vale que Julie no se retrase. Tengo que comprar un regalo de cumpleaños para mi ahijada, una tarjeta para el Día de la Madre…

-Ay, está al caer.

-Sip, y tengo que comprarle un collar antipulgas a mi perro, ¿y qué más? Me queda algo más.

-Pilas para tu segundo detector de humo.

-¡Eso es! No, en realidad Russ compró varias de repuesto. Un tipo listo, ya sabes.

-Un tipo listo -dije, dándome toquecitos en la sien tal como había hecho ella-. Dime una cosa… ¿dónde consigo unos cordones?

-¿En un CVS, quizás? Hay una zapatería donde el Delicato's… No, está cerrada. En CVS seguro que tienen, creo.

-¡Estupendo! -Puse el sello para las fechas en su posición correcta

sobre el escritorio-. Adiós.

-¿Has fichado?

Dije que sí.

Me señaló meneando el dedo.

-Tengo que estar pendiente de ti todo el tiempo. ¡Que almuerces bien!

Me alejé en dirección al aseo de caballeros, y a mi hora del almuerzo después.

CAPÍTULO CINCO

No es correcto decir «cuando era pequeño, me encantaba x», si todavía te encanta x. Admito que parte del placer de subir a las escaleras mecánicas provenía de las conexiones con recuerdos de la niñez que la experiencia sustentaba. Otras personas recuerdan que cuando eran niños les gustaban los barcos, los coches, los trenes o los aviones -y también a mí me gustaban- pero yo estaba más interesado en sistemas de transporte locales: los sistemas de los aeropuertos para el tratamiento del equipaje (esas lunas llenas de goma dura superpuestas que permitían que el carril móvil doblara una esquina, y que remolcaran con eficiencia a su vez el peso de la ropa comprimida; y el flequillo de tiras de goma que marcaba la transición entre el luminoso mundo interior de la recogida de equipajes y el mundo exterior de vehículos de gálibo bajo y de hombres con monos azules de faena); las cintas transportadoras de las cajas de los supermercados, que como máquinas de coser se activaban y desactivaban por medio de un pedal, con una costura parecida a una cremallera que aparecía una y otra vez; y las montañas rusas de los supermercados hechas de hileras de rodillos verticales dispuestos en una curva con forma de U sobre los cuales las cestas de plástico gris numeradas que contenían tus comestibles ya pagados y embolsados se deslizaban al exterior por unas portezuelas batientes; las máquinas para embotellar la leche que veíamos en las excursiones y que precipitaban las botellas en fila sobre carriles en curva con rodillos con rebordes de goma a cada lado en dirección a la máquina que de golpe las llenaba de leche y les plantaba una tapa de papel; las pistas de *luge* y de *bobsleigh* en las olimpiadas; los sistemas de manejo de las perchas en las tintorerías -sinuosos circuitos de plásticos crepitantes (¡NO ES UN JUGUETE! ¡NO ES UN JUGUETE! ¡NO ES UN JUGUETE!) y de ropa apenas visible que iban y venían desde el mostrador hasta las máquinas de planchado en el fondo de la tienda, tremolando de lado a lado conforme hacían eslalon entre ancianos que ante máquinas de coser antiguas dotaban de sentido a una pila de pares de pantalones revueltos con notitas clavadas con alfileres; tendederos que sacaban chirriando la ropa al espacio vacío y que chirriando la volvían a meter cuando la colada estaba seca; el expositor de pollos asados del Woolworth's que hacía

rotar pollos enteros naranja oro ensartados en brochetas; y los expositores giratorios de relojes Timex, cada reloj en su caja abierta igual que una almeja; los asadores con rodillos cilíndricos sobre los cuales los perritos calientes giraban en sentido opuesto a dichos rodillos, relucientes; engranajes que (como mi padre lo explicaba) en sus engrasadas intersecciones modificaban y encarrilaban las fuerzas. Las escaleras mecánicas compartían cualidades con todos estos sistemas, pero con una diferencia: era el único al cual podía subirme y dejarme llevar.

Así que mi placer al dejarme llevar por las escaleras mecánicas aquella tarde era en parte un placer de recuerdos y asociaciones indistintos, y no solo recuerdos del mundo de entusiasmos mecánicos de mi padre (y del mío propio), sino recuerdos también de mi madre llevándonos a mi hermana y a mí a los grandes almacenes y enseñándonos a acercarnos con precaución a las escaleras mecánicas. Me alertó de que no debía embutir un taco de chicle rosa de textura molar en el hueco entre una contrahuella curvada y el peldaño surcado de debajo -yo quería hacerlo porque quería ver el chicle aplastado por la compactadora fuerza de una máquina grande y firme, igual que los camiones de la basura forzaban las cajas de cartón hasta que las espachurraban unas con otras-. Ella aupaba a mi hermana conforme poníamos un pie en las escaleras, sujetando la ruidosa forma de la bolsa de la compra bajo el codo, y la soltaba un peldaño más arriba. Yo no podía agarrarme con comodidad al pasamanos de goma, y con sensatez no se me permitía estabilizarme con el peldaño superior que tenía delante. Conforme nos aproximábamos a la planta siguiente, podía ver un fulgor verde que salía de debajo de la rendija almenada por la cual desaparecían los peldaños de las escaleras; en cuanto me apeaba, sobre el extrañamente inmóvil linóleo y una tundra de enmoquetado después, me alcanzaban los suaves sonidos de departamentos que desconocía, como el departamento de «Señorita»: el repicar de las perchas con ganchos metálicos y armazón de plástico, perchas que no estaban en exceso cargadas con anecoicos trajes masculinos de lana sino que sostenían en su lugar ligeros pesos de hilo en apretados corrillos de colegialas alrededor de un letrero de cartón de LIQUIDACIÓN, acompañadas del melodioso tono del teléfono de la «Señorita», que tintineaba en pausados grupos de cuatro, un tintineo por segundo.

No obstante, si bien es cierto que mis pensamientos en torno a las escaleras mecánicas se componen ahora en un setenta u ochenta por ciento de esta clase de recuerdos infantiles, de un tiempo a esta parte me incomoda cada vez más incluirlos en las descripciones de las cosas que me encantan -y hasta hace apenas unas semanas, varios años después del trayecto en las escaleras mecánicas el cual vehicula este

recuerdo, no alcancé una posición en cierto modo más firme sobre todo el asunto-. Conducía en dirección al sur, en el carril central de una amplia autopista, como a las 7:45 de la mañana, un día de invierno muy azul, luminoso y sin nieve, de camino al trabajo que había encontrado después de dejar mi trabajo en el departamento de la entreplanta[12]. Tenía desplegado el dispositivo para protegerme de los rayos directos, que pegaban fuerte por la izquierda -de hecho, había ampliado el alcance de la sombra del parasol (ese bello alerón, con una muesca en una esquina para salvar el espejo retrovisor) insertándole una carpeta marrón por encima- de manera que el cielo ante mí estaba repleto de un azul puro y excelente, a la par que el sol no me daba de lleno, haciéndome entornar los ojos. Coches y camiones a mi alrededor estaban todos amablemente espaciados: lo bastante cerca como para crear una sensación de compañerismo y propósitos compartidos, pero no tanto como para que no pudieras virar con exuberancia hacia otro carril cada vez que así lo quisieras. En la mano izquierda tenía la vértebra del volante y en la derecha un café en un vaso de poliestireno con una tapa especial controlasorbos.

Me acerqué por detrás a un camión verde que iba como a unos ocho kilómetros por hora más despacio que yo.

Técnicamente se trataba de un «camión de la basura», pero no la clase de máquina urbana que te acude a la mente cuando oyes dicha frase (con la sección trasera en pendiente igual que la redecilla del personal que manipula alimentos). Era, en cambio, de esa clase de camiones de mayor tamaño que trasportan basura comprimida desde alguna central de procesamiento a un vertedero: un gran contenedor rectangular adosado a la cabina que lo remolcaba. Sé que la basura estaba de algún modo comprimida porque podía ver trocitos a presión asomando por el fino resquicio de debajo del panel trasero -no eran desechos recién recogidos de una densidad normal-, acolchada. Tenía gruesos cobertores de lona verde, muy sucios, desplegados por encima del contenedor, fijados a cada costado con unos pulpos tensados en ángulo.

Los ángulos de los pulpos y la transición entre aquellas líneas rectas y las tensas curvas festoneadas que formaban al tirar de los cobertores de tela fue lo que al principio me resultó más grato. Luego miré entre los pulpos a la superficie del contenedor de metal: siluetas orgánicas de óxido que se habían repintado con más verde, y el óxido, todavía activo, había seguido creciendo bajo su nueva capa, de tal forma que se daba una combinación entre el frescor de la pintura reciente y la degradación del óxido. Todo el conjunto tenía un aspecto crocantemente hermoso conforme cambiaba yo de carril para adelantarlo. Justo cuando de repente tuve frente a mí más cielo azul que camión verde, recordé que cuando era pequeño estaba muy

interesado en el hecho de que cualquier cosa, sin importar lo rugosa que fuera, o lo oxidada, lo sucia o lo desmerecida que estuviera, tenía buen aspecto si la ponías encima de un trozo de tela blanca, o de cualquier clase de fondo claro. El pensamiento me acudió con solo aquel prefijo: «cuando era pequeño», junto con la visión de cierto clavo oxidado de vía ferroviaria que había encontrado y colocado en una prolongación de hormigón del garaje la cual había barrido hasta dejarla lisa. (El polvo del garaje rellena las imperfecciones del hormigón cuando lo barres, creando una superficie muy lisa). Este truco del fondo claro, que se me había ocurrido cuando tenía unos ocho años o así, se podía aplicar no solo a las cosas que poseía, como a un grupo de braquiópodos fósiles que dispuse sobre una pechera de cartón blanco, sino también a las piezas de museo: los comisarios colocaban geodas, antiguos monóculos estadounidenses y raquetas para las botas sobre fondos de terciopelo negro o gris porque siempre que se hacía resaltar de aquella forma cualquier detalle del mundo, se le capacitaba para asumir su verdadera talla como objeto de atención.

Pero fue el camión de basura que vi *con treinta años* expuesto contra el cielo azul lo que me hizo recordar mi viejo descubrimiento del trasfondo. Pese a ser simple, el truco era algo que *justo entonces* me impactó por interesante y útil. Por tanto, la nostalgia del «cuando era pequeño» resultaba engañosa: convertía algo que me tomaba en serio como adulto en algo más opaco, menos preciso, más falsamente exótico, de lo que en realidad era. ¿Por qué tendríamos que precisar de tantísima nostalgia para concedernos cualquier placer obtenido de los descubrimientos que nos traemos de la niñez, si con tanta claridad se trata ahora de un placer adulto? Decidí que a partir de entonces no adoptaría esa mirada tan ausente cuando describiera las cosas que ahora me ilusionaban, independientemente de si habían sido primero entusiasmos de la niñez o no.

Como recompensa por esta resolución, más avanzado aquel mismo día estaba echando un ojo a una de las neveras en un súper de barrio y vi un sándwich en un envoltorio de plástico con la etiqueta «Queso crema y rodajas de aceituna». La idea de una sección de un pimiento rodeada de aceitunas y dispuesta como el ojo de una cacatúa sobre la capa de queso crema me impactó en tanto ilustración del mismo principio que aquella misma mañana había redescubierto: por separado, las aceitunas están o secas o en vinagre o en salmuera o mohosas -pero ponlas para que resalten sobre un fondo de queso crema y tendrás joyería[13].

Así que ahora deseo hacer dos cosas: colocar las escaleras mecánicas hacia la entreplanta sobre un fondo claro mental en tanto algo hermoso y digno de mi tiempo adulto en lo que pensar, y declarar que si bien extraía un alto porcentaje de júbilo de las

continuidades que el trayecto de adultez en escaleras mecánicas establecía con las escaleras mecánicas de mi niñez, procuraré no volar al ras sobre el tono de reminiscencia, como si únicamente los niños tuviesen la capacidad de maravillarse ante ese gran artilugio.

CAPÍTULO SEIS

Mientras sigo temporalmente intoxicado por esta sensación de franqueza, he de decir que no importa cuánto me esfuerce por tratar de evitar que las distorsiones sentimentales se me cuelen a hurtadillas, aun así van a colarse. En el caso de las escaleras mecánicas, es probable que pueda reprimir esta deformación, porque las escaleras mecánicas han estado presentes, invariables (quitando esa excitante temporada en la que aparecieron las escaleras con los laterales acristalados), durante toda mi vida -no se ha perdido nada-. Pero otras cosas, como los surtidores de gasolina, las cubiteras, los autobuses de línea o los cartones de leche, se han visto sometidos a cambios desconcertantes, y el único modo de que podamos comprender la proporción y el alcance y el efecto de dichos cambios, los cuales constituyen la con frecuencia indocumentada textura cotidiana de nuestras vidas (una textura áspera, pedregosa, como el arcén de una carretera, que normalmente pasa demasiado rápido por el microscopio), es recoger muestras de imágenes tempranas de los objetos en cualesquiera de las formas que adopten en el recuerdo infantil -y una vez se invocan dichos recuerdos infantiles, uno tiene que vivir con su tendencia constante a retorcer su historiografía fragmentaria con violas de absorta emoción-. Rara vez bebo leche hoy día; de hecho, el cartón pequeño de leche que compré en Papa Gino's para acompañar la galleta fue una de las ultimísimas veces: era una especie de prueba para ver si aún podía bebérmela con aquel viejo placer. (Uno tiene que realizar inspecciones por sorpresa de sus gustos y rechazos cada cierto tiempo de esta guisa para ver si sus reacciones se han alterado, me parece). Pero continúo admirando el cartón de leche, y creo que el cambio de las botellas de leche que te dejaban en la puerta a los cartones de leche con tejados en pináculo que compras en el supermercado supuso un cambio significativo para la gente de más o menos mi edad -de ser más joven uno se habría aliado sin duda con la novedad en tanto punto de partida y no habría sufrido pérdida alguna[14]; de ser más viejo ya habría agotado sus habilidades para apenarse por las viejas transiciones menores y se habría encogido de hombros ante dicho cambio-. Como crecí conforme la tradición evolucionaba, conservo, aún hoy, cierto asombro ante el cartón de

leche, que llevaba la leche a los supermercados en los cuales uno encontraba el resto de alimentos en cajas de cartón encerado de Sealtest en las que ponía «envasada al vacío», una bonita expresión de laboratorio. Vi por primera vez aquel invento en la nevera de la casa de mi mejor amigo, Fred, (no sé qué edad tendría yo, es posible que cinco o seis años): la idea radiante de desgarrar uno de los aleros triangulares del cartón, presionando sus solapas hacia atrás, usando en su contra la rigidez de su encolada juntura, forzando el cierre de dentro afuera, sin tener que tocarlo siquiera, hasta que formara una abertura de contorno romboidal que se convertía en un dispensador ideal, un dispensador *mejor* que la abertura circular de una botella o la boca de una jarra porque uno podía generar de manera muy sencilla un chorro de leche muy fino, permitiendo que este curvara por aquel arco conductor, algo que aprecié conforme fui perfeccionando mi habilidad para servirme mi propio vaso de leche o prepararme mi propio tazón de cereales -aquella idea radiante me colmó de envidia y de satisfacción-. Conservo un solo recuerdo de un método rival de envasado en cartón, el cual traía un tapón de papel incorporado en una de las esquinas del cartón que por arriba era plano; pero la triunfante superioridad de la idea del techo en pináculo, que de una forma tan grácil usa el medio de sellado como medio de dispensación (a diferencia de, pongamos, los pequeños dispensadores incorporados en los laterales de los paquetes de azúcar Domino o de las cajas de detergente para lavavajillas marca Cascade, los cuales, pese a ser intrínsecamente interesantes, no guardan relación alguna con las solapas encoladas en las partes superiores e inferiores de los cartones), barriendo a cualquier otra alternativa.

Pero tenía también una fuerte contrafascinación por el sistema de reparto a domicilio, el cual se las había arreglado para aguantar durante años ya en la era del cartón. Fue la primera vez que vislumbré el contrato social. Un hombre abría nuestro portón y dejaba botellas de leche en el vestíbulo, a crédito, recogiendo los cascos vacíos -¡confianza mutua!-. En segundo curso nos llevaron en bus a visitar una central lechera, y vimos hileras de botellas de cristal de litro que sobresalían de un contenedor con chorros de agua pulverizada encima de una máquina parecida a las palas de un barco a vapor mientras las lavaban. Pese a mi intensa admiración por el cartón, me sentía superior a quienes en el supermercado echaban mano al cajetín para retirar productos de Sealtest, admitiendo ante el mundo al hacerlo que no disponían de reparto a domicilio y que por lo tanto no eran en realidad miembros de la sociedad sino solitarios y errabundos. Aun así pronto empecé a notar que no todo iba sobre ruedas en el reino del reparto a domicilio. Empezamos con Lechera Onondaga, sus botellas de cristal de litro coronadas con un tapón de papel que se mantenía

gracias a unos pliegues doblados, el distintivo de la marca era un niño indio con la típica banda de plumas de las películas del Oeste que dudo que jamás llevaran entre las tribus al norte del estado de Nueva York. Luego empezaron las fusiones entre las compañías lecheras. La leche continuó apareciendo sin interrupciones, pero el nombre en la furgoneta del reparto, y la furgoneta misma, no paraba de cambiar. Los repartidores pasaban dos veces a la semana en lugar de tres. Raras y ajenas botellas de dos litros -las de la lechera Keen Way son las únicas que recuerdo- comenzaron a aflorar: una lechera empezó a usar las botellas compradas a las lecheras que cesaban su actividad, lo que venía a significar que *el nombre moldeado en la botella ya no encajaba con el nombre impreso en el tapón*, una perturbadora discordancia. Luego se abandonó del todo el cristal, que fue reemplazado primero por recipientes de plástico con asas rojas y después por los mismos cartones de Sealtest que uno podía comprar en el supermercado. Por hábito o por deferencia a la tradición, continuamos optando por el reparto a domicilio, pese a que la leche que nos traían se ponía mala cada vez antes, tras un día en el vestíbulo, fuera de la nevera, mientras mis padres estaban en el trabajo y mi hermana y yo en el colegio. Aunque al principio me resistí, mi madre empezó a comprar cartones suplementarios de Sealtest en los A&P, o me mandaba a por ellos a los pequeños colmados familiares; pero con el fin de mantener (eso pensábamos) a flote el servicio a domicilio cotidiano durante aquellos años crepusculares, respondimos a los tristes folletos promocionales que nos dejaban entre los cartones y diversificamos hacia el zumo de naranja, la leche chocolateada, el queso *cottage*, el suero de leche. Para entonces las furgonetas de reparto ya no traían pintado nombre alguno; éramos la única casa de la calle y quizás de todo el barrio que aún recibía entregas, sin duda más una molestia que un sostén: el repartidor, una persona diferente cada semana, pisaba bruscamente el acelerador en cuanto brincaba de vuelta al asiento de la furgoneta y metía primera -tenía toda una ciudad de aislados sentimentales que cubrir-. Finalmente la última compañía lechera fusionada nos dejó un folleto que decía que suspendían el reparto a domicilio, y la transición se completó. Digamos que fue en 1971. ¿Me consternó? Cualquier tristeza que sintiera se vio subyugada por el bochorno de habernos asociado con los perdedores, con unos servicios que podrían agruparse con las carretas de caballos que traían hielo y carbón, con los vendedores de escobas de Fuller y con pedirle a la operadora que te pusiera con un número, en la era de las cafeteras Brasilia, de los cepillos de dientes eléctricos Water Piks, de los brazos segmentados sobre ruedas que se desplegaban desde las puertas de embarque de los aeropuertos para apretar sus curvadas y acomodaticias terminaciones de vinilo contra las regiones remachadas

de las puertas de los aviones al descargar pasajeros, y de las escaleras mecánicas.

Pero como el cambio gradual se completó antes de que me hiciese adulto, cada vez que lo pienso me veo tentado a apartarme de la historia hacia toda clase de detalles emocionales de poco fiar. A mi madre le llevó varios años dejar de intentar rasgar por descuido el lado que no era de los cartones de Sealtest, pese a haberle sermoneado yo sobre el hecho de que uno de los triángulos tenía mucho más pegamento que el otro, diferencia indicada con las palabras «Abrir por aquí», rodeadas con el contorno de una flecha -hacer caso omiso era no tomarse en serio el invento-. Mi padre preparaba café con hielo después de pasarse la mañana cortando el césped o trasplantando setos, y con frecuencia se dejaba el cartón en la encimera al acabar, *con el caño abierto*. Y aquí me veo empujado, por voluntad propia esta vez, a considerar los excelentes cafés con hielo de mi padre: varias cucharadas de café soluble y azúcar, licuadas hasta formar un ponzoñoso sirope con apenas medio centímetro de agua caliente del grifo para eliminar cualquier grumo, luego cuatro o cinco cubitos de hielo, agua hasta la mitad del vaso, y leche hasta el borde: con tantísimos cubitos que hasta que no se derretían un poco, siseando y resquebrajándose, con la leche descendiendo en difusivos remolinos en torno a ellos, apenas era capaz de llegar con la cuchara al fondo del vaso para remover la bebida[15]. Su plan era comercializar una versión moca llamada Café Olé en botellas, una réplica de las cuales, con un dramático logo estilo el Zorro que cruzaba en diagonal toda la etiqueta, descansó durante un tiempo en la repisa de nuestra chimenea hasta que el plan se dejó de lado. He de incluir, también, la leche en subsidiados cartones de cuarto de litro que comprábamos en el colegio por cuatro centavos y las carreras que nos echábamos los unos a los otros para bebérnosla con la pajita de papel de una sola inhalación ininterrumpida que nos helaba el cráneo -esos místicos cuatro centavos nos vinculaban no solo con el dibujo del alto vaso de leche del póster de los cuatro grupos de alimentos sino también con la regla de que uno debía beber cuatro vasos de leche al día, una regla que yo seguía a pies juntillas, bebiéndome los cuatro de una sentada antes de irme a la cama si era necesario.

Todos estos recuerdos que la nostalgia impulsa se vierten de aquel cartón de Sealtest, me desvían de mi rumbo, distorsionan lo que quiero que sea una simple declaración de gratitud por un gran diseño de envasado que por casualidad llegó a ser de uso generalizado cuando era pequeño. Espero con ansias el tiempo en que como adulto haya pensado sobre productos como la leche y el queso lo suficiente como para que esa no-pasteurizada mácula de sentimentalismo haya desaparecido de la cuestión; pero hasta entonces, aparte del reciente

asunto del queso-crema-y-rodajas-de-aceitunas, no se me había ocurrido más que una sola unidad adicional de pensamiento lácteo: últimamente me he puesto en contra de la leche en tanto bebida. Durante mi primer año de facultad se convirtió en creencia extendida que «la leche genera más mucosidad» y que por lo tanto debía evitarse cuando uno estaba resfriado -aquel fue el comienzo de mi desencanto-. No mucho después me percaté de que parecía recubrirme la lengua y provocarme mal aliento, algo que, como ya he dicho, deseaba evitar por todos los medios, y pocos años más tarde se reveló que L. era alérgica a la leche: le provocaba diarrea con motitas de sangre, y ver a alguien engullendo un vaso entero de leche fría por la tele la hacía gruñir del asco. Antes de comprender que era físicamente alérgica, atribuía su aversión a la influencia de su padre: él, según me contó ella, asociaba los productos lácteos con cierta clase de alegre tosquedad -monitores de campamento rubios con voz de *mezzosoprano* y wagnerianos cascos vikingos sentados entre lupinos y bebiendo un tazón tras otro, con las rodillas y los pómulos creciéndoles visiblemente-. Lo recordaba citando sombríamente el *Germania* de Tácito, algo sobre «bárbaros que se untaban el pelo en manteca». (¿O no era Tácito sino Amiano Marcelino?). Y yo, influenciado por la aversión de L., comencé a sentirme incómodo cuando veía cómo esa película traslúcida que quedaba en un lado del vaso de leche a medio beber ascendía estrechándose hasta el lugar del borde en que alguien había posado los labios para sorber; a lo que se sumaban mi compasión por todos aquellos episodios de diarrea por los que tuvo que pasar hasta que comprendió que era alérgica y mi profundo deseo de que no pensara en mí como en alguien con el pelo mantecoso. Cuando L. tenía que usar leche en alguna receta, olisqueaba la abertura del cartón con suspicacia, insegura de su frescor, pero insegura también de si aquella inseguridad suya no era en realidad una aversión al olor normal de la leche; y finalmente decía: «¿Crees que está buena?» tendiéndome el cartón con una pragmática expresión de labios y cejas fruncidos que a mí me gustaba un montón -aquella expresión de «¿Serías tan amable de corroborar este mal olor?»- escrutándome cuidadosamente la cara conforme me llevaba el cartón a la nariz. Y he aquí otra grandeza colateral del cartón de leche: la pequeña forma romboidal del caño se ajusta perfectamente a la nariz, concentrando cualquier agrio aroma: ninguna amplia abertura circular de ninguna botella de leche podría haber resultado tan útil para hacer el diagnóstico.

Tengo, pues, una sola unidad de pensamiento adulto en torno a la leche para contrapesar las docenas de unidades de la niñez. Lo cual es cierto para muchas, puede que la mayoría, de las materias que son importantes para mí. ¿Llegará alguna vez el tiempo en que no sea yo

tan absolutamente dependiente de los pensamientos que se me ocurrieron en la infancia para el suministro de materia prima destinada a mis comparaciones y analogías y mi percepción de los ritmos paralelos de la microhistoria? ¿Alcanzaré un punto en el que exista una buena probabilidad, y me refiero a una probabilidad mayor del cincuenta-cincuenta, de que cualquier idea al azar que salte de nuevo al proscenio de mi consciencia sea una idea que se me haya ocurrido por vez primera siendo adulto, en vez de una que reiteradamente tuve de niño? ¿Será alguna vez el universo de todas las cosas posibles de las cuales pudiera acordarme un universo en su mayoría adulto? Eso espero -en efecto, si fuese capaz de localizar el momento preciso de mi pasado en el cual me hice adulto de modo concluyente, unos cálculos sencillos determinarían cuántos años faltan para alcanzar esa nueva etapa de mi vida: el fin del régimen de la nostalgia, el comienzo de mi auténtica Mayoría-. Y, por suerte, soy *capaz de recordar* el día exacto en el que dio comienzo mi vida de adulto.

CAPÍTULO SIETE

Ocurrió cuando tenía veintitrés años, llevaba cuatro meses con el empleo en la entreplanta, en una época en la que tenía solo cinco camisas. Podía ponerme cada una, a lo sumo, tres veces, salvo la azul, que seguía estando impecable si la llevaba una cuarta vez, siempre y cuando en ninguna de las veces previas la hubiese llevado en días inusualmente calurosos. En la tintorería no admitían menos de tres camisas a la vez, y tardaban cuatro días, de manera que cuando llegaba a casa del trabajo con frecuencia tenía una sola camisa en mi amplio y reverberante armario.

La mañana de mi adultez, tenía en mi buró un paquete de papel marrón sin abrir que contenía tres camisas limpias. Rompí la cuerda haciendo palanca (pues nunca compensaba romperlo a tirones a una hora tan temprana, ni andar manoseando el veloz aunque excelente nudo que traía de la tintorería), y dejé que cuerda y papel cayeran a mis pies. Mi madre traía a veces a casa paquetes de finísimas lonchas de jamón asado y me dejaba que yo los abriera, y en ese primer momento al revelar las camisas había algo de aquel previo desvelar el jamón asado, si bien era incluso más placentero, porque en este caso estaba redescubriendo a mis viejos colegas, prendas de vestir que ya me había puesto muchas veces, las cuales habían dejado casi irreconociblemente nuevas, por fin sin arrugas por el dorso de los codos ni alrededor de las caderas, por donde las había doblado y vuelto a doblar yo, sino con una especie de marcas semiintencionadas tipo filo de cuchillo y con líneas de pliegues perpendiculares que tan solo realzaban la huella del planchado, las cuales habían aparecido, bien como resultado de la en ocasiones indiscriminada fuerza de las máquinas para planchar y para almidonar (como esas con forma de pezuña vacuna en las mangas junto a los puños) o bien como resultado del cuidadoso doblado final. Pero las camisas no estaban dobladas sin más: unas tiras de papel azul claro las mantenían firme e individualmente en su estado de almacenado, con las mangas dobladas hacia atrás de un modo imposible, como si cada una de ellas estuviese ocultando un regalo.

Las miré a las tres -las dos blancas y la infatigable azul- y decidí

que me pondría la que era un pelín más vieja (solo tenía cuatro meses), la blanca. ¡Cuatro meses enteros como hombre de negocios! Cuando la miré más de cerca, estuve seguro de que podía detectar un ligero envejecimiento en el algodón -parecía estar absorbiendo el almidón en mayor medida de lo que la blanca más nueva era capaz-. Solté la tira de papel azul; luego saqué la pechera de cartón[16] de la camisa y la arrojé a la pila de pecheras que ya tenía guardadas[17]. Sostuve en el aire la camisa elegida enganchándola con el pulgar por debajo del cuello y la sacudí una vez. Sonó como una bandera en el consulado de un pequeño país rico. Ahora bien, ¿estaba listo para ponérmela?

Ya me había remetido la camiseta por dentro de los calzoncillos, por supuesto: a las pocas semanas de empezar en el trabajo había descubierto que aquel pequeño acto de previsión hacía que el resto del día laborable fuese más cómodo. Y tenía puesto, pero no abrochado, el pantalón del traje; *estaba* listo. La camisa siempre estaba más fría de lo que uno esperaba. Empecé a abotonármela por el segundo botón de arriba, enfrentándome al dolor mínimo en la punta de mi pulgar conforme empujaba dicho botón a través del ojal y oía el minúsculo crujido o el sonido como de cabrestante que hacía su borde al remover el perímetro profusamente cosido. De ahí progresé descendiendo por la línea de botones del centro, me abroché los pantalones y pasé a los puños. Los dos botones de dichos puños eran los que más costaban, porque solo podías usar una mano, y porque esa parte siempre estaba más almidonada que cualquier otra; pero había dado con la manera de abrochármelos sin pensar: con la uña del pulgar ponías de canto el botón del puño derecho y hendías el ojal almidonadamente fusionado pasándoselo por encima y cerrando los dedos de manera hipodérmica para propulsar el botón hasta su sitio; luego repetías el procedimiento con el otro puño. De acelerarlas, las dos secuencias simétricas del abotonado de puños habrían parecido el *reel* ese que bailan en las Highlands.

El botón de más arriba me convocó ante el espejo, donde vi mi barbilla proyectarse hacia arriba en una expresión como de *bulldog* para dejar sitio en el cuello a los nudillos. Luego la corbata; el cinturón; los zapatos -todas subrutinas automáticas.

Ya tenía puesto el abrigo cuando me acordé de que me había olvidado de ponerme el desodorante. Aquello suponía un revés. Sopesé desabrocharme el cinturón, sacarme la camisa, sacarme la camiseta de dentro de los calzoncillos: ¿merecía la pena? Se me estaba haciendo tarde.

Fue entonces cuando hice mi descubrimiento. Me vino una imagen -el retrato que Ingres hizo de Napoleón-. Desplacé la corbata, me solté un único botón de la zona media. Sí, era posible alcanzarte la axila

adentrándote en la camisa por el hueco que dejaba un botón sin abrochar y remontando luego con la barra de desodorante la cavidad pleural entre la camiseta y la camisa hasta que eras capaz de enganchar con un dedo la bocamanga de la camiseta y tirar de ella hasta el lugar más allá de la costura donde empezaba la manga de la camisa, dejando a partir de ahí al aire la zona que necesitabas cubrir. Me sentía como Núñez de Balboa o como Copérnico. En la facultad me había maravillado al ver a las mujeres que se quitaban el sujetador sin quitarse las sudaderas, se soltaban el broche por encima de la tela, se subían una manga lo suficiente como para escurrirse uno de los tirantes, y, tras varias subidas y encogimientos de hombros, tiraban despreocupadas del contoneante conjunto al completo por la manga opuesta. Mi descubrimiento del desodorante tenía algo del sabor topológicamente epifánico de aquellas formas de quitarse el sujetador[18].

Caminé hasta el metro encantadísimo conmigo mismo. Mis zapatos (muy nuevos por aquel entonces; solo unos meses de desgaste en los cordones) hacían un bonito sonido granular sobre la acera. El metro no iba muy lleno, y conseguí un sitio de pie que me gustaba, y había espacio para agacharme a colocar el maletín entre mis tobillos. Un trayecto de los buenos, en los que el movimiento del tren te resulta reconfortante y la temperatura interior placenteramente cálida pero no calurosa. Me imaginé el metro como una rebanada de pan que se movía con rapidez. Se me ocurrió el eslogan «Puedes saborearlo con los ojos». Una lástima, sin embargo, que el pan blanco hubiese caído en desgracia, ya que solo el pan blanco queda bien de verdad en tostada, y solo el pan blanco queda bien cuando lo cortas en diagonal. Me acordé del tacto extraño y empañado de la tostada de pan blanco en el momento de sacarla del tostador -sin importar las migas o la mala fama que tu tostador tuviera, la tostada salía siempre tersa y limpia- y de los numerosos estilos que uno podía usar para untar la mantequilla. Podías rasparla ligeramente, ciñéndote a la superficie; o si tu mantequilla estaba muy fría, podías verte quizás obligado a aplastar la capa más blanda de la corteza conforme forzabas la mantequilla para extenderla; o podías poner con toquecitos pequeñas lascas de mantequilla sobre la tostada sin extenderlas en absoluto, confrontar las dos rebanadas de pan y cortarlas por la mitad en diagonal, de tal forma que la presión al pasar el cuchillo contribuyera a que se derritiese la mantequilla además de demediar el pan. Ahora bien, ¿por qué era mejor el corte en diagonal que el corte recto por el medio? Porque la esquina de la rebanada cortada en triángulo te proporcionaba un primer bocado ideal. En el caso de la tostada rectangular, tenías que ladearla para que su forma te entrara en la boca, igual que ladeas una cómoda grande para que entre por la

puerta del recibidor: tenías que casar una comisura de la boca con una esquina de la tostada y luego *girarcuidadosamente* la tostada, abriéndote con ella la boca de tal forma que pudieras salvar el otro reborde; solo entonces le hincabas el diente. Además, con una rebanada en diagonal, la mayor parte del ahusado bocado se situaba justo delante de tu boca, donde quería uno que estuviera conforme empezaba a masticar; con la rebanada rectangular, una onerosa fracción campaba descontrolada en lo alto del abovedado de la lengua. Una parada de metro antes de la mía, concluí que detrás del progreso que se alejó del corte en paralelo hacia el diagonal tuvo que haber existido una lógica, y que la convención no era, como podría haber parecido en un principio, una mera afectación de los cocineros de comida rápida.

Luego empecé a preguntarme con cuánto retraso iba a llegar al trabajo. Me habían robado el reloj una semana antes bajo amenazas, pero eché con optimismo una ojeada por la decreciente perspectiva de manos y muñecas sujetas a las argollas metálicas del vagón de metro. Avisté muchos relojes, de señora y de caballero, pero aquella mañana en particular me resultaron todos ilegibles. La hebilla, y no la esfera, de uno apuntaba hacia mí; algunos estaban demasiado lejos; los de señora eran demasiado pequeños; varios carecían de cualquier punto circunferencial de referencia, y continuaban por tanto pareciendo obleas Necco para todos menos para sus portadores; algunos estaban orientados de tal manera que los reflejos de sus cristales oscurecían las manecillas o los diodos tras ellos. Un reloj de pulsera a menos de dos palmos de mi cabeza, en la muñeca de un hombre con un afeitado demasiado cuidadoso que iba leyendo un periódico plegado en segmentos diminutos, justo me era medio visible; el puño de su camisa eclipsaba la mitad que yo necesitaba, de tal forma que podía distinguir con facilidad el «get» final de la marca en letras mayúsculas, la única lectura de la hora que pude hacer fue para determinar que todavía no eran pasadas las nueve. El puño de su camisa estaba almidonado con más destreza que el mío.

Y fue entonces cuando me di cuenta de sopetón de que a partir de aquel minuto (imposible decir qué minuto exactamente), había terminado con cualquier crecimiento a gran escala que fuese a tener en tanto ser humano, y de que ahora estaba detenido de modo permanente en una etapa intermedia de desarrollo personal. Ni me moví ni me achanté ni di muestras de nada. En realidad, en cuanto hubo pasado la primera conmoción de cruda sorpresa, la sensación no me resultó desagradable. Estaba fijado: era de esa clase de personas que decían demasiadas veces «en realidad». Era de esa clase de personas que de pie en el metro pensaban en cómo untar la mantequilla en las tostadas -untarla en pan con pasas, incluso: cuando

el fuerte y nítido raspado del cuchillo para la mantequilla se ve silenciado por el contacto ocasional con las formas suaves y calorífícamente henchidas de las pasas, y cuando cortas justo por una pasa, y a veces se cae, todavía intacta aunque abollada, conforme levantas la rebanada-. Era un hombre, pero ni de lejos era el hombre de la magnitud que había esperado que quizá podría ser.

Subido en las escaleras mecánicas hacia la calle, intenté reavivar el dolor inicial del descubrimiento: había oído un montón de cosas sobre gente que tenía episodios de percepción súbita como aquel, pero yo mismo no había experimentado muchos. Al salir, ya había decidido que acababa de pasar por algo lo suficientemente serio como para justificar que me tomara mi tiempo, llegara tarde o no, para ir a por un café y una magdalena para acompañar a aquella cafetería buena de verdad. Sin embargo, una vez allí, mientras observaba a la mujer abrir a lo bruto una bolsita para mi vaso de poliestireno y mi magdalena con protección de servilleta, usando el mismo flácido zarandeo de muñeca que había usado mi madre para sacudir un termómetro (que es la forma más rápida de abrir una bolsa), y espolvorear después la compra con puñados de removedores de plástico, sobres de azúcar, servilletas y porciones de mantequilla, sentí impaciencia por llegar a la oficina: ansiaba el periodo matutino de qué-te-cuentas con Dave, Sue, Tina, Abe, Steve y los demás, cuando les describiría, apoyándome en los quicios y en los divisores modulares, cómo mi personalidad había ido deteniéndose paulatinamente, justo en el metro, y me había legado un adulto a estrenar. Me estiré los puños de la camisa y me abrí paso por la puerta giratoria hacia el trabajo.

CAPÍTULO OCHO

Me alivió y decepcionó a la vez hallar, más tarde, que no estaba tan fijado en cuanto a mi desarrollo como aquella mañana me había parecido; pero aun así continuaba considerando aquel día como el hito que marcaba un notable, único en la vida, cambio de *-ez*. Entonces, conservando esta edad fija de veintitrés en mente como el final definitivo de mi niñez, daremos por supuesto que cada día de mi vida había tenido un número constante de pensamientos nuevos. (Los pensamientos tenían que ser nuevos solo para mí, previamente impensados por mí, con independencia de si el resto de personas los consideraban manidos o lugares comunes; y su número real no importaba -uno, tres, treinta y cinco o trescientos al día; dependía de la finura en la filtración que se usara para distinguir los repetidos de los novedosos, además de mi propio y nuevo ritmo de pensamiento- siempre y cuando permaneciera constante). Daremos por supuesto que la totalidad de dichos pensamientos nuevos, una vez se me ocurrían, no se corrompían pasado cierto punto, sino que más bien permanecían intactos en el sentido de que podría tirar de ellos para devolverlos a la memoria viva en cualquier momento posterior -aun cuando el acontecimiento en particular, o nuevo pensamiento posterior, el cual me recordaría cualquier pensamiento dado anteriormente, pudiera no surgir nunca-. Y pongamos que mi memoria comenzó de pronto a funcionar de manera consistente a los seis años. Bajo estas tres simplificadoras asunciones, habría dejado en barbecho diecisiete años (23-6 = 17) de pensamientos infantiles para cuando finalmente me convertí en adulto durante aquel trayecto en metro hacia el trabajo. Por tanto, concluí hace poco[19], lo único que necesitaba era

seguir teniendo más pensamientos nuevos al mismo ritmo diario hasta que dejara atrás los cuarenta (23 + 17 = 40), y al final habría amasado suficientes pensamientos maduros, nuevos y diversos como para contrarrestar y superar en votos a todos los infantiles: habría alcanzado mi Mayoría. Era un momento cuya existencia había yo desconocido, pero que enseguida adquirió la talla de un gran objetivo resplandeciente. Será el momento en el que comprenderé de verdad las cosas; en el que le daré al pasado sabios y mesurados usos; en el que cualquier materia que convoque para su consideración mental

traerá un fajo entero de anexos con fecha de finales de mi treintena, los cuales obligarán a las cañerías de colores primarios a tragarse los «cuando tenía ocho años» o los «cuando era pequeño» o los «cuando estaba en cuarto curso», que por necesidad habían sido tan prominentes. La mediana edad. *¡La mediana edad!*

Cuando me detuve un instante a pocos pasos de las escaleras mecánicas, al cierre de mi hora del almuerzo del día en que se me rompió el cordón, con mi libro de bolsillo de Penguin de las *Meditaciones* de Marco Aurelio, y mi bolsa de CVS, llevaba dos años de recorrido hacia este gran objetivo, pese a que en aquel momento no lo entendiera con claridad; esto es, en aquel momento, dos diecisieteavos, o más o menos el doce por ciento, de las ideas disponibles en mi cerebro eran ideas de adulto, y las demás eran infantiles, y como tales debía aceptarlas.

Resultó que justo entonces no había nadie en las escaleras mecánicas, ni subiendo ni bajando, si bien el final de la hora del almuerzo era un punto álgido. La ausencia de pasajeros, combinada con el sonido ligeramente palpitante que hacían las escaleras, avivó mi apreciación de aquella metálica máquina elevadora. Superficies surcadas emergían deslizándose de debajo del suelo del vestíbulo y con una gradualidad casi botánica se segmentaban en peldaños separados. Conforme surgía, cada peldaño parecía diferenciarse de los otros de manera individual y sencilla, pero tras unos pocos centímetros de subida, se volvía difícil de perseguir, porque cuando vas siguiendo un patrón que se mueve despacio, el ojo se desplaza a saltitos, y a veces uno de dichos saltitos descarga la mirada un peldaño por encima o por debajo del peldaño en el cual te habías fijado; te descubres retrocediendo a la parte previa, emergente, de la ascensión, donde las cosas están más claras. Es como seguir la curva de una broca que rota despacio, o intentar agrandar con el ojo el primer surco de un disco de vinilo para adentrarte en él y seguir visualmente la espiral conforme el disco gira, perdiéndote en la gris anfractuosidad casi de inmediato.

Como no había nadie en las escaleras mecánicas, habría podido jugar al supersticioso juego al que a menudo jugaba cuando me montaba en unas escaleras mecánicas, cuyo objeto era hacer todo el trayecto hasta la cima antes de que nadie subiera a las escaleras ni por detrás ni por encima de mí. Mientras mantenía la apariencia externa de aburrimiento, elevándome despacio al ras de la larga hipotenusa, por dentro estaría experimentando un estado de excitación casi histérica similar al que sentías cuando te escogían como la persona a perseguir en el pilla-pilla; la premisa, en la cual creía cada vez con mayor firmeza conforme iba alcanzando el final del trayecto, era que si alguien subía a cualquiera de las escaleras antes de que concluyera

mi trayecto, ella o él provocaría un cortocircuito, y me electrocutaría.

Con frecuencia perdía en aquel juego, y puesto que una vez enfrascado en él se volvía una experiencia que en cierto modo te cosquilleaba los nervios, al principio sentí alivio al entrever que la cabeza de alguien llamado Bob Leary aparecía en lo alto de las escaleras de bajada, porque su presencia hizo que por el momento el juego fuese una imposibilidad. Bob y yo jamás habíamos tenido una de esas charlas de-menos-de-un-minuto que en las grandes empresas bastan para definir las relaciones informales, si bien ambos sabíamos quién era el otro, pero solo por haber visto el nombre del otro en las listas de distribución de memorandos y en las puertas de nuestros despachos; había una sensación de incomodidad, de culpa casi, asociada a que nunca hubiésemos sacado tiempo para llevar a cabo la tarea social mínima de presentarnos, una incomodidad que se acrecentaba cada vez que nos topábamos el uno con el otro. En una oficina hay siempre un remanente de personas que ocupan la categoría de las aún-por-presentar, de las aún-por-bromear-sobre-el-tiempo: el remanente se va haciendo cada vez más pequeño, y Bob era uno de los ultimísimos. Su cara me era tan familiar que su estatus de extraño era en realidad vergonzoso, y justo entonces, la certeza de que Bob y yo íbamos a ir acercándonos gradualmente el uno al otro, él bajando y yo subiendo las escaleras, que estábamos destinados a confluir más o menos en el ecuador de nuestros progresos, como a unos seis metros en el aire en mitad de un enorme vestíbulo de mármol rojo tipo bóveda, donde habríamos tenido que establecer contacto visual y asentir y murmurar, o mirar glacialmente a la nada, o fingir que inspeccionamos cualesquiera pertenencias susceptibles de necesitar una inspección durante un trayecto en escaleras mecánicas, pasando a duras penas aquel segundo de forzada proximidad como si la otra persona no existiera, y retorciendo así el simple hecho de que nunca habíamos intercambiado cortesías hasta llevarlo a un nivel de incomodidad aún mayor, me llenó de una desesperada aversión. Resolví el problema quedándome quieto a mitad de zancada, en el instante en que lo entreví (justo antes en realidad de haber puesto un pie en las escaleras mecánicas), apuntando al aire con el dedo índice, como quien acaba de acordarse de algo importante que había olvidado hacer, y me apresuré a caminar en otra dirección[20].

Atravesé rápidamente el conjunto de ascensores que cubrían el tráfico entre las plantas catorce y veinticuatro, hacia el lado opuesto del vestíbulo, dejé atrás el largo y bajo directorio del edificio, en el que nombres y números de planta en blanco resplandecían sobre un fondo negro (aunque aquí y allá se veían rajitas imperfectas en el plástico negro, donde una mano menos hábil había actualizado la lista de inquilinos), dejé atrás un grupo de macetas en el que nunca había

reparado, donde una mujer con un traje azul de ejecutiva hojeaba de pie una rígida carpeta marrón nueva que había sacado de su igualmente nuevo maletín[21]. Al darme otra vez la vuelta hacia el fondo del vestíbulo, dejé atrás a varios tipos del servicio postal con gafas de sol que se habían recostado en un grupo de sofás (sofás que estaban en realidad destinados a personas como la mujer de los currículums, y no a que el personal de apoyo del edificio, pensé con desaprobación, se juntara durante la pausa para el almuerzo). Los conocía de una época en la que había tenido que enviar cierta cantidad de paquetes de última hora por DHL a Padua por un asunto filantrópico en el que la empresa se había implicado, así que los saludé con la mano. El sonido de la máquina de franqueado marca Pitney Bowes de la sala del correo, la cual humedecía y cerraba los sobres además de imprimir en ellos un descolorido emblema postal rojo que incluía la hora, las alas de un águila y una exhortación a donar algo a la United Way, era fuerte y rítmico, y ni siquiera con tapones habría sido capaz de aguantarlo todo el día tal como hacían aquellos tipos del servicio postal. Uno de ellos me devolvió el saludo, pero antes de darles la espalda estuve casi seguro de que por el rabillo del ojo vi que otro de ellos (notorio porque en días de calor, por increíble que parezca, ese hombre solía llevar una corbata de clip prendida de la uve en el *segundo botón* de su camisa desabrochada, de tal forma que las extremidades de plástico gris con forma de palo del mecanismo de enganche quedaban claramente a la vista) se inclinaba hacia los demás mientras me miraba para decirles algo moderadamente malicioso sobre mí, algo como: «Hace un par de semanas, pasé por delante de la puerta del despacho de ese tipo, ¿vale? Miro dentro: y está justo quitándose un pelo de la nariz. Va y hace *¡boing!* y luego una mueca, *nnng*, con los ojos vidriosos, y luego le da un *escalofrío*. Lo mismo se equivocó y se arrancó tres a la vez». Sabía que se trataba de alguna historia así, porque oí unos «¡No!» y risas justo en el intervalo posterior a haberlos saludado, y porque si yo hubiese estado recostado en aquel sofá, también me habría visto tentado de decir algo moderadamente malicioso sobre alguien como yo.

Finalmente volvía a aproximarme a las escaleras mecánicas, viéndolos ahora de perfil. Bob Leary ya no estaba; había varias secretarias en las de subida. Al pie de la máquina, sin embargo, se estaba representando ahora una interesante escenita. Un hombre de mantenimiento del edificio, cuyo nombre desconocía, había empujado hasta allí en mi ausencia un carrito lleno de pulverizadores con varios productos de limpieza, rollos de papel higiénico de repuesto, una goma limpiacristales y otro montón de cosas; y conforme me acercaba, atomizó un líquido verde pálido en un trapo blanco hecho un gurruño y aplicó el trapo al pasamanos de goma de las escaleras mecánicas. No

hizo ningún intento de pasar el trapo: tan solo presionó el trapo con ambas manos, mirando a una de las secretarias, mientras el pasamanos se abrillantaba a sí mismo hasta mostrar un lustre más oscuro. ¡Imagina trabajar en un edificio en el que uno de los trabajos habituales de la semana de una persona de mantenimiento fuese abrillantar el pasamanos de unas escaleras mecánicas! La exhaustiva amplitud de aquello, la omniabarcadora definición de lo que era en realidad una oficina limpia, ¡era tan emocionante! Estaba seguro de que esa era una de las partes del trabajo de aquel hombre que más le gustaban, y no solo por lo divertido que era mirar a las secretarias, sino porque era algo que los hombres de mantenimiento no habían estado haciendo durante cientos de años: habían estado barriendo, haciendo reparaciones, pasando la mopa, encerando, dando con la llave correcta en la enorme argolla que llevaban prendida de una vuelta de cinturón, pero solo recientemente habían empezado a sacar brillo a los pasamanos de las escaleras mecánicas por el procedimiento de apoyar de modo inmóvil un trapo blanco de algodón, *usando* la tecnología, si bien usándola de un modo tan despreocupado que para todos nosotros parecía que estaban en la playa recostados contra sus Chevrolet Camaro. Ese tipo conocía posiblemente cada hito de aquel pasamanos de goma conforme este daba vueltas -cada desconchón donde parecía que alguien había intentado cargárselo con un cuchillo, y la sección donde se combaba hacia fuera, y la pequeña cicatriz de fusión donde habían empalmado los dos extremos para cerrar el bucle-. Estaba usando sin duda uno de aquellos hitos para asegurarse de que había sostenido el trapo contra el pasamanos el tiempo suficiente como para haberlo abrillantado del todo.

-¿Cómo va eso? -le dije, y luego, acordándome al ver una caja de bolsas de basura en el nivel inferior del carrito-. He oído que Ray no está.

-Vino la semana pasada -dijo el tipo de las escaleras, y yo le dije: «Estás majara, quédate en casa, con lo que uno se tiene que agachar aquí». Se veía que estaba dolorido. Iba agarrándose a las cosas.

-Horrible.

Entonces, sorprendentemente, el tipo se encogió de hombros.

-Va a estar bien. Es la segunda vez que le pasa. No es nada serio, en mi opinión.

-¿Conoces a Tina, Tina la secretaria? -dije, señalando hacia la entreplanta.

-Conozco a Tina.

-Tina le ha hecho un póster para desearle que se mejore, un poco cursi, con flores, pero muy bonito, un póster grande… lo tiene arriba por si quieres firmarlo.

-Lo mismo subo esta tarde. -Levantó el trapo que había estado apretando contra el pasamanos y lo miró por debajo. Los rebordes de sus azarosos pliegues se habían oscurecido por donde habían estado en contacto con la goma. Hizo con el trapo un gurruño diferente, pulverizó más abrillantador y volvió a aplicarlo-. Pues lo voy a firmar: tenemos que hacer que Ray se ponga bien para que no tenga que andar haciendo yo este trabajo.

-Ray era rápido -dije.

-Es rápido, sí. Y uno tiene que respetar su rapidez. Tienen a un chaval que les echa una mano pero es un inútil.

Nos dijimos el uno al otro tómatelo con calma. Luego me agarré al pasamanos que no estaba abrillantando (habría sido raro cogerme al pasamanos que *sí estaba* abrillantando -como pisar un suelo al que acaban de pasarle la mopa-: habría intensificado la siempre aledaña sensación de futilidad del servicio de mantenimiento -mejor esperar a que ese hombre hubiese terminado con todo el pasamanos antes de contribuir al inevitable proceso de deslucido que lo forzaría a volver a abrillantarlo otra vez entero la semana siguiente-), y puse un pie en las escaleras mecánicas. Sin tener que bajar la vista, era capaz de calcular cuándo dar el paso que me ponía en contacto con los surcos móviles de las escaleras de tal forma que mi pie no aterrizara en una grieta entre dos peldaños, sino en el centro de uno de ellos; y si bien casi todas las personas de mi edad dominan esta habilidad, aún me siento orgulloso de mí mismo, como orgulloso me había sentido de saber atarme los cordones sin mirar. Sabía también por costumbre qué altura habría alcanzado el todavía medio formado y creciente peldaño conforme mi otro pie aterrizaba en él, calibrando en parte la velocidad de las escaleras por el tacto del pasamanos en mi palma. Una de las cosas que mi madre me enseñó cuando era pequeño (su énfasis en la seguridad debido probablemente al hecho de que tanto las escaleras mecánicas como los ascensores no tripulados todavía eran una novedad por aquel entonces, y pensábamos por tanto que estaban, como más tarde los televisores de tubos catódicos y los hornos microondas, llenos de peligros) era que me asegurara siempre de reatarme las zapatillas antes de usar un sistema de transporte vertical. El cordón suelto, me dijo, podría quedarse cogido en la grieta entre dos peldaños, y me imaginaba el resultado: los peldaños que empezaban a aplanarse hacia su repetido descenso *trofoniano*, llevándose con ellos a Pedro Melenas, triturándolo, zapato, pierna, torso y finalmente la cabeza, con las púas metálicas de la parte superior del circuito, y luego apisonándolo más todavía durante su viaje difícil de imaginar por el lado inferior de las escaleras. (Esto ocurrió mucho antes de que hubiera visto cómo desmontaban unas escaleras para repararlas, como tan a menudo las vemos ahora en el

metro, donde se estropean con mucha más frecuencia que en los entornos empresariales -¿será por el calor, o por los malos calendarios de mantenimiento, o por la cantidad de agua y de tierra y de chicles que tienen que soportar?- y de que la forma triangular de los peldaños me quedara finalmente clara: antes de eso, que menguara lo que creía era un bloque rectangular hasta formar en un extremo una superficie bidimensional, como al plegar un reloj-despertador portátil, me parecía increíblemente complicado). Cuando estaba en el instituto, con el fin de demostrarme a mí mismo lo seguras que eran las escaleras mecánicas, con qué despreocupación se las podía tratar[22]. Esto ocurrió en una fase durante la cual dejaba que los zapatos se me desataran y no me importaba volver a atármelos, e incluso deslizaba el pie en ellos por la mañana sin desatarlos, como si fuesen unos mocasines-. Hubo algunos años en los que un montón de universitarios iban por ahí con los cordones desatendidos hasta… 1977 o así, coincidentes con las sandalias Dr. Scholl, creo. Yo me apropié de la práctica, creyendo que era guay, pero a mi madre, que casualmente recibía clases en la Universidad de Rochester por aquella época, le parecía afectado e irritante y pensaba que tenía que dejarlo; y ahora puedo entender sin duda cómo la visión de grupos de chavales de diecinueve arrastrando los pies entre clase y clase con las puntas de plástico de los cordones desatados de sus botas de faena Wallabees y Sears repiqueteando contra el embaldosado del pasillo, de los talones en sus calcetines saliéndoseles de vez en cuando del calzado, te haría cerrar los ojos durante un segundo ante el descerebrado borreguismo de los jóvenes. Otra cosa que hacía incluso ya en la adultez era reatarme los cordones en las escaleras mecánicas -convirtiéndolo en un pequeño desafío: ¿cuánto sería capaz de apurar el trayecto hasta que me atara ambos zapatos con éxito y sin que pareciera que lo hacía a toda prisa antes de llegar arriba?

Dadas todas estas poderosas y preexistentes conexiones en mi vida pasada entre los cordones y las escaleras mecánicas, uno esperaría que al instante de embarcar en las escaleras mecánicas aquella tarde, me habría acordado por fuerza del problema del desgaste de los cordones, el cual me había ocupado una hora antes. Pero el determinismo de los recordatorios a menudo opera de forma oscura; y en este caso la cuestión ya se me había ocurrido y la había dejado en barbecho durante los pocos minutos que pasé en el aseo de caballeros antes del almuerzo: siguiendo esta recurrencia, la cuestión no surgió hasta hace bien poco, conforme empecé a reconstruir los eventos de aquel mediodía para este opúsculo. Incluso después de almorzar, de nuevo en mi despacho, mientras rasgaba para abrir la parte superior grapada de la bolsa de CVS y sacaba el plástico de burbujas con los cordones nuevos y los iba entrelazando en mis zapatos, ascendiendo en zigzag

con el cabo de un cordón un ojal sí y otro no, tal como me habían enseñado los zapateros, un momento en el que en efecto tendría que haberme acordado de la cuestión, me preocupaba más bien si debía transferir cuatrocientos dólares a la Chase Visa, o si era una cantidad demasiado alta que me traería problemas antes de mi paga bisemanal, con lo que debía transferir solamente doscientos. Justo después del almuerzo era por lo visto la hora de pensar en cosas prácticas como las facturas, y no puedo evitar mencionar aquí el refinado placer que por aquel entonces obtenía al ocuparme de mis finanzas: en especial el placer de recibir en el buzón gordos sobres llenos de extractos bancarios y sus correspondientes facturas, la historia documental del mes en curso, cenas por ahí y compras sueltas que habrías olvidado por completo de no ser por aquellos comprobantes, los cuales te resucitaban amablemente el momento en que pagaste: estás ahí en un restaurante, ahíto, un filete entero en el estómago, con tu querida amada, felices y sonrientes, con el trasero ardiendo debido a la falta de absorción de la silla de vinilo, y sopesas si pedirle o no ayuda para calcular la propina -algunas veces es mejor ser un completo caballero y despachar una generosa cantidad redonda, otras es más amable consultar con ella los matices entre el quince y el veintidós por ciento que se merecía el camarero o la camarera de aquella velada- y experimentabas el placer de escribir la cantidad de la propina a través de varias capas de papel de calco, presionando con fuerza contra la bandejita negra que te había facilitado el restaurante para evitar que el pago se marcara en el mantel, y luego, una vez que el total había sido escrito y comprobado dos veces, firmabas, con mayor rapidez que con la que firmabas una carta de negocios porque aquí no importaba qué rasgos del carácter fuese a leer la gente en tu firma, y porque el vino te hace firmar con más soltura: garrapateabas casi todo tu apellido con la misma clase de zarandeo acelerado que hace el cable de una aspiradora al retirarse a su acaracolada posición de almacenado[23] -aquel momento de clausura de una velada retorna por entero a ti, reducido con acierto a algo del tamaño de aquel duplicado de factura, con la imagen del calco menos distinguible y algunas veces el nombre del restaurante apenas legible, en concordancia con su estado de evanescencia en la memoria.

No, fue antes del almuerzo, solo unos minutos después de que le dijera adiós a Tina, cuando de nuevo retomé brevemente el hilo de la teoría del cordón.

CAPÍTULO NUEVE

Una pequeña pregunta, puede que no muy interesante, me ha preocupado en ocasiones: ¿el comienzo de la hora del almuerzo lo define el momento en que entras al aseo de caballeros de camino al almuerzo, o el momento en que sales de él? Al final de un capítulo anterior, dije instintivamente: «Me alejé en dirección al aseo de caballeros, y a mi hora del almuerzo después»; y, cierta o no, era la forma en que veía la transición: la parada en el aseo de caballeros y el trabajo de la mañana son uno y lo mismo, una tarea como el resto de tareas profesionales de las cuales era responsable, y por lo tanto, pese a que obviamente no contribuía a que la empresa ganara más dinero, era parte de mi trabajo de un modo en que las horas de sol y las aceras y la voluntad pura no lo eran. Eso significaba que mi empresa me pagaba por norma por ir al aseo de caballero seis veces al día[24] -tres por la mañana y tres por la tarde-: mi trabajo se regía y segmentaba por las paradas en esta cámara de descompresión alicatada, en la cual me ajustaba la corbata, me aseguraba de que llevaba la camisa remetida, me aclaraba la garganta, me lavaba las manchas de tinta del periódico de las manos y orinaba encima del ambientador de tartita de fresa depositado en una de las cuatro gárgolas empotradas en la pared.

¿Existe otro lugar en la oficina moderna donde haya un nivel comparable de ingenuidad mecánica tan condensado y a la vista? Los sistemas telefónicos PBX, las máquinas de escribir y los ordenadores son electrónicamente sofisticados y por tanto carentes de interés en lo fundamental. La Pitney Bowes para lamer y pegar sellos y el mecanismo de alimentación automática de papel de la fotocopiadora de alta velocidad son en cierto modo más interesantes porque son combinaciones de inventos electrónicos y mecánicos -pero aparte de los sellos para fechar y de los rodamientos de los bolígrafos y de los cajones de los escritorios, los cuales existen por sí solos, ¿en qué otro lugar si no en los aseos de empresa somos testigos de la ingeniería mecánica en su forma más pura?-. Válvulas que permiten que una cantidad controlada de agua corra hasta el váter sin rebosar, formas de porcelana diseñadas para que el torbellino en su interior genere trenzados y remolinos casi inalterables y decorativos (si bien

altamente funcionales) que Hopkins habría disfrutado[25]; una pequeña máquina incorporada te dispensa chorros de jabón líquido rosa con un aditivo especial que le da un lustre plateado (usado hoy día también en las recetas del champú, según me he percatado) en la curvatura de los dedos; y el indicador del nivel de jabón, una mirilla de plástico inmersa en el tanque del jabón, que indica al hombre de mantenimiento (o Ray o el mismo que justo estaba abrillantando el pasamanos de las escaleras) si ese día debe o no usar la llave que abre el panel de acero bruñido para reponer el suministro; la hermosa fontanería cromado-plateada del orinal, una hilera de cuatro estados idénticos de nudosidad severa, que te causa la impresión de ir caminando por una planta petroquímica, con nombres como Sloan Valve o Delany Flushboy inscritas en sus hexagonales tapas medio-decorativas de tipo perno -nombres que se vuelven del todo familiares en el transcurso de tu contrato pese a que si te preguntan no seas capaz de atinar con ellos-. También aquí, en medio de la circundante y apapelada, seca y enmoquetada distribución de bandejas de entrada, carteles enmarcados de galerías de arte y archivadores horizontales de la oficina, haces frente a un desagüe de aspecto muy industrial dispuesto en el suelo. Y qué me dices de la suerte de laberinto que debe uno recorrer a fin de llegar al aseo en sí después de cruzar la puerta -un enorme avance con respecto al antiguo sistema de doble puerta- destinado a evitar las miraditas furtivas al interior. Que funciona, además, sin importar lo cerca de la pared del pasillo que uno lo recorra: lo sé porque a veces he intentado mirar de reojo al pasar por el aseo de señoras de la empresa cuando por casualidad alguien abría la puerta, buscando incluso a los veinticinco años de edad entrever la hilera de lavabos y a las mujeres reclinándose sobre ellos hacia el espejo para recolocarse las hombreras o para ponerse brillo labial, buscando ver a una mujer tensando su labio inferior sobre sus dientes de abajo *à la* William F. Buckley Jr., y luego, sosteniendo inmóvil la barra de brillo sacada a rosca, deslizar el labio bajo ella de un lado a otro y apretar la boca y proyectarla después con un mohín, porque la visión de todo aquello en un entorno empresarial añadía una capa de exotismo a mis recuerdos de mi querida amada preparándose para ir a las fiestas: su excitante olor a piel recién duchada, saber que se estaba maquillando para resultarle atractiva a otras personas, verla lucir esa expresión sacra que las mujeres adoptan ante los espejos solo para sí mismas: las cejas levemente alzadas, la garganta abierta, las narinas algo acampanadas.

Esta insinuación de domesticidad, ahora que lo pienso, aporta un tono característico a los inventos que se hallan en los aseos de empresa: inventos que son variaciones más grandiosas, más heroicas de máquinas clave en nuestras vidas lejos del trabajo -el lavabo, la

jabonera, el espejo y el retrete de los aseos de casa-. En los aseos de casa, las tapas de los retretes son óvalos completos, mientras que en los aseos de empresa las tapas tienen forma de herradura; supongo que el hueco reduce el problema de las gotas de orina poco enérgicas que caen en la tapa cuando algún malandrín desconsiderado se alivia de pie sin levantar primero la tapa. Ha de haber otras varias razones para la forma de herradura, algunas que tengan que ver con la accesibilidad, no estoy seguro. Pero me alegro de que alguien haya reflexionado sobre este asunto, de que adaptara lo que su empresa fabricaba para capear las realidades de las auténticas conductas. (Hasta que no aprendí a levantar la tapa con el zapato yo mismo orinaba a veces en los retretes con la tapa bajada, y como soy alto, era casi siempre impreciso). A diferencia de los rollos de casa, aquí el papel higiénico estaba alojado en un artilugio con llave que proporcionaba los cuadrados de papel no sin cierta resistencia, así que tenías que tirar lenta y cuidadosamente a fin de evitar que el papel se rasgara por uno de los troquelados[26], disuadiendo del derroche, y cuando un rollo se acababa, un segundo rollo caía ocupando su lugar. Yo estaba dispuesto a que me disuadieran de malgastar, hasta cierto punto -antes de ese invento, a veces sentía ciertos escrúpulos cuando hacía que el rollo rodara un instante alrededor del eje, extrayendo una gran sábana de papel innecesario-; aunque si estás constipado y quieres una masa de absorción que llevarte a la nariz cuando te suenas los mocos, el cuidado que has de tener al tirar de un papel tan proclive al desgarro puede resultar fastidioso.

Nuestro aseo de caballeros de la empresa en la entreplanta quedaba al final de un corto pasillo que alojaba una hilera encastrada de máquinas expendedoras y un tablón de anuncios con procesos de selección internos clavados pulcramente con chinchetas tras un cristal. En aquel pasillo podías oír la fantasmagórica actividad de las inaccesibles cabinas de los ascensores conforme pasaban bajando o subiendo por nuestra planta -inaccesible porque salvo un montacargas y una escalera de incendios, solo las escaleras mecánicas daban servicio a la entreplanta-. (Además de las oficinas de tres departamentos de nuestra empresa, la entreplanta contaba con un restaurante y las oficinas de un pequeño y en su día famoso fondo de inversiones). Oías los gemidos de los vientos alisios verticales en los huecos de los ascensores, y el entrechocar de lo que parecían ser unos juegos de cadenas muy pesados, del calibre de un ancla, cadenas de seguridad lo más probable, hundiéndose y apilándose en un sótano con cama de hormigón conforme las cabinas respondían al botón de llamada. Era un placer pensar en aquellas cajas de seres humanos siendo sometidas a aceleraciones sustanciales en algún lugar no lejos de mí, prendidas de un manojo de filamentos de acero, detrás de una

de las paredes del pasillo, sin que supiera arquitectónicamente dónde se encontraban. Algunas de las cabinas de los ascensores iban llenas de pasajeros; en otras, me imaginaba, había una sola persona, en un momento único de auténtica privacidad -más auténtica, de hecho, que la privacidad de la que uno goza en el cubículo de un aseo de empresa porque puedes hablar en voz alta y cantar sin que te oigan-. L. me dijo una vez que a veces cuando se encontraba sola en un ascensor se subía la falda por encima de la cabeza. En los trayectos de ascensor a solas he fingido que me daba contra las paredes igual que un muñequito de cuerda; he fingido que me arrancaba de la cara una máscara de látex, dando gritos de agonía; he señalado con el dedo a una persona imaginaria y dicho: «¡Eh, colega, te voy a meter un guantazo en toda la jeta a la de ya, así que *cuidadito*!». La luz del indicador y la frenada te avisan con tiempo de sobra para recolocarte las gafas y retomar una expresión jeroglífica antes de que otros pasajeros se suban. Tales momentos de privacidad eran imposibles en unas escaleras mecánicas, pero aun así prefería la bastante inusual distinción de llegar a mi oficina vía escaleras a verme forzado a participar un día tras otro en todas las pequeñas ceremonias del comportamiento ascensoril -levantar la vista con cuantos estén en la cabina para observar cómo cambian los números de planta; asumir la responsabilidad de mantener pulsado el botón de «Puerta abierta» o tapado el sensor de goma de la puerta con expresión piadosa mientras se sube la gente; oír finales de conversaciones que al oírlas tan de pasada se vuelven de repente conspiratorias y picaronas en el apelotonamiento de la cabina, aunque en el bullicio del vestíbulo sean lugares perfectamente comunes; interrumpir con la mano el haz de luz entre las puertas abiertas si nadie se baja o se sube en alguna planta, para simular un pasajero que entra, acortando el tiempo de espera; tintineo de calderilla; saludar a los desconocidos con un averbal *pum* labial hecho al abrir y luego cerrar la boca-. Me gustaba tocar los números en braille junto a los botones, y leer el multifotocopiado formulario de inspección, y me gustaba cuando las puertas empezaban a abrirse justo antes de que te hubieses detenido para que pudieses admirar con qué precisión la apertura automática de la cabina casaba con el borde de la planta deseada; por último, disfrutaba imaginándome los enormes y raudos contrapesos saliendo disparados cual cucarachas arriba y abajo sobre ruedecitas de apenas medio palmo por la pared trasera del hueco del ascensor en dirección opuesta a la cabina.

En aquel pasillo de la entreplanta, en cualquier caso, la impresionante hilera de máquinas expendedoras ocupaba el lugar del conjunto de puertas de ascensores. No les prestaba atención conforme las pasaba, pese a que merecieran atención, y en efecto, la mayoría de las tardes a última hora, cuando me detenía allí (por lo general de

regreso de mi quinta visita pagada por la empresa al aseo de caballeros) a por un tentempié, tenía a menudo pensamientos inconcluyentes, repetitivos, efímeros sobre alguna o algunas de ellas. En cierto modo parecían pequeños edificios de oficinas, salvo que los alimentos descendentes, a diferencia de las cabinas tamaño real de los ascensores, nunca hacían paradas en los pisos intermedios, sino que caían al ser requeridas directamente a los vestíbulos y los recibidores de diseños variados. La máquina que más se parecía a un ascensor era la que yo usaba más: tenía un panel con tres puertecitas. Cuando hacías tu selección, una hilera escarchada de peldaños metálicos detrás de una de las puertecitas se desplazaba un peldaño hacia arriba (creo que era hacia arriba, no hacia abajo) y se paraba, revelando el extremo de una barrita de helado cuidadosamente envuelta en papel. Al lado había una máquina de Pepsi en la que a menudo había notas que decían cosas como: «¡Esta máquina se ha tragado tres de mis monedas! -S. Hollister x7892-». Y al lado de la de Pepsi había una máquina de cigarrillos más bajita, vestigio de la gran primera época de las máquinas expendedoras, sin enchufes, que no daba cambio y que funcionaba con la sola ayuda de la gravedad y de unos resortes[27], fabricada por la National Vendors de St. Louis. Tenía dos filas de once pomos de plástico transparente (¿por qué *once*?); tirabas de ellos, ejerciendo un nivel de fuerza satisfactorio, más fuerte que al lanzar una bola en una máquina de *pinball* o jugando al futbolín, por ejemplo, y tenía una amplia boca de metal a la cual se deslizaba la marca elegida hasta quedar parcialmente a la vista. A la derecha de esa máquina había una cuyo diseño se asemejaba al estilo clásico de inclinación saliente-ascendente de las máquinas de comida rápida o de los surtidores de gasolina de los años 50, aunque es probable que fuese fabricada en torno a 1970 (las máquinas expendedoras, al igual que las grapadoras, no están a la vanguardia de los cambios estilísticos generalizados): era una máquina de café, té y caldo de pollo, decorada con un panel de plástico blanco iluminado por detrás en el que ponía: «Bebidas calientes», con una garbosa caligrafía de zurdo sacada de la revista infantil *Highlights for Children*, que mostraba granos de café derramándose de un recogedor de granos y justo detrás una anacrónica tacita de porcelana con su platito (idéntica a las que jamás verás en un lugar de trabajo, salvo quizá entre los oficiales de rango o en ambientes jurídicos o de tiendas de postín) despidiendo una filigrana de humo[28].

La última máquina expendedora antes de las puertas que daban a las salas de descanso era de reciente adquisición. Este riesgoso palacio del tentempié -diseñado en la época del Centro Pompidou y de varias galerías y centros comerciales en los que a los ciertamente hermosos tubos de los sistemas de climatización, enormes versiones estriadas de

tubos de aspiradoras o de secadoras, se les daba en lo arquitectónico un trato decorativo- alardeaba de sus mecanismos internos, exhibiendo tras un cristal su inventario sobre espirales metálicas que giraban cuando introducías en un pequeño teclado la correspondiente combinación de dos caracteres letra-número-. Donde las viejas máquinas de golosinas (similares a las máquinas de cigarrillos -con pomos-) podrían haberte ofrecido quizás ocho opciones, más un bufé secundario de chicles, esta nueva máquina ofrecía *treinta y cinco* opciones, incluidas las casi invendibles bolsas de patatas fritas y de lacitos salados. Tu compra, que poco a poco la espiral desenroscaba hacia el espacio, caía desde una buena distancia al interior de una cavidad baja y oscura -de ahí que las acolchadas bolsas de patatas fritas las pusieran en las espirales de más arriba, ya que sufrían un daño menor que, digamos, un paquete de galletas Lorna Doones o uno de crujientes de queso con mantequilla de cacahuete que cayera desde esa altura; aunque, es curioso, ¡creo haber visto (y comprado) barritas de cereales que residían en la espiral superior izquierda!-. La máquina presentaba dos dificultades, según mi experiencia: *1*) El protector triangular negro por el que tenías que alargar la mano a fin de sacar tu tentempié de la cavidad era excesivamente pesado y chapucero y con un retroceso poderoso, posiblemente para disuadir de pillajes con perchas dobladas, y casi te exigía usar ambas manos -una para mantener abierto el protector y otra para coger las Lorna Doones- cuando tan a menudo no tienes más que una mano disponible, al haber decidido que te apetecía un paquete de Lorna Doones después de haber sacado un café de treinta y cinco centavos en la máquina de «Bebidas calientes» de la otra puerta; a resultas de lo cual, agarrando por el reborde un recipiente poco estable lleno de café, sin más superficie a la vista en la que depositarlo que el suelo, te veías forzado a mantener abierto el protector negro por el canto con los enjutos huesos y tendones del dorso de la mano, hacerte con las Lorna Doones y después retirar la mano, maravillado en mitad de tu desazón de que las venas que te cruzaban dichos huesos y tendones en diagonal no estuviesen laceradas o que sus débiles capas adventicias no se hubiesen aplastado conforme aquel canto redondo y pesado de plástico les pasaba por encima; y *2*) el invento de las espirales, si bien elegante, no era infalible: a menudo con tus últimos cincuenta y cinco centavos te comprabas una bolsa de lacitos salados que se quedaba colgada de una de sus esquinas selladas por calor, asomando pero sin caer; tampoco había manera de inclinar o de sacudir una máquina tan enorme. La persona que viniera después se llevaría una bolsa extra, ya que la espiral le daba a la tuya el último empujoncito con la suya.

No pensaba en las máquinas expendedoras cuando pasaba por delante de ellas, pero en alguna agradecida parte de mi conciencia sí

reconocía su presencia, una parte de función equivalente a la de la persona que en los créditos de las películas aparecía al cargo del «racord», quien se asegura de que si en uno de los días de rodaje tal actor lleva una tirita Band-Aid y está sentado delante de tres tortitas, al día siguiente las tortitas y la Band-Aid tengan exactamente el mismo aspecto. Dependía de la presencia de las máquinas como cualquiera depende de cierto seto recortado en forma de bulbo que hace esquina, o de cierto cartel descolorido en el escaparate de la tintorería, en tanto nutriente visual de camino a casa. Y cuando dos años más tarde recorría aquel pasillo y descubrí que la máquina de cigarrillos -el tronco primario de genuina innovación del cual habían ramificado todas las demás expendedoras, estrechamente aliadas con el tintineante newtonismo de la máquina de chicles y del parquímetro- había sido reemplazada por otra enorme y heterodoxa caja que vendía yogures, cartones de zumo de arándano, sándwiches de atún y manzanas enteras, todo rotando en un carrusel central multibaldas al que se accedía por unas portezuelas de plástico (de conformidad con el muy discutido plan en tres fases destinado a hacer de mi empresa un «espacio libre de humos»), lloré escalonadamente la pérdida a razón de una vez al día durante al menos una semana.

CAPÍTULO DIEZ

Del aseo de caballeros llegó el rugido de la descarga de una cisterna, de inmediato seguido por el «I'm a Yankee Doodle Dandy» silbado con pegadizo alborozo y montones de florituras rococós -la más notable, la difícil técnica del trino a la tirolesa, usado aquí en el «*ee*» del «*dandy*», en el cual el silbador pone sus labios a voltear binariamente el sonido entre la melodía base y un tono más agudo que creo se encuentra en algún lugar entre una tercera mayor y una cuarta perfecta por encima (por qué no se trata de una verdadera armonía sino más bien de un perceptible desafine a menudo me ha desconcertado, ¿algo que ver con la física de los labios fruncidos?)-: un despliegue de virtuosismo excusable solo en el aseo de caballeros, y no, como algunos comerciales al parecer piensan, en el relativo silencio de los espacios de trabajo, en los cuales la gente se quedaba inmóvil, el odio rezumando de sus bolígrafos Razor Point en suspensión, cuando pasaban silbando. En el aseo de caballeros las melodías pervivían a veces el día entero, sostenidas por los sucesivos usuarios, o recordadas por un usuario previo tan pronto reentraba en la alicatada resonancia de la sala. Una vez, excitado tras varias tazas de café, silbé con fuerza la saltarina introducción de la melodía de inicio del «All I want is a room somewhere», de *My Fair Lady*, y luego me detuve, avergonzado, porque me di cuenta de que sin saberlo había interrumpido el más quedo y magistral silbido de un clásico de *soft-rock* con mis atonales y gasificados píos; más tarde ese mismo día, oí que alguien que debía de haber estado dentro de uno de los urinarios durante mi anterior interrupción a la torera de aquel *soft-rockero*, silbaba una versión embellecida con estilo de mi melodía en la fotocopiadora.

Me dejé caer con bastante ímpetu contra la puerta del aseo de caballeros para abrirla, sobresaltando al tipo del «Doodle Dandy», que estaba saliendo, y que resultó ser Alan Pilna del Servicio de Marketing Internacional -su cara, cuando quedó al descubierto al abrir la puerta, no formaba ese afeminado puchero del silbido, sino que tenía una momentánea mueca de sorpresa.

-¡Oop! -dijo él.

-¡Oop! -dije yo, y luego, mientras se echaba a un lado,

sosteniéndome la puerta para que entrara-. ¡Gracias, Alan![29]

Franqueé el rápido derecha-izquierda que me condujo a la luminosidad y la calidez del cuarto de baño. Estaba decorado en dos tonos de alicatado, colores híbridos cuyos nombres desconocía, y la encimera de los lavabos y las divisiones entre letrinas y urinarios eran del mismo mármol rojo del vestíbulo. Me miré en el espejo para asegurarme de que mientras charlaba con Tina no había tenido en la cara ningún humillante problema nasal ni churretes de tinta de periódico -lo del churrete tal vez me lo habría dicho, pero no lo de la nariz-. A pocos lavabos de mí, uno de los vicepresidentes, de nombre Les Guster, se estaba cepillando los dientes. Tenía la mirada fija en el espejo y estaba viendo con toda probabilidad la misma expresión facial, los mismos rápidos abultamientos en la mejilla, que llevaba viendo al cepillarse los dientes desde que tenía ocho años. Parpadeaba con frecuencia, un parpadeo algo más deliberado que el parpadeo que habría ejecutado mientras leía o hablaba por teléfono, quizás porque los amplios movimientos motores del cepillado de dientes interferían con el ritmo autónomo del parpadeo. Tenía el grifo abierto. En cuanto me situé en uno de los lavabos, Les se encorvó hacia su lavabo, sosteniéndose la corbata contra el estómago con la mano libre, pese a que claramente no estaba listo aún para enjuagarse o para escupir, a fin de proteger su sensación de privacidad de mi presencia en el espejo. No estábamos obligados a saludarnos: el ruido del agua de su grifo, y el de la cisterna que usara Alan Pilna terminando de llenarse, nos definían como seres existentes en reinos separados. La gente que, como Les, tenía el valor de cepillarse los dientes (¡antes del almuerzo, *incluso*!) en el trabajo me impresionaba, por ser dicho acto tan impropio del mundo de los negocios; para indicarle que estar cepillándose los dientes no era en modo alguno ni notorio ni chistoso, y que de hecho ignoraba su presencia, me incliné hacia el espejo, fingiendo que me examinaba un defecto de la cara; luego carraspeé de un modo tan desagradable que no cupo duda de que era ajeno a su presencia. Giré sobre mis talones y ocupé uno de los urinarios.

Estaba a punto de relajarme hasta alcanzar el estado mingitorio cuando sucedieron dos cosas. Don Vanci tomó decididamente posición a dos urinarios de distantica, y luego, un instante después, Les Guster cerró el grifo. En aquel silencio repentino podían oírse una variedad de sonidos provenientes de los urinarios: suspiros largos, abatidos, extenuados; tejemanejes con el papel higiénico; periódicos plegados y recompuestos a golpes; y cómo no el sonido absolutamente despreocupado de la actividad principal: anonadantes salpicones presurizados seguidos de pedos súbitos y urgentes que sonaban como aire expelido sobre la boca de un botellín de cerveza[30]. Para mí el problema, un problema familiar, era que en aquel silencio relativo

Don Vanci oiría el momento exacto en que empezara yo a orinar. Más importante, también estaba al tanto del hecho de que *todavía no había empezado* a orinar. Yo estaba de pie frente al retrete cuando él entró al baño -por lo que ahora mismo tendría que estar en pleno proceso-. ¿Qué me pasaba? ¿Era tan tímido que no podía ni echar un pis a dos urinarios de distancia de otra persona? Nos quedamos allí de pie, reacios, en la quietud intermitente. Pese a conocernos bien el uno al otro, no dijimos nada. Y entonces, tal como sabía yo que sucedería, oí que Don empezaba a orinar con energía.

Mi problema se intensificó. Me sonrojé. Otros no tenían al parecer reparo ninguno en relajar sus conductos urinarios en los aseos de la empresa. Era evidente que algunos se encontraban tan a sus anchas que eran capaces de continuar una conversación pared con pared. Pero hasta que no desarrollé mi técnica de imaginarme que orinaba sobre la cabeza de otra persona, los estériles segundos que me pasaba con la mirada puesta en la palabra «Roca» esperando a que sucediera algo que sabía que no iba a suceder eran verdaderamente horribles: incluso cuando necesitaba ir con urgencia, si dentro había otra persona, el cargamento de mi próstata permanecía bajo custodia tras los tercos y atemorizados musculillos. Fingía que terminaba, carraspeaba, me subía la bragueta y salía, odiándome a mí mismo, seguro de lo que estaba pensando la otra persona, mientras su porcelana resonaba con su propio caudal de toxinas: «Un momento, ¡no creo haber oído que ese tipo se haya aliviado! ¡Creo que se ha quedado un rato de pie, *ha fingidoque* echaba un pis y luego ha tirado de la cadena y se ha largado! ¡Qué cosa más rara! *Ese tipo tiene un problema*». Más tarde, regresaba escabulléndome, con unas ganas dolorosas, y me encogía en uno de los retretes (para que no se me viera la cabeza) a orinar sin riesgos. Esto sucedió unas cuarenta y cinco veces -hasta que una noche en el abarrotadísimo aseo de un cine al final de la película, descubrí aquel truco-. Cuando alguien se coloque a tu lado, y oigas cómo respira por la nariz y sientas esa demostrada habilidad suya para orinar en público una y otra vez, y al mismo tiempo notes cómo tus propios músculos se cierran sobre sí mismos cual cangrejos ermitaños que se echan encima sus caracolas, imagina que te das la vuelta y que le orinas desapasionadamente en un lateral de la cabeza. Imagina que tu voluminoso caudal le compone efímeras secciones en el pelo, como las secciones que aparecen en la hierba del jardín cuando intentas regarlo presionando fuerte la boquilla de la manguera. Imagina que le dibujas una equis en la cara; que lo observas mientras trata de repeler el chorro con el brazo, resoplando y espurreando para evitar que le dé en la boca; y sus protestas: «¿Disculpe? ¿Qué está haciendo? ¡Eh! Pff, pff, pff». No fallaba. Si me encontraba en circunstancias muy complicadas -que me

flanquearan unos compañeros por ambos lados, que los dos me saludaran y que empezaran luego a aliviarse con total confianza- puede que tuviera que afinar un poco la imagen, imaginarme orinando directamente en sus atónitos y desorbitados globos oculares.

Y ahora, conforme aquel silencio se prolongaba, recurrí a dicha técnica con Don Vanci. Tras un breve y mecánico retraso, una gruesa maroma de urea a la conquista del mundo brincó hasta la blanca pendiente de porcelana. Le conferí un segundo empujón desde el diafragma, y atronó. Don Vanci y yo terminamos casi a la par; apartándonos de los urinarios, justo antes de tirar de la cadena prácticamente al unísono, nos saludamos:

-Don.

-Howie.

Les Guster se encaminó a la puerta, con su cepillo de dientes guardado en un neceser de viaje de plástico con estrías. Nos hizo un gesto con la cabeza.

-Caballeros.

Don Vanci salió detrás de Les Guster sin haberse lavado las manos.

CAPÍTULO ONCE

Hasta que no saliera alguien de un urinario, tenía los cuatro lavabos para mí solo; elegí el que no tenía charcos de agua alrededor. Solté mi libro de bolsillo y puse mis gafas encima; luego me lavé ligeramente las manos, decolorando la fecha que me había sellado en la palma, pero sin borrarla. Sin cerrar el grifo, usé una toallita de papel para secarme las manos. Teníamos el dispensador de toallitas de papel de estilo más refinado que había disponible, creo. Era de esos que a menudo se ven en los aseos de empresa: un elemento arquitectónico de casi dos metros de alto, una banda de acero bruñido, casi a ras de pared, que tenía encastrada una abertura en forma de rombo la cual te ofrecía la siguiente toallita de papel, y, justo por debajo, un área de desechos en la que podías tirar la toalla. El hombre de mantenimiento abría la cerradura del panel de esta unidad -usando tal vez la misma llave que abría el dispensador de jabón, o tal vez no- vaciaba la bolsa de basura llena de toallitas de papel usadas, y la recargaba con una fila de centenares de toallitas nuevas recién desencuadernadas y en lenta expansión por encima del corte romboidal. Las toallitas de papel en sí eran de la mejor clase: algo menos de dos palmos de ancho, relieve ondulado, blancas, dobladas con dos solapas para una fácil extracción -era un honor usarlas-. Ya que el precio del papel se ha disparado tantísimo en la última década, algunas de las empresas que solían usar dichas toallitas anchas han instalado un adaptador en el dispensador que le permite almacenar las más pequeñas y baratas. Otros encargados de instalaciones se han puesto aún más radicales, instalando, *justo al lado* de ese pueblo fantasma que es el dispensador de cepillos de dientes, una Towlsaver de plástico con una palanca como la de una tragaperras de la cual tienes que tirar cuatro veces, haciendo avanzar el gran rollo que hay dentro, antes de obtener una aceptable, arrugable cantidad de áspero papel marrón, el cual uno corta con un sonido satisfactorio contra un conjunto de dientes metálicos. Otra versión de esta máquina de recambio dispone de una manivela giratoria con una relación de transmisión premeditadamente lenta: confían en que no tardarás en cansarte de darle a la manivela, y que usarás menos papel. Y en lo más bajo de la gama, pese a que en su día (al menos cuando era niño) fue un excitante símbolo de progreso

futurista, está la máquina que yo llamo de «riesgo de contagio» -el secamanos de aire caliente-. Hoy día te lo encuentras no solo en las áreas de descanso de las autopistas, sino también en los baños de Friendly, Wendy, Howard Johnson y otras grandes cadenas. Lo que por lo visto habían hecho -los bienintencionados pero ilusos encargados responsables de supervisar el control de gasto en los baños de dichas cadenas, quiero decir, hipnotizados por los vendedores de las empresas de secamanos de aire caliente- era arrancar sus dispensadores de toallitas de papel, atornillar a las paredes montones de secamanos de aire caliente y después *retirar todas las papeleras*. Las papeleras se llenaban con las toallitas; los restaurantes ya no facilitaban toallitas; por lo tanto ya no necesitaban pagar a personal que vaciara las papeleras. Pero al retirar dichas papeleras, estaban retirando la única razón inaplazable por la que un miembro del personal iría a echar un ojo a los baños al menos una vez por turno, y el lugar enseguida se convirtió en un erial. Entretanto, ¿la gente de verdad se alegra de usar el secamanos de aire caliente? Das un golpe al champiñón metálico que lo activa y, según recomiendan las instrucciones, te frotas con suavidad las manos debajo de la ráfaga de aire seco. Pero para secártelas con la meticulosidad con que una sola toallita de papel te secaría las manos en cuatro segundos, tienes que suplicar debajo de la bordoneante tolva durante treinta segundos, demasiado para la paciencia de cualquiera; es inevitable que salgas sacudiéndote el agua de los dedos, mientras el secamanos continúa calentando la sala. En caso de que uno decida quedarse hasta que acabe la cuenta, el fabricante (la World Dryer Corporation) lo ha provisto de un pequeño texto serigrafiado para leer mientras tanto. Hoy día veo este tipo de textos con malos ojos, pero cuando era pequeño hablaban con la asombrosa intencionalidad oracular de los profetas cuyo coraje y confianza en sí mismos les permitían abandonar las viejas costumbres y empezar desde cero: arquitectos de la renovación urbanística; ingenieros del flujo del tráfico; augures de los monorraíles, los manteles de papel, la comida en forma de cápsula, el aprendizaje programado y de cúpulas sobre Hong Kong y Manhattan. Solía leerlos para mí como si estuviese recitando un cuarteto del *Rubáiyát*, y lo leí tantísimas veces que hoy conserva para mí algunas de las Ur-resonancias de la «meticulosa aplicación del programa de higiene bucal y el habitual cuidado profesional» de la pasta de dientes Crest. Dice así:

> Para un mejor servicio - - - Hemos instalado secamanos de aire caliente no contaminantes con el fin de protegerle del riesgo de contagio de enfermedades que podrían transmitirse con las toallitas desechables […]

> Este rápido método sanitario seca las manos de un modo más meticuloso, previene la aparición de grietas - - - y mantiene los baños limpios de toallitas usadas.

En una esquina de esta declaración, la World Dryer ha impreso una letrita griega que parece una hamburguesa de perfil, el símbolo del ecologismo, un símbolo que en séptimo curso recorté en fieltro verde y pegué a cinco brazaletes blancos, los cuales nos pusimos cuatro amigos y yo la vez que salimos con bolsas de basura a recoger desperdicios en la calle Milburn al lado del colegio (hallando sorprendentemente muy pocos, y percibiendo la enormidad, colmada de desperdicios, a nuestro alrededor) en la primera celebración del Día de la Tierra, cuandoquiera que fuese -en 1970 o 1971-. ¿Pero acaso tiene algo que ver el ecologismo con el motivo por el cual el restaurante Wendy's en el que me encontraba el 30 de septiembre de 1987 (copiando dicha leyenda, mientras contaba 60 *a tempo* para asegurarme de que el aire caliente en efecto soplaba durante unos treinta segundos tal como yo había estimado) había instalado esta máquina en su aseo de caballeros? No. ¿Es, de hecho, un usuario eficiente, medioambientalmente honesto de la electricidad producida a base de quemar combustible fósil? No -no hay botón que te permita acortar los treinta segundos de tiempo de secado-, te fuerzan a participar del derroche. ¿Previene la aparición de grietas? *¿El aire seco?* ¿Es rápido? Es lento. ¿Es más meticuloso? Es menos meticuloso. ¿Nos protege del riesgo de contagio? Coges antes un resfriado de la cúpula pública de metal caliente que aprietas para activar el secamanos que de sacar de un dispensador de toallitas un trozo de papel esterilizado que ningún humano ha tocado jamás, agarrándolo con tus propias manos para secártelas y tirándolo a la basura. ¡Entren en razón, World Dryer! ¡El tono de autoridad y de espíritu cívico que rodea tales falsedades resulta indignante! ¿Cómo pueden consentir que sus hombres de *marketingsigan* haciendo afirmaciones que suenan como los anuncios de medicamentos sin receta de la última década del siglo XIX o de pulseritas electroactivas de cobre que hay impresos en la formica de las mesas del Wendy's? Están vendiendo una máquina de aire caliente que funciona bien y que aguanta décadas: un sencillo y tal vez justificable medio de que las cadenas de comida rápida ahorren dinero con los productos de papel. Digan eso o no digan nada.

Pero mucho más importante que las tan cacareadas serigrafías es el hecho de que al intercambiar las toallitas de papel por dicho secamanos, con su tolva inamovible, las cadenas de restauración, asistidas por la retórica de la World Dryer, están presuponiendo que lo único que uno hace con las toallitas de papel es secarse las manos. ¡Y no es así, no es así! Se precisan toallitas de papel para quitarte de la

manga con unos ligeros frotecitos un salpicón de comida que te has visto en el espejo; se precisan para lavarte la cara. Cuando tienes la cara aceitosa una tarde tórrida en un cuarto más tórrido aún a causa del aire caliente del secamanos y decides que quieres lavarte la cara antes de pedirte una Big Classic, ¿qué es lo que haces? Por desesperación, pura y auténtica desesperación que he experimentado yo mismo, recurres al papel higiénico. Se está usando tanto papel higiénico en los baños con secamanos de aire caliente que algunos de los encargados de las instalaciones que pensaron que se las habían ingeniado para reducir costes al cambiarse a los secamanos se han ido al extremo opuesto del terreno de los dispensadores de papel higiénico, instalando rollos con cien mil pliegos tamaño neumático en perpendicular a la pared de cada urinario. Pero aun así, el uso del papel higiénico resulta inapropiado cuando lo sacas de una estrecha gama de actividades. Entras a un urinario y coges un buen puñado (eso asumiendo que el urinario esté vacante), y regresas con él al lavabo. En cuanto lo empapas con agua tibia, languidece hasta conformar entre tus dedos un puré semitransparente. Te pasas por la cara ese goteante plasma; se te adhieren trocitos a las mejillas y a las cejas; entonces debes reunir otro buen fajo con el que secarte -pero ¡vaya! ahora tienes los dedos mojados, de manera que cuando intentas coger más papel higiénico del rollo de los cien mil pliegos, el extremo del que tiras se te deshace sin más en los dedos, rompiéndose de manera prematura-. Decides entonces secarte la cara al aire, buscas con la mirada un sitio en el que tirar el macerado panqueque inicial y descubres que la papelera no está. Así que la dejas en un rincón con el variado resto de basura, o lo arrojas vengativamente al ya de por sí obstruido retrete.

Y de ahí que considerase un honor trabajar en una empresa que todavía usaba el clásico dispensador de toallitas de papel. Pero, a veces, cuando sacaba de él varias toallitas de papel, o cuando abría el armarito de acero gris de los repuestos lleno de tijeras con los mangos negros, de recambios para los calendarios de mesa, de dispensadores de imperdibles imantados, de grapadoras, de quitagrapas que parecían cobras y de una caja tras otra de bolígrafos Razor Point, o cuando recibo un memorando con una hoja de distribución con cincuenta nombres en la portada, enseguida empezaba a dudar de que la empresa para la que trabajaba pudiese permitirse todo aquello. Pensaba en la gente de mi departamento, uno de los sesenta y cinco departamentos de la empresa: visualizaba mi salario, más el de Tina, el de Abelardo, el de Sue, el de Dave, el de Jim, el de Steve y el de diez o doce más, ninguno de los cuales hacíamos nada que inyectase dinero de un modo directo, a la vez que una hilera de cifras daba vueltas demasiado rápido como para verlas, calculando la cantidad de

dinero en efectivo que costaba por segundo traernos al trabajo. Teníamos un salario en función de cuarenta horas semanales, no de treinta y cinco semanales: ¡piensa en la cantidad de dinero que la empresa pagaba de manera oficial a diario solo para financiar el tiempo que sus miles de empleados pasaban almorzando! Según estuviese de ánimos me resultaba imposible cambiar de la impresión que tenía de mí como una pequeña y costosa subunidad dentro de la empresa a las cifras de ingresos totales netos que cada trimestre leíamos en los informes de ganancias en la correspondencia interna -costaba creer que el dinero estuviese entrando a un ritmo ni tan siquiera cercano al que lo estábamos quemando-. Y dichas dudas a veces se extendían a todas las empresas de la ciudad: un desembolso extralimitado por valor de un horizonte urbano, todo un estrato empresarial existente en unos estándares insosteniblemente altos -los estándares de las toallitas de papel blancas, antes que los estándares de los secamanos de aire caliente.

Cuando le decía a Dave o a Sue que a veces me preguntaba cómo podía, la nuestra o cualquier empresa, permitirse tales gastos operativos, me sonreían con caridad y decían: «No te preocupes, nos los podemos permitir, *créeme*». Pero no sabían nada que yo no supiera. Tan solo porque sea costumbre mandar imprimir mil tarjetas de visita con tu nombre una semana después de que te hayan contratado, aun así, a menos que trabajes de comercial o consigas un montón de contrataciones, es probable que en lo que te dure el contrato no vayas a repartir más de treinta, la mayoría de ellas durante las primeras semanas entre tus parientes, y ya después solo en las ocasiones en las que dar la tarjeta de visita añade una nota de ironía a ciertos intercambios, y aun así la posesión de tarjetas de visita no tiene más función, en realidad, que demostrar buena fe por parte de la empresa, para hacer que te sientas parte de ella desde el principio, sin importar lo inútil que pueda parecerte que eres durante los tres primeros meses -solo porque este nivel de lujo sea convencional, y porque el listado de tarifas de las imprentas fomenten las cantidades, no significa que dicha práctica y otras similares no estén ahora mismo tirando hasta cierto punto de todo el carro de manirrotas convenciones heredadas entendidas solo a medias[31]-. Llegamos cada día al trabajo y nos tratan como a pontífices -un sobre marrón nuevo para cada tarea; costosos servicios de reparto; vales para el taxi; viajes de mil quinientos dólares a conferencias de tres días para que nos mantengamos al día en nuestras áreas; hasta la gráfica o el memorando más nimio mecanografiado, fotocopiado, distribuido y archivado; transparencias en retroproyectores para elevar incluso la más informal de las reuniones a algo importante y oficial; cada una de las papeleras de toda la empresa, más de diez mil papeleras, se vaciaba y se proveía de

una nueva bolsa cada noche; aseos con al menos un lavabo de más de los que era inconcebible que fuesen a usarse a la vez, ¡decorados con losetas de mármol que habrían sido el orgullo del Vaticano!-. ¿De qué estábamos participando ahí?[32]

Pero a pesar de esta especie de metaescrúpulo periódico, hacía en efecto acopio de las toallitas de papel. Así pues saqué con brío por la abertura de forma romboidal cinco de ellas: una para mojarme la cara, dos para aclarármela, una cuarta para secármela y una quinta para secarme las gafas después de haberlas enjuagado. Cada vez que tiraba, la solapa de una nueva toallita estaba ahí para que la agarrara: de haber parpadeado en el momento preciso, nunca habrías podido saber que se trataba de una toallita distinta a la que habías estado mirando; ¡pero así era! Dicha renovación de la novedad -si se trataba de era entonces para mí, y lo sigue siendo, una de las mayores fuentes de felicidad que este mundo antropogénico puede ofrecer. Y continúa siendo materia de cierta frustración personal que los restaurantes de comida rápida, en los cuales se ofrecen muchísimas de estas mecánicas novedades hechas en serie (como en esos agujeros provistos de resortes de los cuales sale un vaso de poliestireno tras otro), se interpongan sistemáticamente en el placer que podamos obtener de ellas por medio de *a*) no hacer hincapié con sus empleados en la importancia extrema de cargar el servilletero de mesa negro y cromo con las servilletas apuntando en la dirección correcta: no hacia atrás, con los pliegues escondidos, de manera que para coger dos servilletas tienes que pellizcar un puñado de seis o siete a la vez y forcejear con todas ellas a la vez por toda la embocadura de cromo, dejando encima el culpable exceso, donde nadie las usará porque nadie se fiará de ellas; o si no hacen eso, entonces por medio de *b*) consintiendo que su personal rellene el servilletero muy por encima de su capacidad, entusiasmados por el es cierto que impresionante número de servilletas que puede contener, de manera que el pliegue del que tiras o se rasga o arrastra la máquina por todo el mostrador tiritando sobre sus tacos de goma -frustrante porque he aquí un invento sencillo, longevo, ingenioso, que mejora la vida y que con facilidad podría suponer uno de esos tintineos de placer insignificante durante nuestros almuerzos de comida rápida, y aun así por ignorancia o por despreocupación su grandeza se denigra de forma sistemática, a resultas de lo cual millones de servilletas se tiran sin que hayan cumplido con su objetivo-. Pero confío en que las cadenas de restauración admitan con el tiempo este error frecuente e inicien procedimientos de formación con los cuales logren que su personal recién contratado coree: «¡Pliegues delante! ¡Pliegues delante!»; y en que cambien todos los secamanos de aire caliente por los peligros del despilfarro de toallitas -tal como han dotado, al menos algunos

fabricantes, recientemente a la pajita flotante del peso suficiente como para que permanezca estable en un entorno carbonatado[33].

• la aparición de otro caramelo Pez idéntico en el cuello del ascensor de plástico Pez, o

• la visión de un paracaidista detrás de otro de pie en la puerta de un avión durante un segundo antes de saltar,

• cómo rodaba hasta caer en posición la bola de una máquina de *pinball* cuando la anterior se había escurrido por entre los *flippers,*

• un pegajoso disco de plátano en rodajas es desplazado desde su posición en el cuchillo al cuenco de cereales por su sucesor,

• el surgimiento de un nuevo peldaño en unas escaleras mecánicas-

Abrí la primera de las cinco toallitas bajo el agua caliente, la plegué medio mojada y con un toquecito vertí en ella apenas medio chorro de jabón rosa, el cual diluí con otra rápida pasada por debajo del grifo. Después, encorvándome hacia el lavabo, mi corbata fuera de peligro bien sujeta bajo un codo, levanté con ambas manos la goteante cuartilla y me cegué con su calidez. Me restregué. Me mantenía cerradas las aletas de la nariz con el lateral de los meñiques. «Ay Dios», dije contra el papel empapado, con un alivio enorme. Lavarse la cara parece funcionar como se dice que lo hace la acupuntura: las súbitas señales de calidez que te anegan el cerebro desde los nervios de la cara, los párpados en especial, tu pensamiento que por un instante suelta amarras, que desahucia tu atención de cualquier idea que hubiese estado elaborando y hace que se deslice al azar de vuelta al primer punto fijo de la memoria que encuentre -a menudo una cuestión que habías dejado sin resolver al principio del día y que regresa ahora como imagen ampliada contra la granulosa negrura de tus párpados cerrados.

En mi caso, la imagen que regresó fue la del cordón roto tal como había aparecido justo antes de haberlo reparado en mi despacho siete minutos antes. Entonces la pregunta había sido, ¿cómo es que se me habían roto ambos cordones en un intervalo de veintiocho horas, tras dos años de uso continuado? Reviví la primera sensación de apretarme bien los cabos de los cordones antes de ponerme con el nudo: fue un tirón que implicó al parecer en torno a dos centímetros y medio de rozamiento de cordón. Lo comparé con el importante segundo tirón, a menudo un tirón más fuerte, un verdadero jalón, e incluso dos, que di para apretar la vuelta del sencillo nudo base. Con aquel segundo tirón jalabas en dirección al suelo, y el rozamiento afectaba al parecer a

poco más de medio centímetro de longitud del cordón -o sea que *ahí*, pensé entonces, era donde se habría dado la verdadera concentración del desgaste-. Sentí que estaba haciendo progresos. Conforme me enjuagaba la cara con la segunda y con la tercera toallita de papel, volví a intentar incorporar, en mi explicación de la rotura dual, la contribución adicional de la flexión al caminar al desgaste total de los cordones, ya que la tensión de caminar, si bien pequeña en un plano individual, se repetía millares de veces -por ejemplo, incluso al caminar ahora desde mi despacho al aseo de caballeros, he debido de flexionar cada zapato y ejercido por tanto tensión y rozamiento sobre sus cordones entre treinta y cuarenta veces-. Cerré el grifo y absorto empecé a secarme la cara con la cuarta toallita.

Lo que necesitaba era un modo de discriminar entre el tipo de desgaste que infligía al tirar de los cordones con las manos y el tipo de desgaste que se daba al caminar. En ese momento, se me ocurrió lo que parecía ser un sencillo test o-bien/o-bien. Dado que mis pies son imágenes especulares el uno del otro, y dado que no tengo cojera alguna, el raído bajo un puro modelo de desgaste por paso-flexión sería mayor o bien por ambos ojales superiores *internos* o bien por ambos ojales superiores *externos* -nunca, digamos, por el ojal interno del zapato izquierdo y el ojal externo del zapato derecho-. Mis brazos, por otra parte, llevan a cabo sus tirones de atado de manera asimétrica, no solo por tener más fuerza en el brazo derecho que en el izquierdo, como sabemos por los asesinatos de las novelas de misterio, sino también porque sujeto los cabos izquierdo y derecho de los cordones con un agarre sutilmente distinto, a fin de estar preparado para los movimientos que haré al conformar las dos orejas de conejito. Esto nos permite determinar con mucha facilidad si el crónico paso-flexión o el modelo de tirón-y-raído prevalecía o no. Supongamos, me dije, que el cordón de mi zapato derecho que ayer por la mañana se había partido en mi apartamento lo había hecho por el ojal superior izquierdo, o interno. Según el paso-flexión el pronóstico era que el cordón que se hallaba en el ojal superior derecho, o interno, de mi zapato izquierdo se habría partido hoy, de mantenerse la simetría. A la inversa, según el tirón-y-raído, era de esperar que el ojal izquierdo del zapato izquierdo hubiese sido el punto de rotura. Sin embargo, no era capaz de recordar cuál de los dos ojales se había visto en realidad involucrado.

Aclaré rápidamente las gafas bajo el grifo, ansioso por poder examinarme una vez más los zapatos con detalle; abrillanté las lentes con la quinta toallita de papel, ejecutando movimientos dactilares tipo afloja-la-guita por encima de las dos superficies curvas hasta que estuvieron secas. Un retrete se puso a rugir. Me aparté del lavabo y me llevé las gafas a la cara, disfrutando de la aproximación de aquellos

embalses de expansiva nitidez; conforme me enganchaba las patillas en las orejas, por motivos desconocidos[34], levanté las cejas. Ahora sí podía verme los zapatos.

Lo que vi fue un zapato izquierdo que exhibía en el ojal superior izquierdo un trozo de cordón roto y reparado, y un zapato derecho que *también* exhibía en el ojal superior izquierdo un trozo de cordón roto y reparado. No era simétrico, y en consecuencia el tirón-y-raído prevalecía y la flexión-al-caminar podía descartarse como origen del desgaste. Bien. Pero: los resultados de aquel test me forzaban a reconsiderar todo el problema previo de cómo dotar de sentido al enorme porcentaje de veces al día en que aleatoriamente se me desataban y me los reataba. Y ahí abandoné el tema, porque mi jefe, Abelardo, salió de uno de los urinarios.

-¿Y tú qué opinas, Howie? -dijo; era su saludo de costumbre; un saludo que yo apreciaba.

-Abe, no sé qué opinar -dije yo; mi respuesta de costumbre. Me enderecé las gafas ante el espejo para que no me quedaran torcidas, sabiendo que en cinco minutos volverían a su ligera inclinación de siempre.

-¿A almorzar? -dijo Abe, restregándose las manos.

-Sí. Tengo que comprarme unos cordones. Ayer se me rompió uno, y hoy el otro.

-Vaya, vaya.

-El asunto me desconcierta. ¿A ti te ha pasado alguna vez?

-No. Yo uso un par nuevo cada día.

-¿Eh? Dónde los compras, ¿en CVS?

-Me llegan a espuertas. Por UPS, entrega en dos días. Un tipo indio me los hace en Texas. Mezcla alpaca con algunos de los mejores *tweeds*. Y les da luego una capa de Krylon.

-Estupendo -dije yo. El secreto de trabajar para Abe estaba en saber que nada de lo que decía, aparte de los asuntos de empresa, iba en serio ni era verdad-. Tómatelo con calma.

-Sí.

Al acercarme a la puerta, me puse a silbar sonoramente. Tiré del picaporte; la puerta se abrió de sopetón hacia mí sin resistirse.

-Oop -dije.

-Oop -dijo entrando Ron Nemick.

Le sostuve la puerta. Conforme salía hacia el pasillo, me percaté de que la melodía que acababa de empezar era «I'm a Yankee Doodle Dandy».

Dentro oí que Abe se arrancaba con «I Knew an Old Lady Who Swallowed a Fly».

CAPÍTULO DOCE

Menos de una hora más tarde, adopté la pose de George Washington cruzando el Potomac, con un pie un peldaño más arriba, una mano en el pasamanos, remontando a ritmo constante la diagonal entre el vestíbulo y mi destino. El sonido del motor de las escaleras mecánicas se había vuelto indistinto, aunque podía notar todavía un leve ritmo de chasquidos que se transmitía a través de los peldaños, el cual supuse venía causado conforme iban enganchándose en los engranajes a cada extremo los eslabones de la cadena que me remolcaba hacia arriba; y también los sonidos del vestíbulo se diluían hasta incorporarse a un sonido-de-vestíbulo universal, como si cada unitario repique del tacón de una secretaria fuese una nítida pincelada de pigmento sobre una capa de acuarela, que palidece al propagarse. Desde esta altura, la altura de la sociología y la estadística, trabajadores en escorzo se movían en patrones visibles: la puerta giratoria los propulsaba uno por uno al interior del vestíbulo a una velocidad constante; se fusionaban ante los ascensores cuyas luces de llegada acababan de encenderse; renovaban la permanente fila de cuatro personas delante de la máquina del cambio; a veces dos de ellas, en apuradas trayectorias confluyentes, levantaban los brazos con alegre sorpresa e intercambiaban cumplidos mientras describían con pasos laterales un pulcro semicírculo en sentido horario para continuar de espaldas sus caminos, cada una atrapada durante un momento forzoso en el campo gravitatorio de la otra y después, con mutuo consentimiento, completaban sus acrobacias girándose y dándose prisa.

No había movido la mano desde que asiera el pasamanos, pero debido a que en su riel el pasamanos progresaba hacia arriba a una velocidad imperceptiblemente inferior a la cual lo hacían los peldaños (¿desajuste?), tenía el brazo en una posición distinta, el codo más doblado, a la que tenía al principio. Resitué la mano más adelante. Era extraño pensar que debido a la diferencia de velocidad, los peldaños debían sacarle de forma periódica una vuelta de ventaja al pasamanos que los acompañaba: ya que en mis escaleras mecánicas el desajuste era de en torno a treinta centímetros por trayecto, o de sesenta por cada ciclo completo, según un giro completo de pasamanos estimado

en treinta metros, las escaleras móviles le sacaban al pasamanos una vuelta cada cincuenta revoluciones -como esos coches de carreras con menos pegatinas que uno cree que van corriendo a la par con A. J. Foyt o con Al Unser, pero en realidad van vueltas y vueltas por detrás, ¿con qué clase de hombres al volante? Hombres tristes y decepcionados, es la sensación instintiva que tienes; pero quizás sean novatos o fanáticos, encantados al fin y al cabo de estar ahí.

Que el pasamanos no progresaba exactamente a la misma velocidad que los peldaños era una observación que le debía a mi hábito no hace mucho adquirido de permanecer quieto y dejarme llevar durante todo el trayecto, en vez de ir subiendo los peldaños. No opté por dejarme llevar hasta que no llevaba más o menos un año trabajando para esta empresa. Antes de aceptar el empleo, había usado las escaleras mecánicas relativamente poco, en aeropuertos, centros comerciales, ciertas salidas de metro y en grandes almacenes, y en dichas ocasiones había poco a poco desarrollado fuertes creencias relativas al modo apropiado de utilizarlas. Tu papel era avanzar al ritmo normal con que subías las escaleras en casa, dejando que el motor complementara, *no que reemplazara*, tu propio esfuerzo físico. En Otis, Montgomery y Westinghouse no pretendían que vacilaras tras uno o dos peldaños en sus máquinas hasta finalmente detenerte, llegando al final del trayecto más tarde de lo que habrías llegado de haber subido con brío unas escaleras fijas no electrificadas. Nunca habrían destinado dinerales de fondos para el desarrollo ni jornales anuales de ingenuidad mecánica a construir una máquina que poseyera todas las características externas de un conjunto de escaleras normal y corriente, peldaños individuales incluidos, solo para que personas sanas como yo pudiesen permanecer en estado de animación suspendida, en los ojos la carta de ajuste de la inanidad, hasta ser depositadas en el piso de arriba. No se habían inspirado en el telesilla o en el funicular, sino en el ciclomotor, al cual ayudabas con la fuerza de las piernas en las cuestas. *Aun así la gente se negaba a ver esto*. En los grandes almacenes a menudo me quedaba atascado detrás dos pasajeros inmóviles y quería cogerlos por los hombros y urgirlos a que continuaran, como si fuese un monitor en una de las travesías de la Outward Bound, diciendo: «Annette, Bruce… esto no es la Tierra de los Lotófagos. Estáis en unas escaleras móviles. *Sentid* cómo vuestras esforzadas, vuestras bamboleantes pisadas se funden con el inagotable meliorismo de las escaleras. Fijaos en cómo los ángulos de los suelos y los techos de las escaleras sobre y en torno a vosotros alteran sus puntos de fuga a una velocidad mucilaginosa que no se corresponde con lo que vuestras piernas os dicen que están haciendo. ¿Acaso no veis que cuando os paráis, uno al lado del otro, no estáis solo bloqueándome a mí? ¿No veis que indicáis a todos esos que allá abajo

están justo ahora subiéndose a las escaleras y alzando tímidamente la vista en busca de inspiración que si emprendieran con vigor el ascenso también ellos nos alcanzarían y verían desbaratado su avance? ¡Estaban dudando de si quedarse en su sitio o subir, y acabáis de minarles las intenciones! *¡Les habéis hecho perder el tiempo!* Y ellos obstaculizan a su vez a quienes van detrás… estáis por lo tanto perpetuando un patrón de pereza y congestión que podría continuar durante horas. *¿Es que no lo veis?*». A veces me detenía groseramente justo en el peldaño inferior al que la pareja ocupaba, con una caricatura de inútil impaciencia por rostro, a rebufo hasta que (a menudo con sonidos de sobresalto y ofreciendo unas disculpas que yo no merecía) se retorcían para dejarme pasar. Era más fácil hacer avances en las bajadas, porque los rápidos ruidos sordos de mis pisadas los asustaban y se echaban a un lado.

Pero un año de trayectos en escaleras mecánicas al trabajo me cambió. Ahora era pasajero de aquella máquina cuatro veces al día -a veces seis o más, si tenía que volver a bajar al vestíbulo para coger el ascensor a uno de los departamentos de la empresa en la vigesimosexta o vigesimoséptima planta- y los pensamientos habituales que la experiencia había despertado con anterioridad se volvieron a dicha frecuencia demasiado familiares. Mi total apreciación de las escaleras mecánicas ahondó, encastrándose finalmente en mi columna vertebral, pero cada trayecto individual ya no garantizaba que se desencadenara alguna trillada teoría o estado de irritación. Empezó a importarme menos si la intención original del invento había sido imitar o no las escaleras fijas. Y cuando tras aquellos primeros meses en el trabajo regresé a los grandes almacenes, contemplé las grandes espaldas inmóviles de los compradores en la abarrotada pendiente ante mí con un renovado interés, y me relajé con ellos: era natural, comprensible, defendible querer permanecer como un monumento de la isla de Pascua en aquel trance de ascensión motorizada por entre las arquitecturas de la venta al por menor. Iniciado apenas el trayecto, ascendiendo hacia la sección de Menaje para comprar un cazo marca Revere a juego con mi sartén marca Teflon y así completar mi cocina[35], incluso solté mi bolsa de la compra (la cual contenía un traje, una camisa, una corbata y, en una bolsita aparte de Radio Shack, un cable más largo para el teléfono) a mi lado en el peldaño y durante un ratito cerré los ojos. Este nuevo placer de quedarme quieto me lo traje a los trayectos en escaleras mecánicas de los días laborables; y con el tiempo experimenté una inversión completa: jamás precipitaba el fin de mis largos y relajados trayectos subiendo yo mismo los peldaños, los disfrutaba como esos curtidos usuarios de la red ferroviaria disfrutan el intervalo fijo de sus viajes en tren -y cuando la gente pasaba a zancadas por mi lado yo la observaba

con simpatía-. En situaciones especiales, la vieja irritación sí que volvía, sobre todo en las escaleras mecánicas del metro; pero cuando lo hacía yo repartía la culpa entre los peatones parados y los diseñadores de la máquina: estaba claro que los ingenieros habían hecho demasiado altas las contrahuellas de los peldaños, y la altura debilitaba la correspondencia funcional entre dichas escaleras y sus homólogas caseras, de tal suerte que los usuarios no percibían de manera innata que se esperaba de ellos que las subieran.

Llevaba recorridos casi dos tercios del camino hasta la entreplanta. Detrás de mí, en la base, el hombre de mantenimiento había cambiado su trapo al pasamanos al que yo estaba sujeto -un giro más, y la huella de mi mano sería abrillantada hasta desaparecer-. Cada pocos palmos, mi mano dejaba atrás un disco en relieve de acero bruñido fijado a la pendiente entre las escaleras de subida a las cuales iba montado y las escaleras de bajada a mi izquierda. Seguí los discos con la mirada conforme pasaban. Nunca había averiguado cuál era su propósito. ¿Cubrían las cabezas de grandes pernos estructurales, o estaban ahí tan solo para disuadir a cualquiera que pudiera verse tentado de usar la larga pendiente de la mediana como un tobogán? Dicha pregunta, comprimida en un destello de curiosidad familiar, se me ocurría una o dos veces por trimestre, pero jamás con la urgencia suficiente como para recordarla más tarde y dar con la respuesta.

En aquel momento, el disco al que me acercaba estaba a medias iluminado por el sol. Cayendo desde las polvorientas alturas del cristal térmico sobre un inobservado e invisiblemente suspendido plafón con un centenar de vetas y casi diez metros de ancho que se parecía a la rejilla metálica de las antiguas cubiteras, cayendo por entre los desocupados tramos medios del espacio del vestíbulo, la luz del sol se acomodaba sobre mis escaleras mecánicas y desde allí continuaba, atenuada en tres cuartas partes, descendiendo hasta un quiosco de prensa empotrado en el mármol al fondo del vestíbulo. Sentí que me elevaba hasta adoptar su forma: mi mano se volvió oro, mis pestañas irradiaron aureolas proteicas sedientas de salir a escena; y una de las bisagrillas de mis gafas se puso a centellear en busca de atención. La transformación no fue instantánea; pareció tardar más o menos lo que tardan los filamentos de una tostadora en ponerse naranjas. Fue el último subidón de la hora del almuerzo; probablemente la mejor parte del trayecto en escaleras mecánicas. Mi sombra móvil apareció muy a lo lejos, deslizándose por el suelo del vestíbulo, y después empezó a plegarse sobre las pilas de revistas iluminadas por el sol del quiosco de prensa -revistas gruesas como libros de texto-, separadas por mamparas de madera -*Forbes, Vogue, Playboy, Glamour, PC World, M*- con tantos anuncios que conforme hojeabas sus geniales páginas de papel satinado Kromekote sonaban como salpicones. Incitado por las

brillantes texturas y la calidez, se me ocurrieron cuatro imágenes distintas en rápida sucesión, familiares tres de ellas, la cuarta nueva para mí, cada una sugiriendo la siguiente. Visualicé:

1) Las líneas de resplandor color polo-de-frutas en los rebordes retractilados de la fila de discos de vinilo en mi sala de estar tal como se veían al atardecer cuando llegaba a casa del trabajo.

2) Una cajetilla de cigarrillos tirada pero aún envuelta en su celofán; en concreto, el deleite de pasarle por encima con una segadora, trasquilando el papel y sus reflejos por toda la hierba seca.

3) Los restos de un bollo de pan que una vez vi en una agradable mañana de sábado de camino al metro y al cual le habían pasado una segadora por encima. Era un bollo de pan del tamaño de una patata, a juzgar por las migajas blancas, y al agacharme para verlo más de cerca, lo reconocí como uno de esos adorables bollos insípidos que te incluyen gratis con tu pedido en un restaurante cercano de comida china para llevar. Habían pasado la segadora por donde este yacía aquella mañana en la pronunciada pendiente que caía hacia la acera (en algún momento del pasado debieron de ensanchar la calle): mirándolo, me imaginé el destello de indecisión en la sudorosa cara del segador -«¿Una piedra? No, un bollo. ¿Me paro? No en esta peliaguda pendiente. Sigue empujando»-, y luego el bajón en el runrún del motor y el espurreo como de cartas barajadas que siguió, dejando, en lugar de un bollo de pan chino, una pulcra distribución circular de fragmentos blancos.

4) Una palomita de maíz gigante explotando en el espacio exterior. Esto último era una concepción que nunca antes había visualizado de manera aislada. Su breve aparición justo después del bollo segado (una imagen que se me pasaba por la cabeza una vez cada pocos meses) venía explicada probablemente por haberme comprado y comido una bolsa de palomitas durante los primeros compases de mi hora del almuerzo.

CAPÍTULO TRECE

No había tenido intención de comprarme una bolsa de palomitas. Por el ímpetu de un tipo cuelludo y de la mujer con prisas que llevaba detrás, la puerta giratoria del vestíbulo circulaba un pelín demasiado deprisa; cuando me tocó el turno, aproveché el impulso existente escorándome a través de mi porción de aquel gráfico de sectores sin contribuir con ninguna fuerza adicional, al tiempo que me remangaba. Fuera, era mediodía, ¡mediodía! Quince árboles sanos, esbeltos y retozones crecían de los adoquines de la plaza apenas unos metros hacia el cielo azul delante de mi edificio, cada uno proyectaba una composición de sombras con forma de patata frita sobre el collar de hierro colado que les rodeaba el tronco. («Fundición Neenah S.A. Neenah, Wisconsin»). Hombres y mujeres, sentados al sol en los bancos cercanos a los parterres cultivados con los familiares arbustos de hoja perenne de la empresa (griñoleras, me parece) sacaban exquisiteces en sus envoltorios de deslumbrantes bolsas blancas. Vendedores ambulantes en las aceras que hundían la cabeza en los compartimentos clasificados de sus carritos, abriendo y cerrando portezuelas de metal. La trasera de una camioneta con los laterales metálicos acolchados llena de sándwiches, de grifitos, de pastelitos Drake's Cakes y de latas en hielo, con su dueño sacando el cambio de su ocarina monetaria prendida al cinto, llenando tres vasos de café al mismo tiempo sin abrir y cerrar las canillas, señalando al cliente que le tocaba, todo ello en un bucle, haciendo con los dos brazos gestos circulares, tal como imaginaba yo que debían de haber hecho las operadoras encargadas de manejar las viejas centralitas de enchufes y clavijas -estaba vendiéndole al personal al que estaba despachando todo menos las vigas y la fachada del edificio del otro lado de la calle-. Tenía hambre, pero con aquel humor de sol de mediodía necesitaba algo insustancial y altitudinal, algo como una minilata de zumo de pomelo Bluebird, o media galletita de arruruz, o tres alcaparras dando vueltas en un plato de papel, o: palomitas. Por impulso, dejé caer un dólar entero en la mano de la vendedora de palomitas y levanté una de las bolsas cerradas con un alambre retorcido y llenas con la recolecta de la palomitera acristalada del carrito, con su letrero pintado al estilo de finales del XIX y sus lámparas de calor amarillas y

el compartimento colgante de la palomitera, del cual salían individuales copiosidades blancas brincando desde debajo de una solapa abisagrada, como si realizaran algún número circense para las blancas acumulaciones que conformaban el público -y no me devolvió cambio; ¡nada de cambio con el que erosionarme el muslo conforme caminaba o con el que hacer rebosar aquella tarde el platito de mi buró! ¡Qué vendedora tan amable!-. Mientras con el semáforo en rojo cruzaba varias calles en dirección a la droguería CVS, dejando un inevitable rastro de dos o tres partículas de cada puñado que excedía mis capacidades bucales, moviéndome por entre coches cuyos esmaltados parecían quemar al tacto y peatones con blusas blancas y camisas Oxford de hilo también blancas, yo mismo me sentí como una palomita que explotaba: una bicúspide desecada de grano de maíz estadounidense que se echa a un luminoso líquido dorado obtenido a presión de semillas hermanas menos afortunadas, sometido a calor, y a la cual se le permite de repente florecer en una instantánea detonación de inversión ingrávida; un asteroide de poliestireno, mucho más amplio pero en apariencia con menos masa que antes, compuesto de exfoliaciones que al estallar más allá de sus caparazones externos eran no obstante guiadas por sus tostados pétalos que mientras desaparecían se arqueaban hacia atrás (y que más tarde hallaban un paso hasta el espacio entre molares y encías) hasta estampados cachemir y baobabs y afines Fibonacci blancas, figuras que parecían muy brasileñas e intemperadas para un grano tan estadounidense, y las cuales parecían, pese a la abrupta asunción de sus estados finales, aquel convulsivo «pop» de botadura, al cual llegaban poco a poco, masa fermentada o champiñones cavernarios[36].

Tardé diez minutos en llegar a pie a la droguería CVS. Antes de entrar tiré las palomitas que me quedaban a una papelera cuadrada que había junto a la puerta con una solapa pegajosa a causa de los refrescos: aquí el truco estaba en usar lo que fuera que ibas a tirar para abrir de un empujón la solapa y apartar enseguida la mano para que la solapa no te la pillara, una técnica que en este caso no funcionó a la perfección porque el receptáculo estaba a rebosar y tuve que meter mi bolsa de palomitas aplastándola contra la basura previa de manera que la solapa no podía volver a cerrarse como es debido. Me limpié la sal y el aceite de los dedos con el interior de los bolsillos de mis pantalones y me adentré en el frescor de la tienda.

No tenía ni idea de dónde tenían los cordones, pero era un cliente habitual de CVS a lo largo y ancho de la ciudad, y me consideraba perro viejo de sus distribuciones y de sus extraños sistemas de clasificación. «cuidado ocular», «dolor de cabeza», «artículos para el cabello», rezaban los letreros colgantes, con aquella ausencia de mayúscula inicial, con gancho en su día y hoy ya anticuada, pero

pocos, pensaba, sabían como sabía yo encontrar tapones para los oídos en uno de los últimos pasillos llamado «primeros auxilios», junto a las pinzas nasales para nadar, las rodilleras Ace, el Cruex, el Caladryl, el espray antipiojos Li-Ban y la balda de las tiritas Band-Aid. De hecho, la mayor parte de mi familiaridad con las tiendas CVS venía de mis compras regulares de tapones para los oídos. Gastaba una caja o más a la semana, y con los años me había encariñado de su rebuscada localización, que implicaba, lo cual era a menudo cierto, que oír era un padecimiento, un síntoma a curar. Es más, aquel pasillo nunca estaba abarrotado de escudriñadores de pastillas, como sí lo estaba «dolor de cabeza», y todas esas cajas de tiritas Band-Aid al lado, tan fiables y aún sin abrir, con formas específicas para las heridas inusuales y la fila adicional de minitiritas que los adultos usaban hasta para los malos cortes en los dedos, como los que te hacías rebanando un *bagel* prerrebanado, porque eran menos aparatosas y autocompasivas que las de tamaño normal, me parecía que era el corazón mismo de toda la droguería. Por cierto, si abres una caja de Band-Aid, esta despide un olor (como hace poco averigüé, en la necesidad de una Band-Aid para un cortecito[37] sorprendentemente espantoso) que te manda disparado de vuelta a cuando tenías cuatro años[38] -aunque ya no me fío de este truco olfativo, porque parece ser un virus en el disco duro en el que se llevan a cabo las operaciones neuronales del sentido del olfato, una especie de vinculación de bajo nivel, un estrato inferior más sutil del lenguaje y la experiencia, entre el olfato, la vista y el amor propio, el cual han exaltado de manera errónea varios escritores como algo más real y más puro y desde un punto de vista sagrado más significativo que la memoria intelectiva, como las burbujas de metano de una ciénaga que en su día unos asombrados provincianos tomaron por ovnis.

Gastaba un montón de tapones para los oídos, no solo para poder conciliar el sueño, sino también en el trabajo, porque había descubierto que los sonidos amplificados Sensurround de mi propia mandíbula y de mis dientes, y la sensación de plenitud subacuática en los oídos, y la amortiguación de todo ruido externo, incluida la impresión de mi propia calculadora o cuando un papel se deslizaba encima de otro, me ayudaba a concentrarme. Algunos días, escribiendo apasionados memorandos para altos cargos, me pasaba toda la mañana y toda la tarde con los tapones puestos -los llevaba puestos hasta para ir al aseo de caballeros, y solo me quitaba uno para hablar por teléfono-. A la hora del almuerzo nunca los llevaba; y posiblemente aquello explicara por qué mis pensamientos poseían un tipo diferente de armonía superior durante el almuerzo: no era solo por la luz del sol y las gafas limpias, sino también porque por primera vez oía el mundo con claridad desde que me dirigiera al metro por la

mañana. (También los llevaba en el metro). Usaba tapones de silicona Flents Silaflex. Aquellos estupendos tapones estaban disponibles desde 1982 o así, al menos en las tiendas a las que yo iba. Antes usaba los viejos tapones Flents, los de la cajita naranja -estaban hechos de algodón impregnado con cera, y eran enormes: tenías que cortarlos por la mitad con unas tijeras para obtener una forma que se quedase en su sitio cuando te los encajabas, y te dejaban los dedos pringosos de parafina rosa-. A L. le daban asco, y solía guardar cualquiera que me dejara yo en el alféizar a su lado de la cama dentro de un bote de pastillas vacío con una escena rural en él -y no la culpo-. Luego una empresa llamada McKeon Products entró con fuerza en el mercado, ofreciendo los tapones Mack's Pillow Soft® -grumos de masilla gelatinosa y transparente que te sellaban tanto que te dolían los tímpanos ligeramente al dejar de apretarlos con los dedos, porque creaban un leve vacío ¡un vacío! ¡Todos sabemos lo mal que viaja el sonido en el vacío!-. Esos tapones nuevos, pues, no estaban solo bloqueándoles el paso a las ondas sonoras, ¡estaban alterando las características sónicas del aire presente en el canal! Su fama se extendió de droguería en droguería por el boca a boca. Los llevé hasta que olvidé cómo era el auténtico sonido. Flents contraatacó con fuerza, promocionando su lustroso modelo Silaflex -versiones cilíndricas del Mack's en color carne- conforme iba retirando poco a poco los mastodontes de cera y algodón Tootsie Roll. Los tapones Silaflex, como los Mack's, se vendían en un estuchito de plástico que se abría con un resorte, igual que una pitillera; llevaba el estuchito en el bolsillo de la camisa para poder usar tapones nuevos cada vez que los necesitara. Tal vez por temor a un pleito, en Flents continuaron sobredimensionando su producto más novedoso -aunque en el paquete pusiera «3 pares en una práctica cajita», yo seguía retorciendo cada cilindro hasta partirlos por la mitad y así tenía seis juegos completos-. En la cama le daba a L. un beso de buenas noches mientras ella anotaba los acontecimientos del día en una libreta de anillas, y luego seleccionaba un prometedor tapón usado del surtido que tenía en mi mesita de noche y me lo metía a presión en la oreja que primero fuese a orientarse hacia el techo. Si me preguntaba algo después de que me hubiese puesto el tapón y me hubiese dado la vuela, tenía que separar la cabeza de la almohada, dejando al aire la oreja de abajo, para oírla. Con anterioridad había intentado dormir con tapones en ambos oídos, para estar libre de ruidos cada vez que me agitara en sueños, sin importar qué oreja dejase arriba, pero lo que descubrí fue que la oreja de la almohada me dolía durante las primeras horas de la mañana; así que aprendí a transferir en sueños el único tapón caliente de oreja a oreja cada vez que me daba la vuelta. Para entonces L. se había resignado a que los llevara; a veces, como muestra de especial ternura,

cogía las tenacillas de madera de la tostadora, agarraba uno de los tapones con ellas, lo dejaba caer en la oreja que me apuntaba al techo antes de que hubiese tenido tiempo de hacerlo yo y me lo plantaba en su sitio con unos toquecitos diciendo: «¿Ves? ¿Ves cuánto te quiero?»[39].

Justo por encima de los tapones para los oídos estaban los narigudos frascos de disolvente de cerumen, que me compraba una vez al año o así. Cada vez que descubrías, al quitarte el tapón de la noche después de apagar la alarma, que no oías mejor con este quitado, permanecías en la cama y te echabas un chorrito de la fría solución de peróxido de carbamida en el oído y te quedabas tumbado sin moverte, a la espera de que empezara una burbujeante fermentación tangible. Después te dabas una ducha. Es verdad que aquel chorrito de reactante no resultaba tan efectivo como el anonadante y acerado disparador de agua caliente que usaban las enfermeras: dicho utensilio tenía dos garfios tipo jeringa para los dedos y un émbolo que se accionaba con el pulgar, y te mandaba un aluvión casi insoportable de agua caliente al interior de la cabeza, baldeándote las impurezas hasta que caían a una bacinilla que sostenías muy quieta contra el cuello. Después de que me hubiesen limpiado estrepitosamente los oídos de aquel modo, podía oír tramos del espectro hertziano que con toda probabilidad llevaba sin oír desde que era un recién nacido; y el mayor placer de oír aquella triguera tersura superpuesta al sonido normal estaba en que podía enfrascarla para cuando quisiera con un par de tapones Silaflex. Pero me daba vergüenza pedirle a la enfermera que usara conmigo el disparador anticerumen porque vería mis impurezas manar de mi oreja, de ahí que a menudo recurriera al frasco blanco de disolvente de CVS para hacerlo yo mismo, y después me quedaba en la ducha contando hasta sesenta con la cabeza ladeada para dejar que me entrara una descarga de agua caliente en el oído del modo más directo posible. Este era el tipo de importantes y reservados productos que vendían las tiendas CVS -eran una cadena entera dedicada a proveer esos pequeños y caros artículos altamente especializados de que disponían los cuerpos humanos para la civilización-. Aquí hombres y mujeres se observaban los unos a los otros de manera extraña -operaban inusuales fuerzas de atracción y furtivismo-. Se vendían artículos cuyo uso exigía desnudez y privacidad. Era más una tienda de mujeres que una tienda de hombres, pero a los hombres se les permitía deambular con total libertad por las baldas que refulgían con una morbosidad cuyos niveles de curio eran bajos, aunque mensurables. Pasas con disimulo junto a una mujer que lee la letra pequeña de un kit desechable para darse duchas de vinagre. Ella nota que pasas. *¡Repelús!* Otra mujer contempla una caja de Aspercreme -¿para qué?-. Una tercera está

decidiendo si quiere o no un rizador de pestañas Revlon, que parece una mezcla entre un colador para el té y una catapulta medieval. Jabones curvados y consistentes como Basis y Dove, aunque se vendieran en joviales cajas cuadradas, se sacarían de sus paquetes para la ducha de la noche: sus logotipos moldeados en color crema se irán desgastando con las pasadas por los femeninos brazos y estómagos[40]. Cuando era más joven de lo que tendría que haber sido, solía robar compresas de la caja entre los zapatos en el armario de mis padres, donde yacían dobladas en un cajón como los jerséis de hilo, y me las llevaba al baño, donde con algunas dificultades practicaba un agujero en una de ellas, usando un lápiz o un cepillo de dientes, metía mi pene tamaño crayón por el agujero, y orinaba en el retrete, y las tiendas CVS tenían algo de este fetichismo inseguro y pueril, cierta oblicuidad, mezclando demasiados tipos de privacidad en una tienda para todos los públicos, incluso si estás allí para comprar un descongestionante o, como yo, solo para comprar un par de cordones, sientes la suave incitación del lugar: los anuncios de Coppertone usados como papel pintado, metros cuadrados de hombros y rodillas y rostros bronceados; también papel pintado de Krazy Nails; y papel pintado de Maalox y de desodorante Secret y de pilas Energizer, con todos los anuncios antiguos recortados y superpuestos, oscurecidos aquí y allá por los espejos circulares antihurto. Nombres sumamente confidenciales susurrados desde cada pasillo -Anbesol, Pamprin, Evenflo, Tronolane- magistrales empalmes silábicos de lo pervertido y lo doctoral, el patrón de colores de cada paquete repetido en pilas de cuatro y ocho y diez en cada balda. Era un Estambul entero de medicamentos de botiquín, protegidos de la calle por la inocencia de la Cruz Roja y la pureza del cartel de CVS.

¡Y ahí estaban los champús! ¿Había de verdad alguna necesidad de estudiar el pasado histórico de Chandragupta de Pataliputra, o de Harsha de Kanauj, del surgimiento de la dinastía Chola de Tanjore y de la caída de la dinastía Pallava de Kanchi, la cual construyó en su día las Siete Pagodas de Mahabalipuram, o la devastación final y la ruina de la gran metrópolis de Vijayanagar, si teníamos cambios dinásticos, turbulencias y montones de espuma en los últimos veinte años de aquel gran legado hindú, el champú? Sí, la había. No costaba sin embargo hallar analogías emocionales entre la historia de la civilización por un lado y la historia dentro de la droguería CVS por otro, cuando localizabas un gran champú como en su día lo fue Alberto VO5 o Prell hoy en lamentable vasallaje en la balda más baja del pasillo 1B, invadido por oleadas posteriores de mongoles, musulmanes y chalukyas -Suave; Clairol Esencia Herbal; Caray, el pelo te huele genial; Silkience; Finesse; y un bote tras otro del akbaresco Flex-. El verde de Prell es hoy para nosotros un verde demasiado

simple; el falso francés de su nombre resulta *kitsch*, no *chic*, y si bien antes residía envuelto en mi mente teleempapada por la inmediatez y el engolamiento de femeninas voces en *off*, hoy está en un avanzado estado de declive, apenas se anuncia, al haber descendido año tras año en las densas aunque higroscópicas emulsiones de nuestra estima, igual que aquella enorme perla descendente que usaban en uno de sus estupendos primeros anuncios para demostrar cuán suculentamente rico era. (*Creo* que el anuncio era de Prell -¿o era de Breck, o de Alberto VO5?[41]-). Recuerdo que las hermanas mayores de mis amigos usaban esos viejos champús -una hermana en especial, con el pelo todavía húmedo de Alberto VO5 y de gel fijador Dippity-do, enrollado en varios rulitos rosas de gomaespuma y tres latas de refresco de cola RC, sentada a la mesa de la cocina desayunando mientras nosotros (unos niños de nueve años) comíamos para almorzar cebollas dulces crudas, leyendo historietas de Fester Bestertester-. Imagino a los directivos del viejo producto mirando por la ventana a lo Proust, evocando los grandes días en los que destinaban dinerales a anuncios de la tele y todo era un hervidero, degradados ahora a hojear los catálogos para mantenerse al día de las últimas novedades en cuidado del cabello igual que unos segundones. *En breve, nadie sabrá que con sus botes de champú dieron a conocer una mejor variedad de plástico, una variedad de acorazada opacidad en tono mate en lugar de la desagradable reflectancia acharolada de los por entonces existentes esfuerzos hacia la transparencia; ¡que con aquel plástico habían llevado su producto a lo más alto!* Con el tiempo, cuando hayan muerto todos aquellos que hubieran usado cierta marca de champú que dejó de fabricarse, borrándose así de la memoria viva, ya no será apropiadamente entendido, ni correctamente situado en lo que sentimos que es la periferia de la vida; en vez de eso no será más que otro de los muchos pintorescos frasquitos de plástico en los anticuarios de provincias -entendido igual de mal que cualquier quincalla decimonónica desenterrada en la costa de la península de Coromandel-. No me enorgullezco del hecho de que los ingredientes principales de mi historia emocional estén hoy día a la venta en cualquier CVS. Un hecho que parece especialmente desconcertante, ya que la mía era en todo la emoción de un espectador: yo no usaba ninguno de los grandes champús; en lugar de eso consumía un sinfín de pastillas de jabón marca Ivory para el pelo (las pastillas se ponían cóncavas conforme se iban gastando, hasta encajar con mi cráneo), al menos hasta que no hubo pasado un año desde que empezara mi trabajo en la entreplanta, cuando el pelo empezó a marcharse de mi cabeza y yo, tratando de deshacer los años de jabonosa severidad que pensaba podrían haber sido el motivo de su partida, cambié al champú para niños de Johnson.

Al final, conforme año tras año se siguen lanzando productos, tu

panteón primigenio de champús, o el panteón de las pastas de dientes o el de las máquinas expendedoras o el de las revistas o el de los coches o el de los rotuladores con punta de fieltro, se ve permeado por la novedad, y puede que te descubras perdiendo tus puntos de referencia, incapaz de colocar un producto nuevo en una cesta comparativa de nombres de marcas conocidas porque notas que el resto de nombres están aún sin desbastar ni asimilar. Creo que con los champús he alcanzado ese punto; la familia Flex me acabó agotando y ahora vivo exclusivamente en el pasado: salvo que contenga algo de verdad espectacular, cualquier producto post-Flex (como la cosa esa sueca con abedul y camomila, Hälsa) estará muerto para mí, fuera de mi vida, da igual las veces que lo vea en la balda. En teoría, supongo que existe también un punto en el cual el volumen conjunto de todas las historias en miniatura de misceláneas que se han estado recopilando en paralelo en mi memoria, cubriendo numerosos pasillos diferentes de CVS e incluso algunas de las manualidades de la civilización en general, alcanzará un punto crítico y me dejará saturado, apático, incapaz de albergar un solo entusiasmo que sea nuevo; calculo que eso sucederá cuando las propias droguerías CVS se hayan vuelto tristes y anticuadas, como las Rite Aid o las Osco antes que ellas: las letras rojas y las bolsitas blancas grapadas inclinándose ante algo que ni siquiera somos capaces de imaginar, algo todavía más limpio, algo electrizantemente jovial[42].

Sin embargo, por ahora la droguería CVS queda más cerca del centro que, digamos, una Crate & Barrel o una Pier 1, o los restaurantes, los parques nacionales, los aeropuertos, las mancomunidades, los vestíbulos de los edificios de oficina o los bancos. Esos lugares son las novelas del periodo, mientras que CVS es su diario. Y en algún rincón del interior de esta tienda en particular, según Tina, que la conocía mucho mejor que yo, tenían un par de cordones en existencias, listos para hacer frente al aciago día en que los míos se desgastaron hasta romperse. Para mi decepción, en el pasillo con el letrero «cuidado del pie» no se ofrecían más que paquetes de almohadillas para los callos, limas para los callos, cremas para quitar los callos y los juanetes, punteras de silicona para proteger los dedos del pie, remedios para las uñas encarnadas y el resto de la línea de productos Dr. Scholl. Eché un ojo en «calcetería», pero solo encontré calcetines. Estaba casi a punto de creer que en CVS no tenían lo que necesitaba cuando, al girar por el pasillo 8A, bajo el letrero «Tintorería», los vi, colgando encima de abrillantador para zapatos marca Kiwi, al lado de las esponjas y de los guantes de látex. Eran de la marca blanca de CVS, «recambio de cordones para zapato» por sesenta y nueve centavos. Un ligero destello de racanería me llevó a sospechar que estaban hechos de fibra artificial; aunque en el grado de

detalle propio de los cordones, nadie podría dentro de lo razonable exigir algodón. Un gráfico en el dorso de cada paquete relacionaba el número de pares de ojales de tus zapatos con la longitud de cordones que uno necesitaba: tras contar los míos (cinco), compré los de sesenta y ocho centímetros. Mis zapatos tenían pinta de arañados, y a punto estuve de comprarme también una caja de abrillantador negro Kiwi -me atraía el arcaísmo del diseño de la lata: era estadounidense, y sin duda igual de bueno que el de las latas de aceite de oliva Filippo Berio; y se daba una agradable similitud entre el kiwi de pie dentro del semicírculo blanco y el pingüino blanco en un círculo del libro de bolsillo que llevaba conmigo-. Pero me acordé de que tenía varias latas de Kiwi negro en casa -pensé que era todo un milagro, en realidad, que Kiwi ganara dinero con aquel negocio, teniendo en cuenta lo que duraba cada lata: era más fácil perderla en el fondo del armario que acabarla.

Había colas en todas las cajas. Observé la técnica de las cajeras y escogí a la que parecía más lista, una mujer india o pakistaní con una sudadera azul, aunque en su cola hubiese dos personas más que en cualquiera de las otras, porque había llegado a la conclusión de que el diferencial en la velocidad con que despachaba una cajera rápida y lista y una cajera tonta y lenta era de tres transacciones a una, tal era la variante en las aptitudes humanas y en la inteligencia nata -incluso de cuatro a uno si se daban transacciones sofisticadas como entregar el cambio, o la presencia de algo cuyo precio debía ser comprobado en el impreso alfabético porque al paquete no le habían pegado el precio con una de esas pistolas etiquetadoras-. Dicha mujer india era una auténtica profesional: metía los artículos en la bolsa a la vez que los marcaba en caja, eliminando la necesidad de manejarlo todo dos veces, y no esperaba a ver si el cliente tenía o no el cambio exacto: había aprendido que cuando un tipo decía: «¡espere, creo que lo tengo justo!» era muy probable que después de que rebuscara y las contara todas en la palma de la mano, la combinación de monedas resultara no ser la adecuada y le dijera: «pues no tengo, lo siento», y le tendiera un billete de veinte dólares. Cerraba el cajón de la caja registradora con la cadera y cortaba el *ticket* casi exactamente a la vez, y su uso de la grapadora de cromo tipo empuñadura encadenada al mostrador era justo lo que uno esperaba ver cuando se grapa una bolsa. La única dificultad sobrevino cuando, al darle el cambio a la mujer que iba antes que yo (unas pinzas, vaselina Intensive Care, chicles Trident, medias color carne y una cajetilla de Marlboro Light de los largos), se quedó sin monedas de diez centavos. El cartucho de monedas era de un retractilado de plástico duro. Estuvo diez segundos doblando y haciendo palanca con el cartucho indolente e inexpresivamente hasta que sacó cuatro monedas de diez y las puso en uno de los cajetines[43].

Incluso con aquel revés, le entregué mis cordones antes de lo que habría tardado en hacerlo en cualquiera de las otras cajas. (Para ser sincero, la había observado con anterioridad, cuando fui a la tienda a por unos tapones, y de ahí que ya supiera que era la más rápida). Saqué uno de diez. Ella me depositó los billetes en la palma de la mano y soltó el cambio en monedas en la curva que habían formado los billetes -el modo más arriesgado y más habilidoso, el cual me dejaba con una mano libre para hacerme con la bolsa y que evitaba el en ocasiones incómodo roce con la mano caliente de un desconocido-. Quise decirle lo grácil que era, que me gustaba el hecho de que hubiese descubierto los movimientos y los atajos que hacían que las transacciones en la caja continuaran siendo disfrutables, pero no parecía haber ningún modo de verbalizar aquello sin que resultara bochornoso. Sonrió y asintió ceremoniosamente con la cabeza, y yo me marché, cumplido mi recado.

CAPÍTULO CATORCE

En el camino de vuelta, mi oficina parecía estar más lejos de CVS de lo que me había parecido en el camino de ida. Me comí de una máquina expendedora un perrito caliente con chucrut (una combinación cuyo regusto aún me da escalofríos), a paso ligero con el fin de aprovechar al máximo los veinte minutos de mi hora del almuerzo que había reservado para leer. Pasé por una tienda de galletas en la que no había ningún cliente; en menos de treinta segundos, me había comprado una enorme galleta revenida con trazas de chocolate por ochenta centavos. A cinco manzanas de mi edificio, esperando a que un semáforo cambiara, le di un bocadito a la galleta; de inmediato sentí la fuerte necesidad de acompañarla con un poco de leche, y entré un momento a Papa Gino's a comprarme un cartón pequeño en una bolsa. Abastecido pues, lleno de pensamientos en torno a los aspectos rituales del embolsado, regresé a la plaza de adoquines y me senté en un banco al sol cerca de la puerta giratoria. Era un banco neovictoriano, hecho de finos listones de madera fijados con pernos a curvas de hierro ornamental y pintados de verde -un tipo de banco que hoy día podría considerarse en exceso coqueto, pero que en aquella época parecía raro y maravilloso, pues solo recientemente habían empezado los arquitectos a abandonar los bajos y maléficos bloques de cemento armado o de granito pulido que habían hecho las veces de lugares en los que sentarse (o en los que arrellanarse, ya que no ofrecían ningún respaldo) en los espacios públicos de este tipo durante veinte retrógrados años.

Puse la bolsa de CVS a mi lado y abrí el cartón de leche, metiéndome uno de los extremos de la bolsa que me había dado Donna por debajo del muslo para que no se la llevara el viento. El banco me proporcionaba tres cuartos de vista de mi edificio: la entreplanta, una cuadrícula de cristal gris oscuro con realces verticales en mármol, era el último piso con amplitud antes de que la fachada trazara un ángulo hacia dentro y despegara, desafiando a los cuellos, hacia un hagioscopio de bruma azul. La sombra del edificio había alcanzado uno de los extremos de mi banco. Hacía un día perfecto para leer durante quince minutos. Abrí mi clásico de Penguin por donde tenía el marcapáginas (un *ticket* de compra, el cual deslicé

momentáneamente varias páginas más adelante) y luego le di un bocadito a la galleta y un trago a la leche fría. Hasta que mis ojos se habituaron, las páginas me resultaron cegadoras, oteros ilegibles, teñidas de fosfenos violetas y verdes. Pestañeé y mastiqué. La independencia del bocadito de galleta y la del trago de leche comenzaron a fundirse y a calentarse de manera placentera en mi boca; con la ayuda de otra pura y fresca perfusión de leche me tragué la dulce mixtura[44]. Hallé por dónde iba en la brillante página y leí:

> Observa, en síntesis, cuán transitoria y trivial es toda vida mortal; ayer una gota de semen, mañana un puñado de cenizas.

¡Mal, mal, mal!, pensé. ¡Destructivo, inane, desencaminado y enteramente falso! -pero inofensivo, e incluso placenteramente aleccionador, para un hombre sentado en un banco de una plaza de adoquines en espinapez cercano a quince árboles sanos y espaciados de forma regular, con el gomoso gruñido y el siseo de una puerta giratoria al alcance del oído-. ¡Era capaz de absorber cualquier estoicismo brutal que me plantaran delante! Aun así, en vez de continuar, di otro bocadito a la galleta y un trago de leche. Eso era lo malo de leer: siempre tenías que volver a retomarlo en el mismo asunto que el día anterior hizo que dejaras de leer. Una flamante mención en la *Historia de las morales europeas*, de William Edward Hartpole Lecky (la cual me había llamado la atención, mientras echaba un vistazo por la biblioteca cierto sábado, por un título tan ambicioso y la exuberante accesoriedad de las notas al pie[45]) fue lo que provocó que en la librería me detuviera delante de la estantería de los Clásicos Penguin que iba del suelo hasta el techo durante una de mis horas del almuerzo dos semanas atrás y que echara mano de este volumen de las *Meditaciones* de Marco Aurelio, en la balda más alta, desdeñando el taburete disponible, que enganchara con el dedo la parte superior del libro y que tirara de él de tal modo que cayera sobre la palma de mi mano: un Penguin más fino que la mayoría, lustroso, rígido, en perfecto estado. En previos y efímeros arrebatos de clásicos me había comprado, y leído unas veinte páginas apenas, de Clásicos de Penguin de Arriano, Tácito, Cicerón y Procopio -me gustaba verlos alineados en mi alféizar, justo por encima de la estantería en la que tenía los discos; me gustaban en parte porque, como mi primer acercamiento a la historia fue gracias a las contras de los discos, asociaba esa negrura y ese lustre de los Clásicos con los discos de vinilo[46]-. Lecky había alabado a Marco Aurelio de un modo que lograba que leerle pareciera algo irresistible:

> Puesto a prueba por los accidentados eventos de un mandato de noventa años, presidiendo una sociedad que estaba

> profundamente corrompida, y una ciudad notoria por su libertinaje, la perfección de su carácter asombró hasta silenciar incluso al difamador, y el sentir espontáneo de su pueblo lo erigió antes en un dios que en un hombre. Han vivido muy pocos hombres a propósito de cuya vida podamos hablar con tan plena confianza. Sus *Meditaciones*, las cuales conforman no solo una de las más impresionantes, sino también una de las más auténticas obras del entero ámbito de la literatura religiosa.

Y efectivamente, lo primero que leí cuando en la librería abrí al azar las *Meditaciones* me pasmó por su finura. «Manifiestamente», leí (el sonido dislocado de una cacerola al golpear bajo el grifo contra el lateral del fregadero me tañía en la cabeza):

> Manifiestamente, ¡no hay circunstancias de vida que tan bien pudieran adaptarse a la práctica de la filosofía como estas en las cuales te halla hoy la suerte!

¡Olé! Me encantaba la leve aparatosidad y el arcaísmo del enunciado, lleno de frases que hoy día nunca acuden a los labios de nadie de manera natural pero que en su día sí que lo hicieron: «circunstancias de vida», «tan bien pudieran adaptarse», «en las cuales te halla hoy la suerte», aparte de la súbita aunque acertada irrupción de los signos de exclamación. Pero pensaba sobre todo que la afirmación era extraordinariamente cierta y que si me compraba ese libro y aprendía a cómo obrar de acuerdo con ese único enunciado sería conducido al interior de los complejos reinos de la comprensión, aunque en apariencia continuase, tal como había hecho, yendo a trabajar, yendo a almorzar, yendo a casa, hablando con L. por teléfono o invitándola a casa a pasar la noche. Como a menudo sucede, aquel primer enunciado decisivo me gustaba más que cualquier otro con que me topé en posteriores lecturas consecutivas. Estuve dos semanas cargando con el libro durante la hora del almuerzo; tenía el lomo desgastado más de llevarlo en la mano que de leerlo, aunque recorría el lomo una única línea blanca que hacía que el libro se abriera automáticamente por la página 168, en la que figuraba el enunciado de las «circunstancias de vida»; y a estas alturas, desencantado, pasando páginas adelante y atrás, estaba casi listo para abandonarlo por completo, cansado de la implacable y mórbida abnegación de Aurelio. Aquello último sobre que la vida mortal se reducía a esperma y ceniza, que leí dos días seguidos, era demasiado para mí. Devolví a la página el *ticket* de compra, donde se quedó hasta hace bien poco, y cerré el libro.

Me quedaba por beber la mitad de la leche. Sintiéndome

reconquistado por su sabor, la apuré de un trago; y entonces, acordándome de un hábito de mi niñez, hice una bolita con la bolsa de la galleta, fabricada con un tipo de papel fino y crespo, y la embutí por el caño del cartón de leche. Me quedaban diez minutos de hora del almuerzo. Si no iba a leer, sentí que debía emplear el tiempo en cambiar los cordones raídos por los nuevos que me acababa de comprar. Pero el sol pegaba demasiado: incliné la cara hacia él, sentado con los ojos cerrados, los brazos estirados sobre el banco y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos por delante de mí, y recogía los pies cada vez que oía que una persona se acercaba caminando, no fuese que le estuviera bloqueando el paso. Mi mano derecha, a la sombra, tocaba la fría cúpula de un perno neovictoriano; mi mano izquierda, al sol, tocaba la pintura verde, caliente y lisa; una corriente de total y apaciguada alegría empezó a fluirme de la mano a la sombra a la mano al sol, pasándome por los brazos y los hombros y subiendo en espiral hasta mi cerebro conforme avanzaba. «Manifiestamente», repetí, como si estuviese regañándome a mí mismo, «¡no hay circunstancias de vida que tan bien pudieran adaptarse a la práctica de la filosofía como estas en las cuales te halla hoy la suerte!». La suerte me halló aquel día después de una mañana entera de trabajo para ganarme la vida, después de habérseme roto un cordón, de haber charlado con Tina, de haber orinado con éxito en un entorno empresarial, de haberme lavado la cara, de haberme comido media bolsa de palomitas, de haberme comido un perrito caliente y una galleta con un poco de leche; y la suerte me hallaba ahora sentado al sol en un banco verde, con un libro de bolsillo en el regazo. ¿Qué se suponía, filosóficamente, que tenía que hacer con aquello? Bajé la vista hacia el libro. En la cubierta salía un busto dorado del emperador. ¿Quién compra este tipo de libros?, me pregunté. ¿Personas como yo, buscadores ocasionales de la autosuperación, durante la hora del almuerzo? ¿O solo estudiantes? ¿O los taxistas con la necesidad de algo con lo que sorprender a sus pasajeros, un libro que blandir delante del plexiglás? Con frecuencia me había planteado si en Penguin ganaban dinero vendiendo libros de bolsillo como aquel.

Y entonces sopesé la frase «con frecuencia me había planteado». Notando cómo Marco Aurelio me apremiaba a practicar la filosofía con las escasas materias primas de mi vida, me pregunté exactamente *con qué frecuencia* me había planteado la rentabilidad de los Clásicos de Penguin. Con solo decir que a menudo te planteabas algo no se daba indicación alguna sobre cuán prominente era en realidad dicho estado mental en tanto parte de la vida. ¿Surgía cada tres horas? ¿Una vez al mes? ¿Cada vez que cierto conjunto especial de circunstancias volvía a recordármelo? Desde luego no pensaba en las circunstancias financieras de Penguin cada vez que ponía los ojos en uno de sus

libros. A veces solo pensaba en cuál sería la temática de dicho libro en particular, sin interés por el momento en quién lo publicaba; a veces pensaba en el hecho de que las contras naranja de las novelas de Penguin se desvaían al sol como los carteles de las tintorerías, y lo sorprendente que era que un esquema de colores tan intrínsecamente cuestionable como el naranja, el blanco y el negro llegara a resultar tan agradable y sutil, asociado de un modo tan íntimo con nuestra idea de la novela inglesa, tan solo porque hubiese dado la casualidad de que alguien de la editorial decidiera usarlo como diseño estándar. A veces las contras naranja me hacían pensar en el primer libro de Penguin que había leído, *Mi familia y otros animales*: mi madre me lo regaló un verano, y no solo me habían gustado los lagartos y los escorpiones y la luz del sol, me había interesado también, conforme profundizaba en mi lectura del grueso de las páginas, un diminuto código impreso que aparecía cada veinte páginas o así en el margen inferior izquierdo de la página de la derecha: «FOA-7», «FOA-8», «FOA-9», etc. Cualquier clase de jerigonza técnica privativa de los encuadernadores, pensé -«Folio Orientación Alterna 7» o tal vez «Final Orden Anverso 8»-. Mucho después, cuando de nuevo me percaté de este rasgo de los libros de Penguin, en mitad de mi lectura de la novela de Irich Murdoch *Una derrota bastante honorable* («DBH-6», etc.) me di cuenta de que no se trataba más que de las iniciales del título, una forma rápida de evitar confusiones en la composición de libro, sentí por este misterio previamente sin resolver una expansión de amor retroactivo, y también gratitud a Penguin por facilitarnos este más rotundo conjunto de hitos con el que medir nuestro progreso en un libro: pues cuando llegas a algo como «DBH-14» (que fue hasta donde llegué con aquel Murdoch en particular, he de decir, por más que me guste cómo escribe), sientes que tu progreso se confirma de un modo más objetivo que cuando alcanzas sin más un nuevo capítulo.

Todas estas observaciones particulares relacionadas con Penguin poseían ciclos de recurrencia diferentes y por lo tanto diferencias de peso en mi personalidad -y me pareció entonces que nos hacía falta una medida para la *periodicidad* de los pensamientos recurrentes, expresados como, digamos, el número de veces que un pensamiento te viene a la cabeza al año-. Me planteaba la situación financiera de la editorial Penguin unas cuatro veces al año, quizás. «Una periodicidad de 4» -aquello tenía un toque científico-. Una vez al año, justo cuando en la discográfica Muzak se pasaban a los villancicos, pensaba, «resulta curioso que “God Rest Ye Merry, Gentlemen” esté en clave menor». Cada vez que me espachurraba un dedo del pie pensaba: «Es increíble que el dedo del pie de una persona pueda llevarse esa clase de golpes sin romperse» -y me espachurraba un dedo del pie unas ocho veces al año quizás-. De vez en cuando me tomaba una pastilla

de vitamina C, quince veces al año, y mientras llenaba el vaso de agua pensaba en la canción de Grateful Dead: «*livin' on reds, vitamin C and cocaine*…». Si pudiéramos asignarle una cifra de periodicidad de este modo a cada pensamiento recurrente que tuviese una persona, ¿qué sabríamos? Sabríamos la frecuencia relativa de sus pensamientos a lo largo del tiempo, algo que podría resultar quizás más revelador que cualquier declaración de creencias que dicha persona pudiera ofrecer, o que una sección inmóvil de pensamientos disponibles y potenciales (si fuese eso posible) en cualquier momento dado. De igual modo que en inglés las palabras más frecuentes son las monótonas «*of*», «*in*» y «*the*», los pensamientos más frecuentes son los insípidos y tediosos del tipo «picor en la cara» [fugaz imagen sexual] y «¿me huele el aliento?». Pero debajo del nivel «*of*» e «*in*» del vocabulario del pensamiento, había toda una lista de ideas de frecuencia media. Imaginé que adoptaban la forma de una tabla, algo así como:

Materia de pensamiento	*Número de veces que el pensamiento se me ocurre al año (en orden decreciente)*
L.	580,0
Familia	400,0
Cepillarme la lengua	150,0
Tapones para los oídos	100,0
Pago de facturas	52,0
Aspiradora Panasonic de tres ruedas, grandeza de la	52,0
El sol te pone de buen humor	40,0
Frustración por el tráfico	38,0
Los libros de Penguin, todos	35,0
Trabajo, ¿tendría que dejarlo?	34,0
Amigos, no tengo	33,0
Matrimonio, ¿una posibilidad?	32,0
Máquinas expendedoras	31,0
Las pajitas no se desenfundan bien	28,0
El brillo en los objetos móviles	25,0
¿McCartney más talentoso que Lennon?	23,0
Amigos más listos, más competentes que yo	19,0
Dispensadores de toallitas de papel	19,0
«Lo que con frec. se pensaba, pero nunca», etc.	18,0
Las personas no se parecen mucho	16,0

Árboles, la belleza de los	15,0
Aceras	15,0
Los amigos no me merecen	15,0
Gemelos idénticos separados al nacer, estudios de rasgos	14,0
Inteligencia, lo deprisa que va la	14,0
Rampas para minusválidos, su demencial peligro	14,0
Ganas de matar	13,0
La invención de la escaleras mecánicas	12,0
Las personas se parecen mucho	12,0
«En mi patio, no»	11,0
Ahora, las pajitas flotan	10,0
Pinchadiscos?, ¿me haría feliz ser	9,0
«Si no puedes librarte de ello, ¡métete de lleno!»	9,0
Rotuladores con punta de fieltro	9,0
Gasolina, lo bien que huele la	8,0
Bolígrafos, el rodamiento de la punta	8,0
Aparatos estéreo	8,0
Miedo a que me atraquen otra vez	7,0
Grapadoras	7,0
«Las cucarachas llegan, pero nunca se van»	6,0
Bollo de pan, la imagen de un	6,0
Zapatos	6,0
Bolsas	5,0
Butz, Earl	4,0
Barrer, escobas para	4,0
Silbar, el truco tirolés	4,0
«Puedes saborearlo con los ojos»	4,0
Líquido para limpiar en seco, olor del	3,0
Cierres de las bolsitas herméticas	2,0
Palomitas de maíz	1,0
Los pájaros regurgitan la comida para alimentar a sus polluelos	0,5
Kant, Immanuel	0,5

Pero la recopilación de la lista, tal como vi en cuanto empecé a bosquejarla así en mi cabeza, no fue el esclarecedor proceso de

abstracción que había esperado que sería: los pensamientos eran demasiado fluidos, demasiado difíciles de nombrar, y de clasificar una vez nombrados, como para que mi estimación de su frecuencia relativa significara mucho. Y había muchos, muchísimos. Aun así, esa clasificación de periodicidad, en tanto ideal de descripción, fue lo máximo que pude hacer aquella tarde. La introspección era la única actividad mínimamente filosófica que me veía capaz de practicar, sentado en un banco al sol, esperando hasta el último minuto posible antes de volver al trabajo; y la atribución de frecuencias sí que al menos forzó una clase de introspección más auténtica que la pregunta tan inconcreta «¿En qué pienso?». Las personas se parecían mucho cuando te imaginabas sus agendas diarias, o las observabas mientras caminaban hacia la puerta giratoria (tal como Dave, Sue y Steve, que no me vieron, hacían ahora), pero si te imaginaras que recopilas para cada una de ellas una tabla detallada de frecuencias de pensamiento, e intentabas comparar una tabla con otras, de repente te sentirías como si estuvieses comparando seres tan distintos unos de otros como un alargador eléctrico y un encurtido de hoja de parra. L. me contó una vez que ella pensaba «todo el tiempo» (le pedí que fuese más específica, dijo que una vez cada tres semanas o así) en un alarmante chiste que alguien le había contado cuando tenía once años, que dice así: «P: ¿Sabes cómo es la mujer perfecta?; R: [Se pone la mano a la altura de la cadera]. Así de alta y con la cabeza plana para apoyar la birra». Hasta hace dos o tres años, me contó, desde que tenía más o menos diez, había, a menudo en contra de su voluntad, pensado varias veces a la semana en una adivinanza que decía:

> En el camino de Amberes,
> me encontré a un hombre con siete mujeres,
> cada mujer con siete sacos,
> cada saco con siete gatos,
> entre gatos, sacos y mujeres,
> ¿cuántos iban para Amberes?

Cada mes y medio, según me dijo, pensaba con placer en una descripción en *Daniel Deronda* de una alcoba en la que todo era amarillo, al no haberse imaginado nunca las alcobas de estilo victoriano tardío pintadas en dicho color. ¡Y yo no pensaba en ninguna de esas cosas[47]! Nos conocíamos bien el uno al otro; teníamos la sensación de que en aspectos muy importantes éramos muy parecidos, nos entusiasmábamos y no nos entusiasmábamos a la par, pero las tablas de los pensamientos repetidos y sus periodicidades de ambos revelarían para nuestra sorpresa pocas coincidencias parciales en el rango de frecuencia media.

Por encima de las periodicidades del solitario pensamiento interior, dependiente de él aunque existente en un plano separado, estaba la periodicidad de la conversación, por teléfono y en persona. L. y yo hablábamos veinte veces al año sobre el hecho de que en las comedias los personajes femeninos casi siempre hacían el papel de cómicos varones heterosexuales. Veinticinco veces al año nos planteábamos qué habría pasado si mis padres hubiesen seguido casados, o si los suyos se hubiesen divorciado. Cincuenta veces al año hablábamos sobre los efectos de la promiscuidad en la apariencia externa y en la personalidad, con ejemplos sacados de las vidas de sus amigos y de las nuestras. Día sí y día no considerábamos en qué ciudad o en qué zona nos gustaría más vivir, y en qué tipo de casa, si fuésemos ricos. La discriminación positiva tenía una periodicidad de 4; la herencia de rasgos mentales, de 12. Dos veces cada verano discutíamos si en la naturaleza los colores podían desentonar. Si un tema se volvía a repetir, percibíamos su familiaridad, pero de una manera indistinta: casi siempre surgía (esto es, sentíamos que merecía que lo discutiéramos otra vez) después de que fuésemos incapaces de recordar con exactitud cuáles habían sido nuestras respectivas opiniones -recordábamos de una forma vaga, inatribuibles, los comentarios elocuentes que se habían hecho la última vez-, pero a menudo revertíamos nuestras posturas, ambos más entusiasmados con las sensaciones nuevas que suscitaban los argumentos que había aducido el otro la vez anterior, y menos convencidos de aquellos previos argumentos propios. Y se daban periodicidades superpuestas también en el plano de la conversación: ciclos de quince años de excitación periodística a nivel nacional por una cuestión u otra; las correcciones generacionales y las exageraciones pendulares; y, por encima de estas, la periodicidad de las bibliotecas y de los Clásicos Penguin, aún más bajas, resurgimientos y disminuciones del interés por ciertas vías de investigación o estilo de pensamiento de un siglo a otro, replanteamientos de verdades extraviadas en lenguas vernáculas nuevas.

De todos estos planos, pensé, la alternancia de descuido y de atención que se presta a una idea se parecía al ciclo de encerado y bruñido, de atenuado y realzado del brillo, de lijar entre capas para luego aplicar otra -las cosas que le sucedían a dicha idea durante los largos tramos sin supervisar-. Justo ahora, por sexta vez en dos semanas laborables, le había prestado atención a una idea de Marco Aurelio de un enunciado de largo durante uno o dos minutos, y elevándola por lo tanto de su almacenamiento artificial Penguin hasta la memoria viva durante aquel instante, instante en el que de no haber ocupado mis pensamientos, nadie la habría tomado quizá en consideración durante dichos minutos en toda la ciudad, puede que en

el mundo. Hoy también, por primera vez en veinte años, me había acordado en dos ocasiones distintas del acto de atarse los cordones (en tres, si se contaba el orgullo pasajero que había sentido justo antes de que se me rompieran los cordones), en una vida entera esto supone una periodicidad media anual de más o menos una décima parte del acto de acordarse, aunque esa cifra está desencaminada, puesto que la media de las frecuencias, decidí, debían obtenerse a partir de intervalos más cortos, de cinco años por ejemplo, para que resultaran significativas, al menos hasta que uno haya muerto. Era imposible predecir cuál de los dos, si Marco Aurelio o los cordones, figuraría más arriba en el conjunto de mis índices vitales de periodicidad hasta el día de mi muerte[48].

Era hora de entrar. Notaba pringosos los dedos de mi mano al sol; me los froté con el pulgar hasta que traje al mundo un diminuto cilindro gris oscuro compuesto de aceite de palomitas, polvo urbano, piel y azúcar de galleta. Lo tiré de un capirotazo. Me percaté de que en la palma de mi mano la fecha aún era visible, pero desaparecería después de que volviera a lavármelas. Con cierto esfuerzo fui capaz de retorcer y arrugar la bolsa de Papa Gino's apretándola lo bastante como para poder embutirla también en su mayor parte en el cartón de leche; obtuve una oscura satisfacción de la interna externalidad de ese logro. Recogiendo mis pertenencias, mi bolsa grapada de CVS y mi libro de bolsillo, me puse de pie. Tiré a la basura el cartón de leche aún lleno; o, más concretamente, lo coloqué con mucho cuidado en la cúspide de un monte de restos de almuerzos que las abejas sondeaban listo para desbordar en cualquier momento un bidón de aceite cercano, asegurándome de que el cartón no se volcaría al menos hasta que hubiese ido afianzándolo muy despacito con las yemas de los dedos en su precaria localización durante unos segundos. No pude aplastar la basura de debajo, tal como había hecho media hora antes en la puerta de CVS, ya que cualquier presión que se aplicara solo habría provocado que el monte al completo se desintegrara. Una abeja emergió de un vaso de papel colmado de sol, y se fue a elaborar miel barriobajera a partir de cualquier zarzaparrilla baja en calorías que hubiese encontrado dentro. Entré al vestíbulo y me encaminé a las escaleras mecánicas de subida.

CAPÍTULO QUINCE

Al final mismo del trayecto, vislumbré una colilla que giraba y brincaba contra la placa dentada bajo la cual desaparecían los surcos. Me bajé en la entreplanta y me giré para observarla unos segundos. Su movimiento era una versión acelerada de la rotación de la mayonesa o de la mantequilla de cacahuete o de un frasco de aceite, o de las latas de zumo de naranja o de sopa, cuando en los supermercados se quedan enganchadas al final de la cinta transportadora, con sus etiquetas dando vueltas y más vueltas -¡Hellman's! ¡Hellman's! ¡Hellman's!- algo que cuando era niño me encantaba ver. Miré abajo, hacia el gran glaciar plateado del vestíbulo. Al pie de las escaleras estaba el hombre de mantenimiento. Lo saludé con la mano. Sostuvo en alto su trapo blanco durante un segundo, y luego lo puso otra vez sobre el pasamanos de goma.

EPÍLOGO

CE SANTIAGO

Créanme, las agujetas mentales existen. Tengo un recuerdo borroso, una imagen de televisión de tubo, como de cinta de VHS con mucho uso, de un tipo vestido de atleta emprendiendo la subida en dirección al último piso del, digamos, Empire State. Por las escaleras. Para batir alguna clase de récord, supongo. No recuerdo si lo logró o no. Supongo que si salió por la tele, es porque lo hizo. Pero ahora me lo imagino al día siguiente, todavía sudando a mares, doblado, un gotero de bebida isotónica y gimoteando al pestañear. Pues así acabó mi cerebro. Notas arriba, notas abajo, párrafo arriba, párrafo abajo, por la escalera de incendios de la meticulosidad compulsiva de Howie: el adalid de la moderna neurosis que tiene muchísimas cosas por hacer para lograr que todo se quede como está. Howie: el Dalai Lama de la industrialización. Agotado. Exhausto. Irritado a veces. ¿Acabo el párrafo? ¿Salto a la nota? No, mejor acabo el párrafo. ¿Pero y si la nota me ayuda a verter mejor el párrafo? Venga, salto a la nota. Busca imágenes de cubiteras con palanca, visualiza eso sobre lo que estás escribiendo. Al fin acabo la nota. ¿Por dónde iba? ¿De qué demonios estaba hablando? Caray, podría haber hecho la nota después. Así siempre. Había días que me acostaba y oía a Howie. Iba a comprar al súper y miraba con los ojos de Howie. Huelga decir que las escaleras mecánicas ya no son lo que eran. Nada no natural es ya lo que era. Un petirrojo, sí. Una papelera, jamás.

Esto no puede quedar así. Busco el modo de escribir al señor Baker.

«Querido señor Baker», le dije; mi nombre es blablablá… Y luego: «La editorial La Navaja Suiza me encargó meses atrás una nueva traducción de su obra *La entreplanta*. Hace algunas semanas acabé el trabajo y…» y qué le digo ahora, ¿que me ha achicharrado el cerebro? Pues sí. «He de decirle que he tenido que sudar mares de palabras hasta dar con el modo de expresar las suyas; he acabado con los sesos completamente chamuscados; he tenido que tomarme dos semanas de descanso antes de poder empezar un nuevo proyecto…». Eso le dije a Baker. Pero en realidad eso no era más que una excusa.

También le dije. «Quiero mostrarle mi más profunda admiración por su obra en general y este libro en particular», que además es la pura verdad. La forma de esta novela, el uso, la disposición, la extensión de las notas, los subvericuetos de la obsesión y la soledad que rezuman de un relato tan individualmente urbanita, tan autorreferencial, tan perturbador, abrió una brecha para algunos autores estadounidenses importantes desde mediados de los noventa en adelante. «En resumen», le dije a Baker, «me encantaría volver a trabajar con una de sus novelas». ¿No dicen acaso que las agujetas se quitan con más ejercicio? Sarna con gusto. «He aprendido muchísimo. Muchísimas gracias, señor Baker».

¿Y saben qué? Apenas quince minutos después recibí respuesta.

(Pero antes tengo que agradecer a Bárbara, a Agustín y a Pedro, editores de La Navaja Suiza, una vez más la confianza al encargarme este libro. A Eva San Martín. A mis siete -una larga historia- gatos).

«Querido Ce», me dijo Baker. Sí, en efecto, el señor Baker me contestó. «¡Menuda carta! ¡Jaja!», me dijo. «Sé a qué te refieres con lo de acabar con los sesos chamuscados después de un proyecto continuo. Es emocionante saber que aceptaste el reto de traducir al español *La entreplanta*».

Y lo mejor de todo: «Gracias por sudar mares de palabras -bonita frase-, Nick».

NOTAS

1 Me encanta la constancia del resplandor en los bordes de los objetos en movimiento. Incluso las hélices o los ventiladores de mesa centellearán ininterrumpidamente en determinados lugares en la grisura de su rotación; la curva de cada aspa recoge por un instante la luz en su circuito y la transfiere luego a sus sucesoras.

2 Me quedé mirando con incredulidad la primera vez que una pajita emergió de mi lata de refresco y se quedó flotando por encima de la mesa, detenida apenas por las rebabas del lado interno del abridor metálico. Tenía en una mano una porción de *pizza*, plegada y sujeta con tres dedos para que no se venciera y que la grasa del queso se derramara en el plato de papel, y en la otra mano un libro de bolsillo sujeto de manera similar -¿qué se suponía que tenía que hacer?-. La gracia de las pajitas, había pensado, estaba en que no tenías que soltar la porción de *pizza* para sorber una dosis de Coca-Cola mientras leías un libro. Enseguida descubrí, como quizás otros muchos, que existía un modo de beber sin manos con aquellas nuevas pajitas flotantes: tenías que encorvarte hacia la mesa y agarrar con los labios la pajita casi horizontal, y reconducirla al interior de la lata todas y cada una de las veces que querías un sorbo, a la vez que forzabas la vista para que siguiera enfocando a la frase de la página que estuvieses leyendo. ¿Cómo habían podido cometer los ingenieros de pajitas un error tan elemental, diseñando una pajita que pesaba menos que el agua azucarada en la cual se pretendía que se sostuviera? ¡De locos! Pero más tarde, cuando reflexioné algo más sobre el asunto, decidí que, pese a que los ingenieros de pajitas merecían probablemente que se los culpara por no haber previsto la flotabilidad de la pajita, el problema era más complejo de lo que al principio había imaginado. Ya puestos a reconstruir aquel momento de la historia, *circa* 1970 o así, lo que sucedía era que la densidad del material empleado en lugar del papel era en efecto mayor que la de la Coca-Cola -sus ecuaciones eran absolutamente correctas-, las primeras series de fabricación tenían buena pinta, y si bien la ratio del peso agua/plástico estaba un tanto ajustada, siguieron adelante. Lo que

habían olvidado tener en cuenta, tal vez, fue que las burbujas del carbonatado se adhieren a asperezas invisibles de la superficie de la pajita, y hasta es probable que sean generadas por turbulencias en la punta de la pajita conforme la sumerges en la bebida; revestida pues de burbujas, la pajita, que en su día era solo marginalmente más pesada, reasciende hasta que el área de su superficie que permanece sumergida no dispone de burbujas para seguir elevándola. Pese a que la anterior pajita de papel, con su veta en espiral, fuese mucho más rugosa que el plástico, y más susceptible de atraer las burbujas, era porosa: se empapaba con un poco de Coca-Cola a modo de contrapeso y se quedaba quieta. Vale -un descuido-; ¿por qué no se corrigió? ¿Una receta diferente para el plástico, una pajita más gruesa? Sin lugar a dudas, los grandes clientes, las empresas de comida rápida, no habrían tolerado pajitas varadas en sus restaurantes más que seis meses a lo sumo. Tendrían que haber dedicado departamentos enteros a arrancarle concesiones a Sweetheart y a Marcal. Pero casi al mismo tiempo los locales de comida rápida estaban adaptándose a su propia novedad: en todos los refrescos que servían, para llevar *o* para tomar en el local, estaban colocando tapas antisalpicaduras, las cuales reducían los vertidos, y las tapas antisalpicaduras traían en el centro una crucecita que en la era de las pajitas de papel había sido fuente de cierta infelicidad, porque la cruz estaba a menudo tan prieta que la pajita de papel se chafaba cuando intentabas introducirla por ella. Los hombres de las pajitas en las empresas de comida rápida tuvieron que escoger: o bien *a*) hacemos las ranuras de las cruces más fáciles de perforar para que las pajitas de papel no se chafen, o bien *b*) abandonamos por completo el papel y hacemos las ranuras todavía *más prietas*, para que *1*) cualquier tendencia a flotar resulte del todo anulada, y *2*) la juntura entre la pajita y las ranuras en cruz quede tan prieta que casi nada del refresco se salga y manche las tapicerías de los coches y la ropa, y genere frustración. Y b) fue para ellos la solución ideal, dejando de lado el atractivo precio que les estaban ofreciendo los fabricantes de pajitas mientras en sus plantas sustituían los aparatos para papel espiralado por máquinas de extrusión de alta velocidad -así que la adoptaron, sin pensar que su decisión tuviera importantes consecuencias para todos los restaurantes y (en especial) los locales de *pizzas* que servían latas de refrescos-. De buenas a primeras el distribuidor de artículos de papel les estaba ofreciendo a los pequeños restaurantes pajitas flotantes de plástico y solamente pajitas flotantes de plástico, y diciéndoles que era así como estaban funcionando todas las grandes cadenas; y las pequeñas bocaterías no realizaron exámenes independientes usando latas de refresco en lugar de vasos con tapas antisalpicaduras con ranuras en cruz. De este modo, la calidad de vida, sin ser culpa de nadie, disminuyó como un

octavo, justo hasta el pasado año, creo, cuando cierto día me di cuenta de que una pajita de plástico, fabricada con algún polímero más sutil, a rayas de un solo color, ¡se mantenía anclada al fondo de mi lata!

3 Cuando era pequeño dediqué una buena cantidad de tiempo a pensar en el efecto articulación-dedo; daba por hecho que cuando hacías crujir con suavidad aquellas barreras transitorias estabas allanando «muros celulares» auténticos que la articulación había construido para delimitar la que, dada tu inmovilidad, creía que iba a ser la geografía definitiva e invariable de aquella región microscópica.

4 Durante varios años resultó inconcebible comprar una de aquellas publicaciones cuando había una chica tras el mostrador; pero cierta vez, intrépidamente, lo intenté -la miré directamente al rímel y le pedí una *Penthouse* aunque prefería *Oui* o *Club*, menos pretenciosas, diciéndolo no obstante tan bajito que ella oía «Powerhouse» y señalaba alegremente la chocolatina, hasta que le repetí el nombre-. Rompiendo todo contacto visual, colocó el documento en el mostrador que nos separaba -era allá cuando aún aparecían pezones en las portadas- y la marcó en la caja junto con el pequeño envase de Woolite que iba a comprar para distraer la atención: estaba ruborizada y agitada y quizás ligeramente excitada, y deslizó la revista al interior de una bolsa sin preguntarme si la «necesitaba» o no. Aquella tarde extendí aquel breve bochorno suyo en forma de útil escena en la cual yo me convertía en un cliente habitual que una vez a la semana le compraba una revista para hombres, siempre la mañana de los martes, hasta que el propio campanillazo de mi entrada al 7-Eleven estuvo cargado para ambos de una temblorosa turbación y cuando llegaba a casa empezaba a hallar notitas escritas a mano colocadas en las páginas más desplegables de la revista que decían, «¡Hola! -la Cajera-», y «Anoche posé más o menos así delante del espejo de mi habitación -la Cajera-», y «A veces miro estas fotos y pienso en ti mirándolas -la Cajera-». Las rotaciones son siempre un problema en esas tiendas, y la siguiente vez que entré ella lo había dejado.

5 Cuando me pongo un calcetín ya no lo *preenrollo*, esto es, ya no reúno el calcetín sobre mis pulgares en pliegues telescópicos y posiciono luego la rosquilla resultante sobre los dedos de los pies, pese a que durante años creyera que aquello se trataba de un truco ingenioso, aprendido de admirables profesoras de guardería de rostro lozano, y que revelaba mi pereza e incapacidad para planear con antelación sosteniendo en su lugar el calcetín por el reborde del tobillo y embutiendo el pie hasta su destino, ajustando el tobillo varias veces hasta asentar el talón como es debido. ¿Por qué? El más elegante preenrollado puede dejar intactos cualesquiera granitos de arenilla que se te hayan clavado a la planta del pie provenientes del suelo imperfectamente barrido por el que has caminado para ir de la

ducha a tu cuarto; mientras que con el método más burdo, más directo, si bien uno se arriesga a que un calcetín viejo se desgarrare, sí que desprende dicha arenilla durante el descendente avance del pie, de manera que rara vez notas más tarde fastidiosas partículas yendo y viniendo bajo el arco del pie mientras sales en dirección al metro.

6 Cuando era pequeño pensaba que se llamaba cinta Scotch porque la palabra «scotch» imitaba el chirrido descendente de las antiguas cintas de celofán. Al igual que la incandescencia retrocedió ante la fluorescencia en la iluminación de oficinas, la cinta Scotch, tiempo ha de un amarillo transparente, se volvió de un azul transparente, además de maravillosamente silenciosa.

7 Las grapadoras han seguido, rezagándose como unos diez años, los amplios cambios estilísticos que hemos presenciado en las locomotoras y en los brazos fonocaptores de los tocadiscos, a los cuales se asemejan. Las grapadoras más antiguas son de hierro fundido y verticales, igual que las locomotoras a carbón y que los cilindros fonográficos de cera de Edison. Luego, a mediados de siglo, a la par que los fabricantes de locomotoras descubrían el término «aerodinámico», y a la par que los diseñadores de brazos fonocaptores acoplaban la aguja en aerodinámicas cápsulas acanaladas que parecían trenes tomando una curva en una montaña, el personal de Swingline y el de Bates se pegaron a ellos instintivamente con la sensación de que las grapadoras se parecían a las locomotoras en que los dos dientes de la grapa hacen contacto con un par de huecos de metal, los cuales, al igual que la pareja de raíles bajo las ruedas del tren, los fuerzan a seguir un camino predeterminado, y de que se parecían a los brazos fonocaptores de los tocadiscos en que ambas máquinas, a grandes rasgos del mismo tamaño, hacen puntiagudo contacto con sus respectivos medios de almacenamiento de información. (En el caso del brazo fonocaptor, la aguja recupera la información, mientras que en el caso de la grapadora, la grapa la sujeta en tanto unidad -el pedido, los documentos del envío, la factura: *pum*, grapados, una unidad; la carta de reclamación, las copias de los cheques anulados y de los recibos, la carta de disculpas recibida: *pum*, grapada, una unidad; una secuencia de memorandos y télex que contiene la historia de alguna controversia interdepartamental: *pum*, grapada, una controversia-. En los antiguos problemas grapados, uno puede ver esas marquitas como de vacuna contra la tuberculosis en la esquina superior izquierda donde las grapas han sido retiradas y repuestas, retiradas y repuestas, conforme el problema -incluso los agujeros de grapa de dicho problema- se copiaba y se reexpedía a otros departamentos de cara a medidas, copias y grapado adicionales). Y entonces dio comienzo la gran era de lo cuadrado: el sistema BART era el ideal para los trenes, mientras que

los tocadiscos de AR y de Bang & Olufsen se volvieron angulares -¡se acabaron esos bulbos de plástico color crema!-. Otra vez el personal de Bates y de Swingline se subieron al carro, librando a sus aparatos de toda curvatura atenuante y ofertando el negro antes que el pardo, de textura tan interesante. Y ahora, cómo no, los trenes de alta velocidad de Francia y Japón han regresado a los perfiles aerodinámicos que evocan las ciudades del futuro de las portadas de *Popular Science* en los cincuenta; y las grapadoras no tardarán en incorporar también un atemperado copete a lo *pompadour*. Por desgracia, el estilístico progreso del brazo fonocaptor se ha ralentizado, porque todos los compradores que apreciarían una puesta al día del realismo soviético en el diseño están comprando reproductores de CD: su inspiradora era se acabó.

[8] Los nudos de las zapatillas se distinguían bastante de los nudos de los zapatos de vestir -cuando al final apretabas bien ambos bucles, la lógica del nudo que acababas de generar se volvía irrastreable; mientras que en los nudos de los cordones de zapato, uno podía, después incluso de haberlos apretado, seguir con la mente el trazado del nudo, como montado en una montaña rusa-. Te podías imaginar al nudo de zapatilla y al nudo de zapato de pie uno al lado del otro declamando el Juramento de Lealtad: el nudo de zapato pronunciaría cada palabra como una unidad gramatical, entendiéndola como algo más que un sonido; el nudo de zapatilla soltaría todas las palabras de sopetón. La gran ventaja de las zapatillas, en cambio, una de sus muchas ventajas, era que cuando te las habías atado y bien atado, sin calcetines, y las llevabas puestas todo el día, y se humedecían, y antes de irte a la cama te las quitabas, tus pies exhibían por todo el lateral las marcas de los ojales de cromo en hileras rojas, como ojos de buey en un submarino de Julio Verne.

[9] No vincular con las veces en que uno termina con una sola de las dos orejas de conejito que conforman un lazo normal; ya que si por cualquier casual el cabo del cordón que forma dicha única oreja llega a soltarse, te quedas sin remanente y terminas con un nudo corredizo o un nudo cuadrado que tienes que molestarte en desatar con las uñas, y la sangre subiéndote a la cabeza.

[10] De aspecto demasiado moderno, en realidad, como para llamarse *pomo*. ¿Por qué los edificios de oficinas no pueden usar pomos que tengan verdadera forma de pomo? ¿Qué es este estático modernismo que nos han impuesto los arquitectos de segunda fila: medias úes de acero por picaportes u objetos torneados con formas de supercúpulas, en vez de pomos de latón, porcelana o cristal? En la casa en la que me crie los pomos del piso de arriba estaban hechos de cristal facetado. Conforme extendías los dedos para abrir una puerta, una nube de color carne se propagaba por el cristal desde la dirección opuesta; los

pomos estaban emplazados con holgura en su mecanismo de cierre, eran recios, y conforme girabas el pomo la combinación de solidez y laxitud contribuía a una experiencia de múltiples tramos: una tersura que contenía bombinescos posicionamientos intermedios. Pocos productos estadounidenses han sido capaces últimamente de capturar aquella misma cualidad nudillosa, ortopédica (la cualidad de las pajitas flexibles) en sus interruptores y en sus cerrojos; los japoneses en cambio lo hacen muy bien: son capaces de hacer que el interruptor del intermitente de un coche o la rueda del volumen de un estéreo sean resistentes y sustanciales al tacto, que *se amolden a su sitio* -pienso en los excelentes interruptores de los intermitentes de los Toyota, a la izquierda del volante, los cuales se mueven en sus cavidades como muslitos de pollo: al tacto es como si estuviesen diseñados siguiendo como modelo el cartílago de un codo humano-. Pero los pomos de 1905 de nuestra casa tenían aquella cualidad. Mi padre debía de sentir por ellos especial afecto, pues en ellos acomodaba sus corbatas. A menudo tenías que abrir una puerta con cuidado, sujetando el pomo por el reborde, para evitar dañar las varias corbatas que de allí colgaban. Todo el piso de arriba tenía el aire de los aposentos privados de un nabab; conforme cerrabas la puerta de un dormitorio, del baño o de un armario, una densa pluma de sedas profusamente abigarradas se asomaba columpiándose y en silencio se mecía de nuevo hacia dentro; de tanto en tanto una corbata caía ondeando al suelo, al haber sido gradualmente balanceada hasta el desequilibrio por tantos giros de pomo. Si le pedía prestada una corbata, cuando fui lo bastante alto como para llevarlas, mi padre siempre se entusiasmaba: recorría los pomos, descolgando con cuidado prometedoras corbatas y exhibiéndolas sobre el antebrazo, igual que sostienen sus litos los sumilleres. «He aquí una preciosa corbata… Esta es una corbata muy fina… ¿Qué tal esta corbata?». Me enseñó las principales categorías: corbata a rayas, corbata estampada, corbata de cachemir. Y la corbata que llevé a la entrevista de trabajo para la empresa en la entreplanta era una que mi padre había descolgado de un pomo: estaba hecha de una seda que frisaba el crepé, y componían su estampado formas ovales muy pequeñas, cada una contenía el motivo de un fascinante pegote que parecía inspirado en las hambrientas y palpitantes amebas que absorbían el exceso de ácido estomacal en el genial anuncio de Rolaids con una canilla que gotea, y cuando la mirabas de cerca te percatabas de que el perímetro de cada óvalo estaba compuesto por rectángulos de colores sorprendentemente chillones, como las casas adosadas de los suburbios; una frontera a tan pequeña escala, sin embargo, que aquellos ejemplos de resplandor no aportaban sino una profundidad y una luminosidad secretas a la, en conjunto, sombría coloración predieciochesca del diseño. Mi padre era capaz de

encontrar corbatas tan extraordinarias como aquella pese a padecer una ligera ceguera para los colores del extremo verde del espectro; los días que iba a lanzarse a por un cliente importante, aparecía por la mañana en la cocina con tres corbatas que había seleccionado y nos pedía -a mi madre, a mi hermana y a mí- que eligiéramos la que iba mejor con su camisa: aquello constituía una suerte de simulacro de su inminente reunión, en la cual presentaba también tres opciones, para modelos de catálogos promocionales de dieciocho páginas o temas para presentaciones en ferias de comercio. Cuando cené con él y con otros parientes durante mi primer año en el trabajo, me puse la mejor corbata que me había comprado hasta la fecha; y mientras mi tío confirmaba la mesa con la recepcionista del restaurante, mi padre se giró hacia mí, echó un ojo a mi corbata:

-Eh, eh… qué *bonita* -dijo, palpando la seda-. ¿Es una de las mías o te la has comprado?

-La compré hará como una hora, me parece -dije, fingiendo que me esforzaba por recordarlo, cuando lo cierto era que me acordaba de cada detalle de la transacción; me acordaba de cómo me había llevado la bolsa, muy ligera y muy cara, a casa no más de cinco semanas atrás.

-Una corbata estampada… una corbata estampada. -Se bajó las gafas y se inclinó para examinar más de cerca el patrón (hileras de rombos que se cruzaban como en un diagrama de Venn, en su mayoría rojos)-. Excelente.

-Esta no la había visto, ¿cierto? -dije, palpando a mi vez su corbata-. Bonita de verdad.

-¿Esta? -dijo. La volteó, como si también él tuviese que recordar las circunstancias que habían rodeado su adquisición. -Esta la compré en Whillock Brothers.

Conforme nos sentaban a todos a nuestra mesa, eché una ojeada a las corbatas de mis parientes masculinos: a la corbata de mi abuelo y a la corbata de mi tío y a la corbata del padre de mi tía -y me quedó claro que aquella noche a la mesa mi padre y yo llevábamos sin discusión posible las dos corbatas más bonitas-. Una repentina retribución de orgullo y gratitud se expandió dentro de mí. Más tarde, cuando fui a casa de visita, intercambié con él una corbata, y cuando volví de visita por Acción de Gracias, vi la que fuera mi corbata colgando de un pomo en medio de todas las corbatas que mi padre se había comprado, y encajaba, ¡encajaba!

11 Pese a que según el reloj del escritorio de Tina en aquel momento eran las 12:04 p. m., siempre me conmovía cuando, tras una mañana entera de repetición, las secretarias seguían respondiendo con buenos días durante una hora o así hasta entrada la tarde, igual que cuando la gente a menudo le pone a las cosas fecha del año anterior bien entrado febrero; a veces se daban cuenta del error y salían con un

«Hoy no es mi día» o con un «Dónde tendré la cabeza» para escapar de la rutina; pero en cierto modo tienen razón, ya que el verdadero matiz de las tardes no se adueña de las oficinas hasta casi las dos.

12 En la época en que montaba cada día en las escaleras mecánicas hacia la entreplanta no tenía coche propio, pero más tarde, cuando sí lo tuve, me di cuenta de que la felicidad escaleril no dista mucho del placer estándar que siente quien a diario toma autopistas de camino al trabajo al conducir su cálido y silencioso cajón entre rítmicas intermitencias de pintura blanca de carretera a una velocidad constante.

13 Me interesaba en especial que la compañía alimentaria hubiese insertado «rodajas» en el título del sándwich, quizás siguiendo el modelo «sándwich de rodajas de huevo». Uno no tiene por qué decir «atún y *rodajas* de apio», o ni siquiera «atún y apio»; el motivo por el cual remarcamos la presencia de aceitunas es que mientras que el atún es pardo y desmenuzable y por lo tanto agregatorio, el queso crema es un unitario telón de gasa, y las aceitunas incrustadas en él exigen igualad de trato en los créditos. A decir verdad, la cuestión es menos sutil: dentro del marcado desorden del atún, las aceitunas poseen un sabor más poderoso que el del apio sobre una cama de queso crema: el apio se usa a menudo tan solo como aglutinante, para dar textura y añadir un ordinario atractivo masticatorio, mientras que al peso las aceitunas son más caras que el queso crema, y manifiestan por lo tanto mayores anhelos, intenciones más nobles. ¿Qué puede refrescar y avivar tal insulsez?, se preguntaron los científicos alimentarios, ante la tarea de convertir un simple sándwich de queso crema en algo apetecible. ¿Champiñones? ¿Cebolletas? ¿Pimentón? Y *entonces* cortaron una aceituna, por valor de quizás dos centavos al por mayor, en seis rodajas, las espaciaron por igual sobre su blanco medio y de repente toda la achinadora, la cacareante diablura coctelera de un bote de aceitunas españolas en la balda de la puerta de tu nevera habitó el más ordinario, el más inocente, el más infantil sándwich que uno pueda elaborar.

14 Por ejemplo, yo no lamento que se haya perdido que los médicos pasen consulta en casa: solo me pasaron consulta en casa una vez, después de haber tenido alucinaciones durante las fiebres del sarampión con que la llama inmóvil de una vela junto a mi cama se había inclinado hacia mí y me había fluido por todo el cielo de la boca igual que una bebida caliente, y cuando aquello sucedió yo era tan joven (a los tres, me parece) que el maletín negro con su interesante par de bisagras circulares me resulta hoy día casi mitológico; desde luego no lo extraño: para mí, el verdadero punto inicial de la historia de la medicina está en la consulta del médico, a la espera de que me pusieran unas inyecciones. De manera similar, no me apena el gran

cambio en los procedimientos de préstamo en las bibliotecas que aconteció en los sesenta: en lugar de un sello con la fecha límite en una tarjeta que mostraba fechas límite previas (el cual permitía que uno se enterara de la frecuencia con que se había prestado un libro en particular), la auxiliar de biblioteca presentaba *1*) la tarjeta mecanografiada con el título de libro, *2*) tu carné de la biblioteca y *3*) una tarjeta perforada que portaba una fecha límite preimpresa, cada cosa una al lado de la otra dentro de una gran caja fotográfica gris, y pulsaba un botón desgastado; para mí la historia de las bibliotecas comienza con los golpes de *flash* en aquella caja gris. (Al llevar mucho tiempo sin ver una, puede que esté fusionando con ella algunos detalles del lector de microfilmes gris).

15 La cubitera merece una nota histórica. Al principio eran unas barcazas de aluminio con una rejilla de láminas insertada unida a un mango que parecía un freno de mano -una mala solución; tenías que meter la cuadrícula debajo del agua caliente antes de que el hielo se separara del metal-. Recuerdo haber visto a gente usarlas, pero yo nunca usé una. Y luego de repente aparecieron las «cubiteras» de plástico y de goma, moldes en realidad, de diseños variados -algunas producían cubitos diminutos, otras producían grandes cubitos rectangulares y cubitos como el fondo de una bañera-. Había sutilezas que uno llegaba a comprender con el tiempo: las pequeñas mellas incorporadas al diseño de las paredes internas que separaban las casillas unas de otras permitían que el nivel del agua se autorregulara: lo cual significaba que uno podía llenar la cubitera pasando rápidamente todas las casillas por debajo del grifo, con la sensación de que estabas tocando la harmónica, o que uno podía abrir el grifo muy ligeramente, de tal forma que saliera un chorrito de agua fino y silencioso, y sostener la cubitera en diagonal, dejando que el agua entrara en una sola celdilla y de ahí una por una a las demás casillas adyacentes, rellenando toda la cubitera de manera gradual. Además, las mellas entre casillas servían de ayuda después de que la cubitera se congelara; cuando la habías retorcido para liberar los cubitos, podías sacar cubitos uno a uno de manera selectiva enganchándolos con la uña por debajo del saliente congelado que se había formado en la mella. Si no alcanzabas a coger el borde de un mellado tocón porque la casilla no se había llenado hasta sobrepasar el nivel de la mella, era posible que tuvieses que tapar con la mano todos los cubitos salvo uno y darle la vuelta a la cubitera, de tal forma que cayera ese único cubito que necesitabas; o bien podías retorcer la cubitera hasta liberar todos los cubitos y luego, como si la cubitera fuera una sartén y fueses a darle la vuelta en el aire a una tortilla, aventarlos. Los cubitos brincaban como uno solo por encima de sus hogares individuales en torno a medio centímetro, y la mayoría caía de nuevo en su lugar;

pero algunos, los más sueltos, se elevaban todavía más y con frecuencia aterrizaban en posiciones irregulares, dejando que sobresaliera un extremo asible -y eran los que te echabas en la bebida.

16 Hice uso de ese despreocupado, desenvainante movimiento de retracción que años atrás había admirado en los experimentados propietarios de las Polaroids, quienes con negligente soltura tiraban de la gruesa hoja de película pre-SX-70 por entre unos rodillos que aplastaban sus jaleas químicas para convertirla en una foto bocabajo, y quienes después se ponían a andar en pequeños círculos, mirando al cielo, mientras contaban chimpancés para sí, y por último se encorvaban para pelar tan solo una esquina, y luego con mayor confianza el resto, de la húmeda y pringosa imagen en blanco y negro, dejando tras de sí un estratiforme hojaldre de basura, compuesta por el negativo acoplado a su barroca carcasa de papel multicapa, en el reverso de la cual se podían encontrar a menudo interesantes paisajes como de líquenes originados por el líquido revelador verde y marrón que se filtraba.

17 Una buena pila por aquel entonces: las guardaba porque siempre me había gustado pintar en las pecheras de cartón que guardaba mi padre, aunque esas pecheras eran blancas y satinadas por un lado y tenían más o menos tamaño folio, mientras que las mías eran grises y más pequeñas; había descubierto además que la pechera de una camisa, curvada hasta formar un abrevadero, hacía bien las veces de receptáculo para sostenerlo por debajo de la barbilla mientras te recortabas la barba, algo que llevaba haciendo con mayor frecuencia desde que empezara con aquel trabajo. (En aquel momento aún no había descubierto su utilidad como recogedor).

18 El punto más antiguo de esta topológica línea temporal, sin embargo, se dio cuando me hallaba en algún momento entre los tres y los cinco años de edad. Observé a mi madre seleccionar una camiseta para mi hermana de una estructura plegable de madera hecha de finas espigas sobre la cual acomodabas la ropa para que se secara. Dio la casualidad de que la camiseta se había lavado del revés: mi madre la puso bocabajo y alargó una mano por dentro hasta el torso de la camiseta, como si anduviera rebuscando dentro de una bolsa profunda, y se hizo con una de las mangas; luego alargó por dentro la otra mano y se hizo con la otra manga. Levantó los codos y la camiseta empezó a descender en torno a los dos puntos fijados en las mangas; un volteo final y ahí colgaba, ni bocabajo, *ni tampoco del revés*, de sus dedos. Noté cómo mi cerebro llevaba a cabo una inversión análoga, tratando de asimilar la aparente imposibilidad y la maravillosa inteligencia de lo que mi madre acababa de hacer. Noté la punzada de la oportunidad perdida por no haber inventado yo mismo aquel truco -hasta entonces, no había estado usando más que un puro

prueba-error para poner mis camisetas del derecho: empujaba una de las mangas por su agujero sin llegar a ninguna parte; tentativamente enrollaba hacia atrás la costura inferior; empujaba el cuello parcialmente hacia dentro y esperaba el milagro; solo tras varios minutos lograba verdaderamente poner del derecho la camiseta, y nunca sucedía de un modo que pudiese yo recordar más tarde-. Después de observar a mi madre, practiqué sus movimientos hasta que comprendí su funcionamiento, repitiendo «dentro… fuera… dentro… fuera», como el típico parloteo durante una actuación. Averigüé, observando a una canguro, que había más gente que se sabía el truco; y según la canguro no se lo había enseñado mi madre -al contrario, la canguro se lo sabía porque aquel era sencillamente el modo en que la gente ponía las cosas del derecho, por toda la ciudad de Rochester-. Enseguida creé un orden especial en la taxonomía de la destreza humana para cubrir esta clase de trucos: era mejor que saber silbar, chasquear los dedos, hacer el pino, usar la bragueta superpuesta de tus calzoncillos sin estrangularte tu diminuta picha, cascar un huevo con una mano o tocar al piano la música de Batman, porque la destreza se basaba en un brinco mental que había entendido la necesidad de un conjunto de, al parecer, incomprensibles preparaciones previas a un único movimiento de transformación que, al igual que el florecimiento final del pavo real de la NBC, desvelaba tu propósito. De manera retroactiva elevé el atado de cordones a esta categoría, más tarde incluí *1*) sostener la almohada con la barbilla por encima de una funda de almohada limpia, en vez de intentar embutir una esquina de la almohada por las solapas en retirada de una funda de almohada en horizontal; *2*) colocar el abrigo en el suelo, insertar ambos brazos por ambas sisas y voltearte el abrigo por encima de la cabeza; *3*) formar un nudo simple (la base del nudo para atarse los cordones) con un cordel cruzando los brazos como Don Limpio, agarrando los cabos del cordel y descruzando los brazos; *4*) preenrollar el calcetín antes de ponértelo, aunque como ya he dicho, al final abandoné esta práctica.

19 Llegué a esa conclusión mientras conducía de camino a casa a gran velocidad y a oscuras, por la autopista que solo unas semanas antes había soportado el camión de la basura que me había recordado al clavo ferroviario y al truco del fondo blanco. Había estado pensando en que hasta que no me hube convertido en usuario regular de la autopista no me había percatado del modo en que las colillas de cigarrillo, que tiraban de un capirotazo por las ventanillas, abiertas apenas una rendija, usuarios invisibles más adelante, aterrizaban en la fría e invisible carretera y expelían una pequeña pirotecnia de chispas de tabaco, y de cómo aquella visión tenía el mismo efecto en mí que el último plano de una escena de *Risky Business*: un vagón de metro nocturno en Chicago despide un fulgor de chispas en la oscuridad,

concluyendo con el nítido «¡Kssh!» del platillo de un charles los arrulladores ritmos electrónicos de la banda sonora -salvo que dichas chispas de cigarrillo eran las explosiones de despedida de tales objetos íntimos, todavía calientes de los labios y los pulmones de la gente, que aparecían justo más allá de tus faros y entonces estos los arramblaban, conforme dejabas atrás la colilla todavía dando vueltas y tumbos violentamente y viajando a sesenta y cinco kilómetros por hora contra tus ciento cinco-. Eso me había recordado cómo solía abrir la ventanilla durante los viajes en coche cuando era pequeño y lanzar el corazón de una manzana o de una pera al almohadón de aire y ruido y observar cómo empequeñecía a lo lejos en la perspectiva de la carretera detrás del coche, todavía rebotando y dando vueltas a gran velocidad -repentinamente cambiaba de algo que tenía en la mano a algo ya no mío que acabaría descansando en un tramo de autopista el cual no tenía rasgo distintivo alguno, un lugar entre lugares humanos, en tanto basura-; y me preguntaba si acaso la gente que arrojaba las colillas de sus cigarrillos a la oscuridad lo hacía tan solo porque lo preferían a apagar el cigarrillo en sus ceniceros, y porque disfrutaban de la ráfaga de aire frío que entraba por el cuarto de ventanilla abierta al tirarlas de un capirotazo, o si estaban acaso al tanto de los momentos de sublimidad que estaban creando para los no fumadores que iban detrás, y lo hacían por nosotros -¿se habían percatado ellos de aquella misma pirotecnia a remolque de los coches de otros fumadores? ¿Asociaban, con el amor propio y el sentimentalismo del adicto, aquella vertiginosa cremación y esparcimiento de cenizas con la más larga curva de sus propias vidas, «arrojados a las tinieblas cubiertos de gloria», etc.?-. Estaba dándole vueltas a estos pensamientos varios, algunos nuevos y otros repetidos, en la cabeza, cuando llegué a la conclusión.

20 Nunca puedes estar seguro de si la gente se ha dado cuenta de esta clase de evasiones o no. Me topé con Bob Leary en la fotocopiadora varias semanas después de nuestro casi encuentro -la fotocopiadora de su departamento estaba siendo revisada- y quizás como reacción a mi cobardía en el vestíbulo, me mostré altisonante y efusivo y afable con él, me presenté y me arranqué con una conversación como de un minuto o así sobre los márgenes decrecientes en el hoy maduro negocio de las fotocopiadoras, y el uso de la aspiración de aire como elemento del mecanismo de alimentación del papel el cual nadie habría podido predecir. No costó más que eso: a partir de ahí nos mostramos perfectamente relajados el uno con el otro, sonriéndonos y saludándonos con un gesto de la cabeza cuando por casualidad nos veíamos en el recibidor o en el aseo de caballeros -incluso trabajamos brevemente juntos en un requerimiento interdepartamental de treinta páginas para una flota de

camiones-. La ignominia de haber virado yo frente a las escaleras mecánicas aquel día a fin de rehuir un cruce con él jamás influyó en nuestros años de satisfechas risotadas.

21 Pude adivinar exactamente lo que estaba haciendo aquella mujer, y dicho saber me complacía. Estaba revisando las copias que había hecho de su currículum, asegurándose de que las copias que entregaría despreocupadamente a petición de alguien no eran las malas con la errata en «New Hapmshire», aunque *no estaba* tirando a la papelera los currículums con el «Hapmshire», sino que los estaba guardando para la entrevista posterior a la que haría en este edificio, por si acaso no le daba tiempo entre citas a acercarse a una copistería, ya que probablemente el segundo trabajo era el que de todas formas no le interesaba. Le hice un gesto con la cabeza que se podría haber interpretado como condescendiente, pero se suponía que expresaba compañerismo, ya que hubo un tiempo en el que yo mismo había rondado los vestíbulos con un traje nuevo y un currículum con erratas.

22 Las escaleras *eran* seguras: y su seguridad el resultado (así lo creo ahora) de la brillante decisión de practicar surcos en la superficie de los escalones de manera que estos casaran a la perfección con los dientes de las planchas metálicas de tipo peine de las partes superior e inferior, imposibilitando que objetos sueltos, como monedas o cabos de cordones, se quedaran atrapados en el hueco entre los peldaños móviles y el suelo fijo. No les dediqué pensamiento alguno a los surcos de las escaleras mecánicas aquella tarde, y en aquel momento tenía en efecto nociones indistintas en lo que a su propósito respecta -pensaba que estaban ahí por cuestiones de adherencia, o que quizás eran puramente decorativos; surcadas para recordarnos cuán bellas son las superficies surcadas en tanto clase: los surcos en la parte inferior de la ballena azul que deben representar algún avance aerodinámico o térmico; los surcos que deja un rastrillo en la tierra suelta o un arado en el campo; el único surco que la cuchilla de un patín hace en el hielo; los surcos que permiten que los calcetines se estiren, y en la pana, los cuales puede uno recorrer con su boli; los surcos en los discos de vinilo-. Durante la época en que me subía a las escaleras mecánicas con los cordones desatados, me pasaba el invierno haciendo patinaje de velocidad sobre hielo (un peldaño de unas escaleras mecánicas, por cierto, se parece a las cuchillas de unos patines puestos del revés y en fila) dando vueltas y vueltas a un estanque al aire libre detrás de unos viejos patinadores italianos con cara de uva pasa y sudaderas con capucha, quienes se colgaban los protectores de las cuchillas a la espalda y se movían con impulsos largos, lentos e invariables; y los veranos los pasaba escuchando discos: dos veces a la semana o así, me montaba en las cortísimas escaleras mecánicas hasta la segunda planta del centro comercial Midtown Plaza, y conforme, en

la cima, los peldaños metían para adentro sus barbillas, yo obtenía una primera instantánea, directamente a la altura de los ojos, de la extensión de suelo que conducía más allá de los detectores antirrobo con aspecto de caja y se adentraba en la enmoquetada región de Discos Midtown. Allí, dejando que mis dedos realizasen sus movimientos como de zancadas, hojeaba los discos: si había múltiples copias de un mismo disco obtenía una primitiva animación como de cine antiguo del artista sentado quieto al piano, con aire pomposo, bajo la ornamentada banda amarilla de la Deutsche-Grammophon; a menudo un leve vacío entre el retractilado de un disco y el siguiente arrastraba consigo el sucesivo varios grados antes de que este cayera de nuevo.

Al creer firmemente en la simetría en la actualidad, intenté hacer comparaciones entre los surcos asociados a aquellas dos actividades estacionales, patinar y poner discos. Si unos exploradores descendieran al interior de un surco altamente aumentado que dejara la cuchilla de un patinador de velocidad, a uno de los surcos que yo mismo dejaba en el hielo del estanque de Cobb's Hill, por ejemplo, irremediablemente derretido hoy día, y se plantaran en ese inmenso valle sinclinal, con nuestras barbas blanqueadas por la condensación, extenuados por las dos horas previas de lenta travesía, nuestras mochilas llenas de muestras que hemos recogido para el posterior trabajo de laboratorio y que, como las piedrecitas de una morrena que aún presentan los característicos arañazos paralelos dejadas ahí conforme el peso del glaciar forzaba a otras piedras a sobrepasarlas poco a poco, que podrían quizás conservar marcas que solo la cuchilla de mi patín podría haber realizado, veríamos aquí y allá oscuros destellos, por entre las grandes plasticidades machacadas y lateralmente desplazadas a resultas del milenario de ese único trazo de cuchilla de patín, y junto a estos, frágiles acrecencias que demostraban eso que los profesores siempre habían sostenido -que el hielo era resbaladizo porque se derretía momentáneamente bajo la presión del filo de la cuchilla, luego se recongelaba cuando la cuchilla quedaba atrás, apilándose hasta formar arbustos quebradizos y cristalinos que se evaporaban, mientras los observábamos incluso, generando una neblina blancuzca-. Aquellos oscuros destellos resultarían ser, conforme nos acercáramos y nos inclináramos para inspeccionarlos, trocitos rebanados de metal -desgaste de la cuchilla del patín.

Si uno realizara un negativo de esa imagen del desfiladero de la cuchilla de mi patín, arribaría al surco aumentado del disco de vinilo -al valle de un susurrante río negro de ondas asfálticas lo bastante blando como para que las pisadas de tus suelas Vibram imprimieran en él sus huellas-: una imagen vaciada de un molde maestro consecuencia de haber forzado a un aguja a arar sobre cera a la vez

que negociaba complejos compromisos mecánicos entre todas las varias oscilaciones conceptualmente independientes que la estereofonía le demandaba; ondas tan intersedimentadas y embrolladas que solo tras un día con el equipo topográfico, midiendo las distancias en pasos y haciendo cálculos (generando estática con cada pisada), es uno capaz de pintar con espray naranja «Clarinete bajo» con cierta confianza sobre un intermitente cauce de vinilo, como los operarios con chalecos Scotchgard pintan con espray la calzada para indicar las líneas de servicio público que hay debajo. Partículas de polvo del tamaño de un adoquín que trae el aire, infortunadas esporas cascarudas como cocos y grandes masas color obsidiana de humo de cigarrillo, todo alojado aquí y allá en la superficie extrañamente carente de eco y, de vez en cuando, un precioso pedrusco de diamante, que dicha superficie más blanda logró de algún modo rebanar de la aguja, reluce en la pendiente, allá donde las posteriores reproducciones lo han incrustado a golpes en el material, y al cual maldecía el escuchante como si no fuese más que polvo normal y corriente. Era el desgaste de la aguja.

Al igual que en el anterior caso del cordón deshilachado, lo que aquí buscaba yo era tribología: el conocimiento detallado de la interacción entre las superficies que infligen el desgaste y las superficies que lo padecen. En cuanto al patinaje: ¿había ciertos tipos de impulsos con el patín a los que culpar en particular de que las cuchillas se mellaran? ¿Las salidas en esprint, las paradas en derrape? ¿Era el hielo muy frío, o el hielo con una superficie ya cuadriculada por los grabados de otras muchas cuchillas, responsable de que mis cuchillas se mellaran antes? ¿Existía un modo de inferir los kilómetros patinados en total por el desgaste infligido al filo de una cuchilla? Y en cuanto a los discos: ¿eran las impurezas del vinilo lo que desgastaba la aguja, o eran las ondas de la propia música en vinilo?, y de ser la música, ¿podríamos averiguar qué clase de timbres y de frecuencias contribuían a alargar más la vida de la aguja?

¿O la mayoría del desgaste en la aguja se generaba en la práctica antes de que esta tocara siquiera el vinilo, por un pulgar humano? Aquello era una posibilidad. Cuando mi hermana había estado escuchando alguno de los discos familiares más antiguos, como *My Fair Lady*, que cuando no se usaba se dejaba tirado en la moqueta -visiblemente lleno de pelos, de hecho-, la aguja solía tener un fez azul grisáceo de polvo, que parecía hecho del mismo material que recubre la malla filtrante de las secadoras y la superficie interna de los nidos de los gerbos, y me tocaba a mí sacudir aquella inanimada cosecha. Hombres ilustres de los Laboratorios Hirsch-Houck, de los cuales se había hecho eco el propietario del folleto que acompañaba a las cápsulas marca Shure, recomendaban encarecidamente que nunca

llevaras a cabo aquellas sacudidas con el aparato estéreo encendido, ya que se podían generar «transitorios» que podrían sobrecargar los poderosos y serviciales imanes internos de los altavoces; pero en lo que a mí respecta, uno debía correr ese riesgo, porque el acto de extracción solo se confirmaba cuando el gruñido de la huella de tu propio pulgar, cada surco sónicamente ampliado, llenaba la habitación conforme uno lo pasaba siempre con suma delicadeza por debajo de la aguja -reproduciendo sus arrugas únicas y como de isobaras de un modo idéntico al que enseguida iba a reproducir el espiralado disco de aquella sesión de estudio única en la vida de un pianista- y la bola de pelusilla de *My Fair Lady* caía, revelando el diminuto punto de contacto en sí, curiosamente romo, con la forma del martillo de goma que se usa para provocar la respuesta motora en la rodilla, colgando insectívoramente en el espacio, listo para otro Deutsche-Grammophon. El álbum continuaba precintado; y aquí uno tropezaba con una suerte de surco adicional antes de reproducir el propio disco: el silencioso y perfectamente dócil partirse del retractilado conforme lo perforabas con la uña del pulgar y la pasabas por aquel surco temporal (por entre lo que sabías eran, aunque no resultaran visibles de antemano, dos lados independientes del cartón), tomándote un minuto para ponderar las inusuales propiedades de aquel retractilado, tan resistente y elástico hasta que era atravesado localmente, resuelto después a seguir desgarrándose casi por voluntad propia, una característica que tan bien explotaran los diseñadores de las cajetillas de cigarrillos, quienes le habían incorporado al celofán una pequeña lengüeta de color con la cual se inicia el desgarro, y una banda-guía de plástico más duro la cual pastorea la relajada apertura en torno a la parte superior de la cajetilla. Sacabas el disco sin hacer jamás contacto con las superficies sonoras, usando un agarre trípedo: el pulgar en el borde, los dedos en mitad de la etiqueta. Aunque fuese nuevo, el disco habría atraído polvo ambiental en su tránsito por el aire hasta el plato del tocadiscos; de ahí que usaras un sistema para limpiar los discos como el que teníamos nosotros: un artilugio similar a un brazo fonocaptor que aplicaba un abanico de cerdas superfinas al disco por delante de un cepillo rojo y cilíndrico, el cual atrapaba cualquier grueso de desechos. Dicho brazo limpiador recorría el disco algo más deprisa que el brazo fonocaptor en sí, propulsado posiblemente por los múltiples puntos de contacto de sus cerdas internas (un puzle que jamás resolví en realidad), y que acababa por tanto unos cinco minutos antes de que lo hiciera la música de esa cara. El sistema para limpiar discos recordaba mucho a las máquinas para barrer las calles que fueron introducidas durante mi niñez, con aspersores delanteros que humedecían los inminentes desechos de tal forma que unos cepillos giratorios pudieran empujarlos hacia dentro desde el bordillo,

al interior de un lugar de tumulto invisible en cuyo fondo un enorme cepillo cilíndrico marcha atrás arrojaba los desechos de la calle a un receptáculo incorporado al interior de la máquina. ¡Si al menos los sistemas para limpiar discos que usábamos hubiesen funcionado igual de bien que esas máquinas para limpiar las calles, las cuales dejaban tras de sí un rastro húmedo y limpio, decorado con los tirabuzones de las marcas del fregado por el lado externo de cada pasada y con marcas de cepillo en línea recta por el centro, incluso cuando se apartaban del bordillo de un bandazo para esquivar los coches aparcados, y viraban luego para retomar, con obvia satisfacción, el barro reseco y las hojas y los envoltorios descoloridos del bordillo! Pero no había sistema para limpiar discos que funcionara de verdad bien; y la supuesta solución limpiadora antiestática que rociabas en el cepillito cilíndrico dejaba en los surcos un residuo untuoso, atemperando infinitesimales júbilos de la reproducción sonora. Aun así, lo usábamos; humedecíamos el cepillito con dicha solución y lo poníamos sobre el disco mientras este giraba. Y luego, ignorando el fastidioso mecanismo inductor hidráulico del plato del tocadiscos, el cual te obligaba a posicionar el veleidoso brazo fonocaptor muy por encima del punto en el que querías que aterrizase, afianzabas la mano contra la base del plato (de un modo similar a mi antigua forma de estabilizar una mano en la parte alta de mis zapatillas mientras me las ataba) y utilizabas el pulgar para ejercer un ligero, trémulo empuje ascendente sobre el palito ganchudo tipo ala de gaviota de la cápsula. Los contrapesos -discos de cromo bruñido sobre roscas calibradas que podían girarse con precisión hasta el gramaje deseado (¡y menuda controversia que había sobre cuál debía ser el peso adecuado!, algunos sostenían que un sobrepeso de dos gramos te echaba poco a poco a perder los discos; pero por su parte los severos columnistas de *Stereo Review* afirmaban que una carga insuficiente posiblemente diera pie a que la aguja acuaplaneara sobre los pasajes que sonaban más fuerte, o que despegara como un esquiador acrobático que recorre una pista con una superficie irregular, descendiendo perniciosamente con fuerza en los pasajes siguientes)- hacían que el brazo fonocaptor se elevara flotando ante el más ligero de los empujes de tu pulgar, como si bajo la tapa antipolvo de dicha máquina prevaleciera una gravedad especial de tipo lunar. Sostenías la cápsula por encima del liso perímetro exterior del disco mientras este giraba; las deformaciones hacían que la superficie subiera y bajara, a veces a un ritmo cardiaco -*zum-hum, zum-hum*- y sobre dicha superficie móvil y flexible dejabas por fin que la aguja estableciera suave contacto, de tal forma que esta también se bamboleaba con aquel oleaje de imperfección, produciendo al aterrizar una conmoción similar a cuando soltabas sobre la moqueta un pesado baúl, seguida de un hálito expansivo y al

menos un gran *pop* que reforzaba la sensación de que uno acababa de adentrarse en el microscópico encanto de esa tecnología, en la cual los sonidos se almacenaban en una forma tan físicamente pequeña que incluso una partícula invisible dentro de un surco del ancho de un hilo podía resonar como el restallido del látigo en un circo, y durante dicho hálito uno abandonaba la posición acuclillada para acomodarse sobre la alfombra. Y entonces empezaba la música. Después de tres minutos de intensa escucha, una vez se había desvanecido la emoción de la microscopía y el piano se había internado de manera errática en pasajes que eran o menos buenos o menos familiares que la introducción, me ponía a leer la funda interior del disco, y después, mucho después, yo mismo me internaba en la cocina para hacerme un bocadillo y leer *Stereo Review*, y regresaba veinte minutos más tarde, casi al final de la cara A, para escuchar acabar a la tecnología: recorrías los últimos surcos como si fueses en un *rickshaw* por la abarrotada capital oriental de la música, y entonces, de pronto, al anochecer, dejabas las puertas de la ciudad y subías a bordo de un barco a la espera de que te llevara a toda velocidad por las aguas negras y púrpuras de la albufera, hacia una isla plana por el centro; rápida y silenciosamente trazabas una curva sobre la plácida amplitud, acercándote a aquella isla circular (con su menudo y druídico tótem en el centro, probablemente un calendario) pero sin jamás desembarcar; y entonces la resaca te arrastraba a una velocidad extraña y fluida de vuelta hacia la atestada orilla de la ciudad -colores, sudoraciones, insomnio- y luego otra vez de vuelta a la albufera; la quilla golpeaba primero una orilla, luego la otra, y pese a que tu navío se movía muy rápido parecía no dejar más que una fina y luminosa costura sobre la superficie negra tras de ti para marcar por dónde había surcado la quilla. Por último, mi pulgar te elevaba y pasabas muy por encima del continente hasta desparecer más allá de aquel mundo plano.

23 Algunas veces es mejor usar el bolígrafo que te facilita el restaurante, que por lo general es un bolígrafo de los baratos de tipo palo, incluso cuando el restaurante es de postín; otras veces resulta más satisfactorio esperar con la mano sobre tu propio bolígrafo en el bolsillo de la camisa hasta el final de la anécdota que te estén contando, y luego, asintiendo y riendo, sacártelo del bolsillo, oír el clic de su pasador conforme se desprende de la tela del bolsillo de tu camisa y choca contra el cuerpo del boli, seguido de un segundo clic conforme descubres la punta -ambos sonidos son como los sucesivamente más remotos clics que inician una conferencia telefónica que uno llega a asociar con la voz de la persona que va a contestar-, audibles hasta en los restaurantes ruidosos, porque el parloteo de las voces se sitúa en una frecuencia mucho más baja. Y

justo cuando el vino ha desbrozado tu firma hasta la legibilidad, entonces imaginas que la tinta misma del bolígrafo obedece con menos reparos a los diminutos poros de la superficie de la punta porque la han calentado tu cuerpo y tanta conversación fluida. Rara vez se secan los bolígrafos en los restaurantes.

24 Para los recién contratados, esta cifra puede ascender hasta ocho o nueve veces al día, porque el aseo de la empresa es el único lugar de toda la oficina en el que puedes comprender del todo lo que se espera de ti. Otros aspectos de tu trabajo están poco claros: te han dado una pila de documentos fotocopiados y de expedientes para que los leas; has rastreado tentativamente el armario del material y descubierto que no tienen el tipo de bolígrafo que prefieres; las respectivas posiciones de poder no resultan obvias de inmediato; tu despacho está vacío y no es acogedor; todavía no tienes en la puerta una placa con tu nombre, ni tarjetas de visita impresas; y sabes que las personas que son más afables contigo durante las primeras semanas casi nunca son las personas que terminarán por caerte bien y a las que respetarás, aun así no puedes evitar pensar en ellas como figuras centrales de la oficina tan solo porque se han congraciado, aunque el resto parezca evitarlas por razones que aún no eres capaz de captar. Pero en el aseo de caballeros eres un profesional curtido; dejas que tu mano caiga despreocupadamente sobre el tirador de la cisterna con la misma indiferente familiaridad con que lo hacen los hombres que llevan años en la empresa. Una vez invité a almorzar a un recién contratado, y aunque me hacía preguntas que no iban muy al grano mientras comíamos nuestros bocadillos, y asentía con la cabeza sin entender ni replicar ante mis respuestas, cuando llegamos al pasillo que conducía al aseo de caballeros, puso de repente cara cómplice, de hombre a hombre, y dijo: «Tengo que cambiarle el agua al canario. Luego te veo». «Vale, tómatelo con calma», dije yo, y seguí mi camino, pese a que yo también tuviera ganas de ir, por razones que pronto se aclararán.

25 Por ejemplo: «Antes de irme eché un último vistazo al rompeolas, buscando distinguir cómo la cresta se fracciona con tanta finura en formas de bramante y flecos, tal como recientemente me he percatado de que sucede. Vi grandes olas tersas y pedernalinas, talladas y desbaratadas en surcos poco profundos, encrespándose muchas de ellas cuando arreciaba el viento, que estallaban en las rocosas estribaciones del acantilado en la pequeña cala y que rompían formando matorrales de espuma. En un recinto de rocas las cumbres de las aguas retozaban y vagaban y una ligera corona con penachos de espuma que se alzaba sobre la superficie permanecía dando vueltas lentamente: trocitos remontaban el vuelo y livianos zanganeaban por el aire». (Gerard Manley Hopkins, *Diarios*, 16 de agosto de 1873).

26 ¡Troquelado! ¡Proclamadlo! ¡El premeditado debilitamiento con agujeritos del papel y del cartón de tal forma que se rasgue por una senda intencionada, dejando en cada nuevo borde una fila de pelusillas o de penachitos blancos del ancho de un pelo! Es una concepción impactante, la cual demuestra un revolucionario tacto para las propiedades únicas de la fibra de madera hecha pasta. ¿Y aun así no tenemos fiesta nacional que celebre este avance? ¿Se han publicado compilaciones en honor a los muertos ilustres en este campo? La gente ve cada noche las noticias como robots, pensando que aprenden algo de sus vidas, sin prestar jamás atención a los avances muchísimo más inmediatos que llegan sin difusión alguna, avances en el cierre troquelado tipo cremallera en la parte superior del cartón de las barras de helado, en los cupones de respuesta encuadernados en las revistas y en los «Por favor, entregue esta parte» del reborde de los resguardos de las facturas, en las láminas de sellos postales y en los cupones de Publishers Clearing House en las revistas, en las toallitas de papel, en los rollos de bolsas de plástico para los productos del supermercado, en las tiras para etiquetar las carpetas de los archivadores. Las líneas que en tu pasado separan un año y otro están troqueladas, y la sensación mental de separar un periodo de tu vida para un mejor escrutinio se parece a ese titubeante rasgar asistido por una línea troquelada. El único aspecto educativo de la colección Ginn de lecturas para escolares estaba en las páginas troqueladas de los cuadernillos de ejercicios: después de arrancar la página (doblándola primero hacia uno y otro lado a fin de prepararla para el rasgado), quedaba una solapita encartada en el cuadernillo que con una diminuta tipografía en vertical le decía a la profesora lo que se suponía que aquella página le enseñaba al alumno; la página que recuerdo de mi primer grado era un dibujo de Jack de pie junto a una carreta roja en el ángulo superior izquierdo, y Spot esperándole en el inferior derecho, con una línea de puntos en forma de gran zeta que los conectaba a ambos. Las instrucciones eran: «Haz que Jack le lleve la carreta a Spot», o algo por el estilo -y claramente se suponía que no debías tomar la ruta directa en diagonal, sino que más bien recorrieras aquella zeta inútil con tu crayón-. La explicación en vertical de la cara para los mayores del troquelado aseguraba que el camino en zeta le enseñaba al niño el movimiento ideal del globo ocular al leer -una línea de puntos, un zas de un retorno de carro, otra línea de puntos-. Desdeñé un poquitín el ejercicio, porque la línea de puntos en sí era como la línea de puntos impresa encima del troquelado en los cupones de respuesta e intrínsecamente hermosa, pese al chico y al perro en cada extremo. Me aleccionaron, más tarde, sobre los indios del estado de Nueva York, sobre la construcción del Canal de Erie, sobre Harriet Tubman y George Washington Carver y Susan B. Anthony -¿por qué

no tengo una idea clara ni siquiera ahora, tras años de escolarización, de cómo se completa el troquelado del cupón de respuesta o del rollo de papel higiénico? ¡Mis suposiciones son lamentables! ¿Cortadores de pizza con radios de puntas adiamantadas? ¿Plantillas de zirconio, fatalmente afiladas al tacto, que timbran el papel con su brailleadora de púas? ¿Por qué no está esculpido el pionero del troquelado en las fachadas de las bibliotecas, junto con Locke, Franklin y el habitual hatajo de enciclopedistas franceses? ¡*Ellos* lo habrían adorado! *Ellos* le habrían dedicado una página entera bellamente ilustrada con grabados, con sus «fig. 1» y sus «fig. 2», al artículo.

27 Como los que tenían en la época en la que mi madre me dejaba comprarle las cajetillas de Kents de una máquina en el sótano del edificio de oficinas de mi padre, allá cuando heroicos cornos franceses ayudaban al hombre de Marlboro a cabalgar en planos aéreos las tierras del oeste, y cuando otro hombre recorría el ampliado minimalismo interior de una colilla (creo que era True, o alguna de esas marcas monosilábicas) con un puntero de madera, mostrándole al telespectador las características de su sistema patentado de deflectores doctorcaligarianos, diseñados por una ginecóloga, que forzaban al humo a dejar en los planos irregulares del filtro parte de sus resinas más adhesivas.

28 Creo que en versiones posteriores de dicho modelo que he visto por ahí, la en exceso delicada tacita de café decorativa en el panel iluminado por detrás dio paso a un tazón más grande, uno marrón de cerámica y aspecto más íntimo, conforme tacitas y platitos se volvían objetos extraños en nuestras vidas, sacados en incómodo y tintineante silencio en bandejas solo al final de esas cenas dadas por compromiso (previo estrépito de sartenes tras la puerta batiente de la cocina, provocado por la búsqueda de la bandeja). La mescolanza de tazones ha tomado poco a poco el relevo porque, me figuro, en los tazones cabe más estimulante, y sus asas más grandes permiten un pluralismo de sujeciones -por ejemplo, con dos, a veces con tres dedos en torno al asa (las tacitas permiten un solo dedo); o el muy común dedo único enganchando el asa con el pulgar y demás dedos haciendo trípode en el cuerpo del tazón; o el agarre de las dos palmas, ignorando por completo el asa, que usan las actrices cuando interpretan a personas que mantienen conversaciones de la vida real en la mesa de la cocina-. La tacita obligaba a la mano a la cursilería y la gazmoñería y provocaba incluso dolores en la articulación del dedo corazón que otras veces asumía la carga de un lápiz o de un boli, debido a la exagerada distancia entre el asa de la tacita y el peso central del líquido que esta soportaba. Además, los tazones, como los parachoques y las camisetas, se han convertido en lugares en los que la gente pregona alegatos, nombres, *hobbies*, héroes, gustos gráficos.

Ya que como norma tienes un único tazón con el adornito que sea en concreto, en vez de todo un cenador de tacitas idénticas colgando de ganchos en un organizador de estanterías blanco de Rubbermaid, le coges cariño a cada tazón en tanto individuo, e intentas darle incluso a los que menos te gustan una oportunidad de contener tu café de vez en cuando -con las tazas feas que te han regalado tienes la misma sensación que con los malos diseños de cubierta de los libros de bolsillo cuyo interior te gusta de verdad, uno empieza a apreciar esa ligera pizca de fealdad y falta de tino-. Ahora mismo, media hora antes de tener que irme a trabajar, el tazón de anteayer sigue en el alféizar: una taza blanca y sobria bonita de verdad y perfectamente cilíndrica fabricada por Trend Pacific de Los Ángeles *circa* 1982, y decorada con un patrón de treinta batidoras idénticas de los años 50 cuyos cables tienen enchufes redondos: mi pregunta para los talentosos visionarios de la Trend Pacific es, ¿por qué tuvieron que esperar hasta que los apliques de los enchufes hubieron cambiado de redondos a cuadrados, y a que las batidoras se hubieran convertido, *al igual que sus tazones vanguardistas*, en sobrias creaciones blancas fabricadas por Braun o por Krups, para poder ilustrarlas con esa edad dorada y tebeoniana clase de batidoras? ¿Por qué tienen que envejecer esas imágenes antes de que podamos cogerles cariño? Pero este tazón me gusta de un modo que jamás podría gustarme una tacita que formara parte de un juego de té: tiene un *lookestiloso* y cuando decido cuál será mi tazón de la mañana a menudo echo mano de ese, pese a una teórica reprobación de la ampulosidad a la cual es probable que me sienta capaz de aludir aquí solo porque la ampulosidad, si bien continúa goteando por las estructuras de clase de uno a otro nivel, fue hace mucho relevada y en ese limbo de sus degradaciones puede ser frívolamente denigrada. Por supuesto, aunque el panel con la «sugerencia de presentación» de la máquina expendedora de las bebidas calientes mostrase una tacita de porcelana o un tazón, por treinta y cinco centavos en realidad la máquina no dispensaba ninguno. Echaba un chorreón de café en un receptáculo de cartón tirando a pequeño sin ningún tipo de asa, ni siquiera ese voladizo asa de papel plegable tan ingenioso que en general parece estar desapareciendo conforme el aislamiento de poliestireno se ha vuelto predominante. Y cabría preguntar, ¿por qué salía de aquella máquina expendedora un vaso de papel y no el más barato y más moderno vaso de poliestireno? La respuesta que se me ocurría, cuando dicha pregunta se me pasaba por la cabeza mientras esperaba de pie a que la señal de «Preparando» se apagara, era que los vasos de poliestireno eran demasiado livianos y adherentes como para que se deslizaran por los carriles-guía internos hasta el sitio adecuado bajo la espita -y el poliestireno se adhiere: la máquina podría haberlas pasado canutas

para separar un vaso de la pila-. El cartón de dichos vasos se calentaba de un modo casi insoportable, y tenías que caminar con mucha cautela, sujetando el vaso por el reborde más frío y evitando cualquier empellón.

29 Entre los hombres corrientes, se usa normalmente el singular: «oop»; encontrar el plural de la palabra, «oops», es más frecuente, según mi experiencia, entre mujeres, hombres homosexuales u hombres que hablan con mujeres, aunque se dan tantas excepciones que me resulta imposible traerlas todas a colación.

30 La ausencia de disimulo o de vergüenza que los hombres, colegas míos, desplegaban respecto de sus miserias en los urinarios había resultado ser una inesperada sorpresa de la vida empresarial. Admiraba su franqueza, en cierto modo; y quizás en quince años yo mismo estaría pasándome periodos de quince minutos en urinarios de empresa similares, emitiendo sonidos que una vez creí que solo hacían las personas en la extremidad de una gripe o los vagabundos, a quienes todo les da igual, en los baños de las bibliotecas municipales. Pero por el momento, usaba los urinarios lo menos posible, nunca relajado del todo ni leyendo la sección de deportes del periódico que ha dejado ahí un ocupante anterior, ni feliz de encontrarme la tapa precalentada. Una vez, encerrado en uno de los urinarios, interrumpí inintencionadamente la conversación entre un miembro de la directiva y una importante visita con un pedo sonoro y cortante idéntico a un redoble de bongos. Ambos hicieron una pausa momentánea; y la reanudaron luego como quien oye llover: «Oh, es una joven muy, muy capacitada, eso lo tengo bastante claro». «Es una esponja, una esponja, absorbe información de donde quiera que vaya». «Desde luego que lo es. Y correosa, ahí está la clave. Está acorazada». «Es una persona valiosísima para nosotros». Etc. Por desgracia, la grotesca intromisión de mi pedo me pareció graciosa, y me quedé sentado en el retrete conteniendo la risa con el fondo de mi paladar -la presión de dicha contención me sacó a la fuerza un pedo adicional, más pequeñín-. Me golpeé en silencio una rodilla, con los ojos achinados y la cara roja de reprimirme la histeria.

31 Cuando dejas un trabajo, una de las decisiones más difíciles que debes tomar en lo relativo a despejar tu escritorio es qué hacer con la ataudesca bandejita de cartón que contiene 958 tarjetas de visita que aún huelen a nuevas. No puedes tirarlas, ellas y la placa identificativa en la puerta y varias plantillas de resguardos de nóminas son para ti la prueba de que una vez se te veía por el edificio a diario y que allí resolvías problemas complicados y completamente absorbentes; por desgracia, los problemas en sí, aunque en su día te obsesionaron y te mantuvieron trabajando hasta las tantas noche tras noche y te hicieron hablar en sueños, resultaron ser hueros: dos semanas después

de tu último día ya se han contraído hasta convertirse en bolitas inertes cuatro quintas partes más pequeñas; descubres que eres incapaz de recrear la sensación de lo que estaba de verdad en juego, ya que parece no haber sido más que aquel ritmo húngaro a 5/2 de los días laborables vivenciados lo que mantenía inflada cada fascinante crisis hasta su plena complejidad interdepartamental. Pero de manera contigua, mientras que los problemas por cuya resolución te pagaban, el saludo con la cabeza del guardia de seguridad, su libro de registro de entrada, el trayecto en escaleras mecánicas, los objetos de tu escritorio, la visión de los despachos de tus compañeros, sus caras vistas desde ángulos característicos, las particularidades del aseo de la empresa, todo se expande de una forma milagrosa: y de este modo lo que fuera central y lo que fuera incidental terminan completamente revertidos.

32 Y de dicha riqueza y pompa regresamos a casa cada tarde y nos plantamos delante de la cómoda, algunos de los cajones que cuelgan abiertos, sin rodamientos que valgan, y soltamos en el suelo el maletín y la bolsa del súper del barrio y empezamos a sacarnos de los bolsillos puñados de calderilla y de restos de paquetes de grageas Velamints, forzados a encorvarnos ligeramente a fin de que nos quepa en las manos tanta moneda indeseada que hemos recopilado del mundo aquel día por haber usado perezosamente un billete para cada transacción, dejando caer la calderilla y las llaves aún tibias y los resguardos del cajero y la basurilla en un plato que ya rebosa calderilla, y adoptando luego otra postura especial de *contrapposto* para sacar la cartera, cuyo bulto húmedo ha supuesto durante todo el día un engorro subliminal, si bien hemos sido incapaces de precisar nuestra incomodidad hasta ahora, conforme soltamos esa masa de cuero y plástico ligeramente pegajosa encima del desmoronadizo montón de calderilla y sentimos que uno de los cachetes del culo se nos enfría al instante, aliviado tras diez horas de remoriana propincuidad. Y guardamos nuestros pantalones, asegurándonos de que hemos restituido las rayas de cara a ponérnoslos de nuevo sujetando los pantalones bocabajo por los perniles y levantándolos por el triángulo de la percha con su tubo de cartón tratado especialmente para evitar que se escurran y dejándolos caer sobre este doblados por la mitad, sabiendo que pese a que ahora los pantalones están un pelín sudados, pasado mañana cuando nos haga falta volver a llevarlos van a parecer recién lavados. Vamos por ahí en calzoncillos y camiseta esperando a que hiervan las conchas de pasta Ronzoni. ¿Acaso puede ser este desorganizado «hazlo-tú-mismo» de vida vespertina el mismo tipo de vida que la límpida y noble vida de Pendaflex que llevamos en los edificios de empresa?

33 Permitidme que mencione otro acontecimiento bastante

importante en la historia de las pajitas. Hace poco advertí, y recordaba vagamente haber medio advertido a lo largo de varios años antes de dicho momento, que el envoltorio de papel, que tan fácilmente se deslizaba en su día por el plástico de la pajita y se arrugaba hasta formar una serpentina a presión la cual podías usar para llevar a cabo los tradicionales trucos en bares y dormitorios de residencias estudiantiles, ya no se deslizaba en absoluto. Se abrazaba tan fuerte a la superficie de la pajita que a pesar de que la pajita en sí sea más rígida que la anterior pajita de papel, el plástico a veces cede a la fuerza que acabas aplicando al intentar empujar el envoltorio a la antigua usanza. El desarrollo de todo un método para desenvolver las pajitas -con una mano, muy similar a darle golpecitos a un cigarrillo sobre la mesa para asegurarse de que el tabaco estaba bien asentado en el tubo- ahora ya no funciona, y tenemos que quitar de un pellizco la punta del envoltorio e ir rasgando a dos manos por toda la juntura como si estuviésemos abriendo el correo de propaganda. Pero tengo fe en que este error también se corregirá; y puede que algún día incluso sintamos nostalgia del periodo de varios años en el que costaba desenvolver las pajitas. Resulta imposible predecir las cosas que se tuercen en estas pequeñas innovaciones, y lleva un tiempo hasta que se los considera nocivos y se actúa en consecuencia. De manera similar, se dan a menudo ventajas inesperadas en algunos de los nuevos desarrollos menores. ¿Qué fabricante de sobrecitos de azúcar habría podido saber que a la gente le daría por sacudir el sobrecito de un lado a otro para centrifugar su contenido hasta el fondo, para poder rasgar de un modo adecuado la parte superior? La desnudez de una simple novedad en los sobrecitos monodosis se ha sorteado, mitigado y dotado de sentido por medio de una adaptación gestual (es posible que inspirada en la oscilación que uno hace al apagar una cerilla después de encender un cigarrillo); provecho que ha suscitado una danza; y el sonido de dicha sacudida de los sobrecitos de azúcar a primera hora de la mañana, revoloteando desde los cubículos cercanos, no es uno de los cuales me privaría por voluntad propia, pese a que yo tomo el café sin azúcar. Nadie habría podido predecir que los hombres de mantenimiento abrillantarían los pasamanos de las escaleras mecánicas sin moverse del sitio, o que los estudiantes descubrirían que podías tirar las monodosis de mantequilla de tal manera que se quedaban pegadas a la pared, o que los comerciantes descubrirían que podían ponerse convenientemente los lápices detrás de la oreja, o que más tarde *dejarían* poco a poco de ponerse los lápices detrás de la oreja, o que los limpiaparabrisas podrían servir de prácticos lugares en los que dejar folletos publicitarios. Un invento técnico sin pretensiones -la pajita, el sobrecito de azúcar, el lápiz, el limpiaparabrisas- se ha visto adornado por un mudo folklore de

inventos conductuales, sin registrar, sin patentar, adoptados y afinados sin comentario ni reflexión.

34 Al parecer la gente levanta las cejas cada vez que se acerca algo a la cara. El primer sorbo a la mañanera taza de café te hace levantar las cejas; he visto a algunos individuos que desplazan todo el cuero cabelludo junto con las cejas cada vez que se llevan un tenedor con comida a la boca. Una posible explicación es que levantar las cejas es una forma de decirle a tu cerebro que no active la natural reacción de encogimiento que habitualmente dispara la aproximación de objetos en movimiento cerca de la cara.

35 Durante aquellos primeros meses en que preparaba la cena para mí solo, tras años de comer lo que me hubiesen preparado en Seiler's y en ARA, examinaba con reciente interés la generación de las burbujas de hervido en el cazo Revere mientras esperaba para verter las conchas de pasta Ronzoni: al comienzo mismo del hervido, granos mercuriales se liberaban y ascendían solamente desde puntos concretos del fondo del cazo, que precisaban de un pequeño rasguño o irregularidad en el metal para albergar su cambio de estado; más tarde varias cortinas de cuentas hechas de esferas medianas surgían desde donde las curvas paralelas del anillo metálico hacían mayor contacto con la parte inferior del cazo; más tarde aún, conforme los glutinosos globos arrenacuajados del fuerte hervido tomaban el relevo, las gafas se me empañaban, y me acordaba de cuando años antes mis padres me despertaban de sueños en los que trataba de beberme batidos espesísimos con pajitas finas a más no poder. Mi padre me llevaba en brazos a la luminosa cocina diciendo animadamente: «Otra vez el garrotillo, otra vez el garrotillo», con el pelo de punta en inusuales direcciones, y me sostenía cerca del penacho de vapor que salía de un pequeño hervidor de agua que había conectado mi madre. Yo inhalaba; las ganas de carraspear se deshacían en las ramas de detrás de mi esternón, y al tiempo que respiraba pensaba con felicidad en la llama azul del gas vertiéndose hacia arriba y allanándose contra el fondo del calentador de agua -la misma llama sobre la cual algunos años más tarde me dejarían cocinar unas salchichas, ensartándolas en un tenedor: salchichas que soltaban grasa con feroces y efímeras chispas, la cuales se ven mejor si apagas la luz, aunque distinguibles también a la luz del día por sus efectos de un amarillo más pálido, y que el calor chamuscaba hasta hacer destacar los patrones radiados de ambos extremos de la salchicha-. Total, que, tras limpiarme las gafas, vertía las conchas de pasta Ronzoni en el tumultuoso agua: se oía un siseo y se daba un instante de completa calma de aguas blanquecinas. Descubrí que, a menos que en ese momento las removieras, tu cosecha de conchas disminuía, porque algunas se pegaban al fondo del cazo.

36 Cualquiera pensaría que, tras esta especie de explosión, el

producto necesitaría tiempo para asentarse y solidificarse en bandejas de refrigeración, pero no, puedes comerte los resultados acto seguido, o puedes comértelos cuando hayan reposado en alguna de las altas acumulaciones saladas las cuales mantiene calientes la bombilla calorífica plana con una placa esmerilada de un amarillo cegador y un envés pintado con material negro reflectante que tiene arañazos diminutos a través de los cuales el vataje resplandece. Ante la necesidad de un auténtico sabor a palomitas para confirmar aquellos recuerdos de cómo había sido en su día, hace poco busqué en los armarios de la cocina y encontré un viejo paquete de palomitas Jiffy Pop, no las nuevas Jiffy Pop para hacer al microondas, sino las viejas Jiffy Pop que venían en un paquete de aluminio en una sartén, una reliquia de la gran edad del papel de aluminio, cuando lo plantabas cual tienda de campaña encima de los pavos, cuando lo separabas de los envoltorios de los chicles, cuando congelabas con él, alisabas sus arrugas con el pulgar, rascabas los últimos restos crujientes de un suflé de espinacas al horno marca Stouffer's de los estampados laterales corrugados -y algo más que una reliquia-: Jiffy Pop era el mejor ejemplo de todo el género aluminio: un paquete inspirado por la sartén cuyo mango es también el gancho del que cuelga en la tienda, con una vorágine de papel de aluminio arrugado encima, sometido a la subversión de los granos explosivos, primero por la colisión directa de los maíces por separado y luego durante una elevación general e indirecta del volumen total de celulosa potenciada, desplegando de forma gradual su cúpula, girando poco a poco conforme se desacaracola, proporcionando en su gradual expansión una inteligible versión a cámara lenta de lo que invisible e instantáneamente está experimentando cada eruptiva partícula de maíz por debajo. Cuando la cúpula está del todo desplegada (según me fijé, agitándola encima de los anillos del fogón), el aluminio ha revelado ser sorprendentemente fino, más fino que el de la marca Reinolds- y te percatas de que la única razón por la cual ha sido capaz de resistir la primera arremetida de palomitazos directos era que a esas alturas sus dobleces lo habían dotado de fortaleza (salvo en el vulnerable centro plano)-. Para servirlas, rasgabas el fino papel hacia atrás en triángulos, logrando así que eclosionara una flor que ninguna abeja iba a fertilizar jamás: la manierista inflorescencia final, la segunda derivada, de la original mazorca de maíz cosechada. Aparte de Jiffy Pop, conforme me hacía mayor tuvimos las algo anteriores Jolly Time y TV Time -el par de tubos de plástico, uno contenía granos, el otro contenía aceite hidrogenado que escurrías en la sartén- e incluso nos regalaron una palomitera, que costaba mucho limpiar. Pero la invención de las Jiffy Pop me parecía en retrospectiva mucho más grande que cualquier otro producto relacionado con las palomitas de

maíz, incluidos todos los de microondas, me parecía de hecho uno de los ejemplos sobresalientes de la ingenuidad humana en lo que llevaba de vida, tanto fue así que después de haberme comido unos cuantos puñados, fui a la biblioteca de una universidad y busqué el nombre del inventor, Frederick Mennen, hice fotocopias de las patentes pertinentes («…una cobertura de una lámina de papel de aluminio arrugado adaptada para que se extienda por la expansión del contenido del envase al calentarlo…»), y encontré una foto suya de 1960, sonriendo con la mirada triste en su fábrica de La Porte, Indiana, mientras a su espalda unas mujeres con batas de laboratorio le echaban un ojo a la cinta transportadora. La primera patente apareció en la *U.S. Patent Gazette* en 1957, unos meses después de que yo naciera. Conseguí el teléfono de Mennen en información y lo llamé para darle la enhorabuena, treinta años después del hecho, y para preguntarle si estaba más orgulloso del propio paquete en espiral, o de la elegante máquina que había inventado para conferirle al paquete dicha espiral. El teléfono sonó seis veces; sintiéndome más tímido con cada timbrazo, y preocupado por que pudiese haber muerto, colgué, temeroso de la débil respuesta de la viuda.

37 Cogí prestada una Band-Aid de la caja en el apartamento de L. -yo no tenía ninguna caja de Band-Aid-. Y con mucha frecuencia se ven mujeres examinando con tristeza las baldas de Band-Aid en CVS; puede que estén pensando: «Si compro estas Band-Aid, tendré que guardarlas en mi botiquín, listas para recubrir las pequeñas heridas del buen hombre que quizás conozca en un tiempo futuro, y más adelante estarán ahí para los rasguños en los codos de los niños que tendré con él».

38 Con esa edad apuñalé una vez a mi mejor amigo, Fred, en la base del cuello con unas tijeras dentadas, enrabietado porque le habían regalado la caja completa de sesenta y cuatro crayones de Crayola -incluidos el dorado y el plateado- y no me dejaba ver la caja de cerca para comprobar cómo en Crayola habían estabilizado el sacapuntas para crayones incorporado bajo las hileras de crayones. Durante la siguiente semana y media, Fred, muy distante, fue pasando por todos y cada uno de los tamaños y estilos de Band-Aid que fabricaba Johnson & Johnson (su familia, rica, podía permitirse la caja con todas las variedades, la cual incluía formas que ya no existen, que yo sepa), negándose a enseñarme la herida (de muy poca importancia), prolongando mi culpa y mi curiosidad llevando la Band-Aid más pequeña, un diminuto huevo frito color carne de menos de dos centímetros de ancho, mucho después de que estuviese yo seguro de que debajo no tenía más que un leve asterisco blanco.

39 Aunque los tapones para los oídos son esenciales para conciliar el sueño, resultan inútiles más tarde, cuando te desvelas con

ansiedades nocturnas, y tienes el cerebro a remojo en un jugo fluorescente podrido. En la facultad dormía maravillosamente, pero el trabajo nuevo me trajo un insomnio habitual, y con él un largo periodo de prueba-error, hasta que di con las imágenes que me inducían con mayor consistencia de nuevo al sueño. Empecé con pequeñas secuencias de la cortinilla de *Monday Night at the Movies* de la NBC: un nombre como «MEMORANDO» o «CALAMARI» en enormes letras curvas tridimensionales, delineadas con líneas de cromo en los rebordes y estrellas parpadeantes, rotando sobre dos ejes. Tenía la intención de estar dormido en el momento en que atravesara la expansiva O, o el tragaluz de la A. Esto funcionó por poco tiempo. En la creencia de que las imágenes con mayor entidad, y con patrones menos abstractos, incitaban el estado de sueño, me imaginaba conduciendo un coche bajo y veloz, despegando desde un portaaviones en un avión bajo y veloz o achicando agua escurriendo una toalla en un sótano inundado. Lo que mejor funcionaba era lo del avión, pero no lo hacía del todo bien. Y entonces, sorprendido de haber tardado tanto en pensar en ello, me acordé de la costumbre de contar ovejas. En las películas de Disney aparece una pequeña escena de unas ovejas brincando tranquilamente por encima de una cerca o de una valla de madera dentro del bocadillo con forma de nube que muestra el pensamiento de un hombre en una cama, mientras que en la banda sonora unos violines acompañan a una voz dulce sacada de los vinilos a 78 r.p.m. que va diciendo: «uno, dos, tres, cuatro…». Pensaba en las juntas de guionistas en los estudios Disney allá en la época dorada de los dibujos animados: el gesto de benigna concentración en la cara del encorvado ilustrador mientras coloreaba con cuidado el interior del contorno de una estilizada oveja en suspensión de otro fotograma más en el arco de luz cálida que arrojaba el flexo sujeto por su pinza a la mesa de trabajo, alumbrando las tachuelas y la cinta adhesiva y su lápiz especial para acetato en la mano -enseguida me dormía con éxito-. Pero si bien la versión Disney alcanzó su objetivo, sentía que era insatisfactorio: estaba imaginándome ovejas, cierto, pero la costumbre, la cual yo quería mantener, exigía que las *contara*. No creía aun así que tuviese ningún sentido contar lo que a todas luces era el mismo conjunto de fotogramas de animación reciclados una y otra vez. Necesitaba atravesar el dibujo animado y crear una procesión de ovejas verdaderamente diferenciables. Así que me fijaba bien en cada una de ellas conforme se acercaban al cercado en busca de características individuales -un cardo enganchado que le sobresaliera o un poco de lodo seco en una pata-. A veces le amarraba un dorsal a la que le tocara saltar y le ponía un nombre del Derby de Kentucky: Comandante Aperitivo, Nosferatu, M antes de B y P, Wee Willie

Winkie. Y la hacía saltar muy despacio, para que pudiera examinar cada fase -las migas de barro flotando lentamente por el aire hacia la lente, el mohín de labios flojos, el movimiento ondulatorio por toda la lana al aterrizar-. Si para entonces no estaba sobando, daba marcha atrás y reconstruía el día entero de las ovejas; pues hallé que era el *planteamiento* del salto, antes que el salto en sí, lo que me inducía al sueño. Era probable que algunas de las ovejas se hubieran presentado en el trabajo en torno al mediodía y a varios pueblos de distancia, enmarañadas y revoltosas. A eso de las dos de la tarde, mientras estaba en mi despacho, temiéndome una mala noche, pedía (imaginaba) que me pusieran al teléfono a una de las distribuidoras de ovejas: ¿podía encargar que un número al azar de ovejas no superior a treinta llegara al portal de mi apartamento sobre las 3:30 a.m. para contarlas? El experto cayado de la distribuidora de ovejas recorre el rebaño, señalándolas: «tú, tú, tú»; les repite mi dirección una y otra vez a sus sujetos, que asienten con la cabeza; y mi rebaño personal sale quince minutos después, con un albarán para que lo firme a la entrega. Se pasan la tarde cruzando prados de aldeas, vadeando arroyos y trotando por las medianas de las autopistas. Mientras estoy cenando con L., todavía se encuentran a kilómetros de distancia, pero a la hora de irse a la cama, a las 11:30 p. m., puedo verlas venir por un promontorio con mis prismáticos: diminutas figuras oscilantes cerca de un letrero en escorzo de un hotel Red Roof Inn, todavía en el condado vecino. Y a las 3:30 a. m., cuando me hacen verdadera falta, se presentan afanosas, entusiasmadas tras el viaje: dejo a un lado la carta de agradecimiento sin escribir con la que había estado debatiéndome, reviso la nota de entrega de las ovejas y completo el pago, y varias de las primeras empiezan a agruparse sobre los tablones y las cajas de leche que he ensamblado en el portal, con sus pequeñas lenguas rosas a la vista por el esfuerzo, expuesto el blanco de sus ojos de oveja; una, dos, tres… y así me he convertido en un exitoso director de anuncios de suavizante -la agencia necesita opulentas tomas de ovejas saltarinas; el vellón tiene que quedar tan dorado como la luz del sol que cae, y los verdes del campo han de ser inconcebiblemente chillones-. Yo mismo lavaba cada oveja con champú; consolaba a las lloronas; le leía al rebaño reunido *Idea de una universidad* del cardenal Newman para acrecentar su noción de propósito y gracia, y les demostraba cuánta falta me hacía *enviar* sus rollizos torsos por los aires, *levantarles* los cuartos traseros para un empujón adicional, *echarles* las cabezas hacia atrás por mor del drama, y siempre, siempre iniciar el aterrizaje con la pezuña izquierda. Les daba la entrada con un guion enrollado: «Vale, número cuatro. Pisadas más ligeras. Ahora impulso. Arriba. ¡Esas patas traseras! ¡Dientes fuera! ¡Que se note el esfuerzo! ¡Ahora las narinas! ¡Y a saltar!». He

hallado hace poco que lo último que se me pasa por la cabeza antes de caer inconsciente suele ser la menguante visión de una oveja solitaria, la cual, tras salvar el obstáculo y haberla dado yo por contada, rebosante de alivio y radiante por el deber cumplido se apresura por colinas lejanas hacia su próximo encargo, que consiste en saltar una linde de hierbas a cámara lenta para L., despierta a mi lado a causa de sus propias preocupaciones.

40 No hay una palabra adecuada para *estómago*; igual que no hay una palabra adecuada para *novia. Estómago* es a *novia* lo que *barriga* es a *amante*, y lo que *abdomen* es a *cónyuge*, y lo que *bajos* es a *petite amie.*

41 ¿Y era en el de Prell concentrado o en el de Head & Shoulders en el que salía un chorreón del nuevo tubo irrompible que apretaban los dedos de quien se estuviera duchando («¡Oops!») y que daba contra el cristal de la placa-ducha, y el marido lo veía y lo examinaba con asombro? *Manejabilidad* -lo romántico del concepto retornaba si me detenía durante un minuto en el pasillo de los champús: qué palabra tan Harold Geneeniana para que la murmuraran modelos con el pelo parecido al de Samantha la de *Embrujada*-. Y me acordaba de la familia que, con más pena que rabia, le dice al padre que por favor no se ponga ese *blazer* azul, por los copos de caspa, hasta que usa Head & Shoulders (un nombre repulsivo para un champú, si lo piensas, pero nunca lo haces); y la mujer con una vida tan ajetreada que utiliza un aerosol de champú enlatado en la intimidad del ascensor, se sacude con la mano toda su oleosidad y veinte pisos más arriba sale con lustrosos reflejos.

42 Dicha perturbación empieza ya: las últimas pocas veces que he entrado a un CVS *no me graparon la bolsa en absoluto*, pese a que tenían la grapadora al lado mismo de la caja registradora -habían pasado a usar una bolsa de plástico con dos asas incorporadas que la hacían parecer la parte de arriba de un mono de faena, y era de un plástico imposible de grapar con eficacia-. Me pregunto si acaso la atenta observación y los estudios de eficiencia habían mostrado a los directivos de CVS que como las tiendas andaban permanentemente escasas de personal, la mayor incidencia de hurtos que conllevan las bolsas sin asegurar sería más que contrarrestada por un rendimiento más veloz de las cajeras, quienes no tenían que perder ningún segundo de más grapando.

43 Le perdoné del todo aquel retraso: dichos cartuchos de plástico para las monedas suponían un infeliz avance en la vida de las cajeras. En los cartuchos de papel había belleza: interesantes y pulposos colores, ese papel suave de las bolsas de papel pero con la pesada densidad del dinero que contenían; y las buenas cajeras podían abrirlos cascándolos contra el reborde de un cajetín y hacer que todo el contenido se vertiera en su lugar en cinco segundos. Pero aun así,

cuando vi los canutos de plástico por primera vez (allá por 1980), me sentí excitado, vivaracho: podías distinguir con mayor facilidad de cuáles se trataban por los cantos de las monedas clasificadas, y el plástico era probablemente obra de algún clasificador/contador/empaquetador/despachador del banco. Pero el de plástico, a menos que lo hayan hecho inmanejablemente grueso, se rasgará con facilidad, a diferencia del de papel, solo si antes se le ha practicado una muesca (igual que el retractilado de los discos de vinilo) -y en las bolsas llenas de cartuchos de monedas de papel, estos sin duda se mellaban-: así pues los defensores del cartucho de monedas de plástico se vieron a todas luces forzados a que su material adoptara un grosor que convirtiera la vida de las cajeras en un tiempo de periódica exasperación, sobre todo si tenía las uñas largas. Lo que hacía falta aquí era alguna clase de lengüeta-abridor que prolongara la longitud del cartucho, similar al hilo del envoltorio de las Band-Aid, pero que funcione.

44 Una tarde mi madre me dijo de improviso mientras estábamos los dos sentados a la mesa de la cocina (yo estaba leyendo la columna del consultorio *Dear Abby* mientras me terminaba un sándwich de mantequilla de cacahuete y un vaso de leche; ella estaba leyendo *Lecciones de filosofía de las ciencias sociales* para un curso que estaba haciendo) que no era una buena idea beber de lo que estuvieses bebiendo antes de haberte tragado lo que estuvieses masticando -y no, me explicó cuando le pregunté por qué, porque haya más probabilidades de que te atragantes, sino porque se consideraba una grosería; una grosería, en apariencia, más sutil que la infantil rudeza de hablar con la boca llena o de «chasquear los labios» (un enunciado que aún no comprendía del todo), porque si bien no ofrecías desagradables vistas ni ruidos al resto de los presentes, posibilitabas que se llevaran a cabo inferencias indeseablemente detalladas relativas a la plastosa mezcla y al gazpacho que tenías en marcha detrás de los labios sellados-. La idea de que había repugnado a mi propia madre en la mesa de la cocina me resultó dolorosa; nunca volví a dar un sorbo mientras masticaba en público, y me resultaba estomagante que otros lo hicieran; pero como en el caso de la leche con galletas la simultaneidad es en realidad el único modo de desviar el dulzor criminal de la galleta y de camuflar el pepto-bismoliano regusto a queso de la leche, seguí adelante, relativamente inadvertido allá en el banco, y di bocaditos y sorbos por turnos.

45 En una nota al pie, por ejemplo, Lecky cita al biógrafo francés de Spinoza el cual informaba de que al filósofo le gustaba entretenerse echando moscas en telas de araña, y que disfrutaba tanto con la batalla resultante que en ocasiones estallaba en carcajadas. (*Historia de las morales europeas*, vol. 1, página 289). Lecky usa este chisme para

ilustrar su concepción de que los sentimientos morales sofisticados no son constantes en toda una personalidad o una cultura; uno puede ser elocuentemente virtuoso en una esfera, a la vez que en otra tolera la inmundicia, o es en sí mismo inmundo -una característica bastante familiar, quizás, pero que nunca antes había pivotado en torno al ejemplo de Spinoza, me parece-. También a Hobbes, según sabemos por una selección de Penguin de las *Vidas*, de John Aubrey, página 228, le gustaba en la universidad (esa Oxford «escalonada de torretas», que dijo Gerald M. Hopkins) madrugar para atrapar grajillas con un cordel pegajoso, usando queso como cebo, a las cuales encerraba, batiendo las alas y envueltas en aquella trampa que les destrozaba el plumaje, al parecer solo por diversión. ¡Cristo bendito! Conforme nuestro conocimiento de dichos filósofos se amolda a este doméstico y anecdótico abrazo, no podemos evitar que la estima que sentimos por ellos se vea disminuida a causa de estas crueles y pequeñas ocupaciones. Y a Wittgenstein, también, según leí en cierta biografía, le encantaba ver películas del oeste: estuvo una época yendo todas las tardes a ver tiroteos y pechos atravesados por flechas durante horas. ¿Puede uno tomarse en serio la teoría del lenguaje de una persona si sabes que le pirraba el tedio de cartón piedra de las películas del oeste? De vez en cuando, pues vale -pero ¿a diario?-. Sin embargo, aunque estas verdades pequeñinas sobre tres filósofos (a los cuales, para ser sinceros, he leído muy poco) han desactivado al menos por el momento cualquier interés que pudiese haber tenido en leerlos algo más, me muero de ganas de conocer este tipo de detalles. Como dijo Boswell, «Con motivo de este recorrido, mientras viajaba, él [Johnson] calzaba botas, y un gran abrigo de tela marrón muy holgado, con bolsillos que casi podrían haber contenido ambos volúmenes de su diccionario en folio; y llevaba en una mano una gruesa vara de roble inglés. Espero no se me censure por mencionar particulares tan ínfimos. Todo lo relativo a tan gran hombre merece ser observado. Recuerdo que el Dr. Adam Smith, durante sus lecciones de retórica en Glasgow, nos dijo que estaba encantado de saber que, en sus zapatos, Milton llevaba cerrojos en lugar de hebillas». (Boswell, *Diario de un recorrido por las Hébridas*, Penguin, página 165. Pensadlo: *¡John Milton usaba cordones!*). A Boswell, al igual que a Lecky (para retomar el asunto de esta nota al pie), y a Gibbon antes que él, le encantaban las notas al pie. Ellos sabían que la cara externa de la verdad no es lisa, ni brota ni va reuniéndose de párrafo en párrafo bien formados, sino que trae incrustada una rugosa corteza protectora de citas, de comillas, de cursivas e idiomas extranjeros, todo un *variorum* en forma de costra repleta de «ibíd.» y de «cfr.» y de «véase» que conforman la armadura del puro fluir de un argumento mientras este viva por un instante en la mente de uno. Eran conocedores del placer anticipatorio de percibir

con visión periférica, conforme pasaban la página, el cieno gris de un ejemplo y de una salvedad adicionales esperándoles en letra diminuta al pie. (Eran conscientes, de un modo más general, de la utilidad de la letra diminuta para realzar el regocijo de leer obras de oscura erudición: la densidad tipográfica te fuerza a encorvarte igual que Robert Hooke o que Henry Gray sobre los tejemanejes y los intríngulis de la verdad). Les gustaba decidir conforme leían si se molestarían o no en consultar cierta nota al pie, y si la leerían en contexto, o la leerían antes que el texto del cual colgaban, como aperitivo. Los músculos del ojo, ellos lo sabían, buscan itinerarios verticales; el recto lateral y el medial se aturden al oscilar de acá para allá con las zetas que nos enseñan en el colegio: la nota al pie funciona como un conmutador, proporcionando esa satisfacción del coleccionista de trenes en miniatura de capturar la marcha del pensamiento con un «1» volado y de reconducirlo, a veces largo y tendido, por apeaderos abandonados, por túneles sumergidos y llenos de goteras. La digresión -un movimiento que se aleja del *gradus*, o la intensificación, del argumento- es a veces el único modo de ser exhaustivo, y las notas al pie son la única forma de digresión gráfica sancionada por generaciones de tipógrafos. Y no obstante la *Hoja de estilo* de la Modern Language Association que tenía en la facultad desaconsejaba las notas al pie extensas, «tipo ensayo». ¿Estaban *majaras*? ¿Adónde va a ir a parar la *erudición*? (En ediciones posteriores han eliminado esta mácula). Cierto es que Johnson dijo, en referencia a la cuestión de las exegéticas anotaciones a Shakespeare: «la interrupción refrigera la mente; los pensamientos se ven apartados de la cuestión principal; el lector se agota, sin sospechar por qué; y al final tira el libro que con excesiva diligencia estaba estudiando». («Prefacio a Shakespeare»). Pero aquí Johnson se refería al caso especial de los comentarios de un escritor sobre otro -¿y a quién no se le hiela en efecto la mente varios grados cuando los editores de la *Antología poética Norton* aclaran toda palabra o verso potencialmente confuso por nosotros, sin llegar a entender que el placer del estudiante de poesía proviene en parte de la más alta aulaga de nombres que apenas es capar de situar y de alusiones que reconoce solo a medias? ¿De verdad necesitamos que el «enorme e innumerable antozoo» de Tennyson incluya una pulcra nota al pie tal que «3. Criatura con aspecto de pulpo»? ¿Es necesario que nos justifiquen el título mismo de dicho poema («The Kraken», impreso en las páginas 338-339 de la edición abreviada y revisada de dicha antología)? ¿Acaso es necesaria esa limpieza bucal que le hacen al *enunciado de apertura* de *The American*, el cual menciona la «Sala Carré, en el Museo del Louvre» (en la edición de la American Library de Penguin, nada menos) con el desmoralizante auxilio que sigue:

1. El corazón de las galerías pictóricas del gran museo nacional

francés, esta sala contiene, aparte de las obras de los grandes maestros a quienes James menciona más abajo, la *Mona Lisa*, de Leonardo?

Pero las grandes, eruditas o anecdóticas, notas al pie de Lecky, Gibbon o Boswell, escritas por el propio autor del libro para complementar, e incluso corregir, a lo largo de varias ediciones posteriores, eso que dice en el texto primario, reafirman que el afán de verdad no posee límites exteriores claros: no termina con el libro; la reformulación, el desacuerdo con uno mismo, el envolvente océano de las autoridades referenciadas, todo ello continúa. Las notas al pie son esas superficies de mejor adherencia que permiten que los párrafos tentaculares se aferren a la realidad más amplia de la biblioteca.

46 Los Clásicos Penguin negros también me gustaban porque en la primera página incluían una nota biográfica del traductor en la misma tipografía pequeña que en la nota biográfica que el gran personaje histórico al que había volcado al inglés, una paridad que hacía que las inferiores vidas en Dorset o en Leeds de dichos traductores parecieran igual de importantes que las vidas tan a menudo envueltas en magnicidios, malevolencias y conspiraciones de los antiguos. Era frecuente que los traductores de Penguin parecieran aficionados, no académicos, que después de obtener sus grados dobles, habían llevado una vida tranquila regentando los negocios de sus padres o se habían metido a cura, y que traducían por las tardes -en su mayoría maricas, lo más probable-: esa excelente y discreta clase de hombres de pocos logros según los patrones externos pero que sostienen por nosotros la civilización al ser sabedores, de un modo perfectamente equilibrado, accesible y considerado, todo lo que puede saberse sobre varios periodos breves de la historia de Holanda, o sobre el florecimiento de cierta tradición especialmente rica de flautas de terracota.

47 Lo cual ya no es cierto. Desde que me contó la adivinanza de Amberes, también se ha hecho un hueco en mi carrusel: me perturba que la supuesta respuesta sea: «Nadie, tontolaba: el hombre *viene* de Amberes», puesto que *a*) en efecto puedes «encontrarte» con una persona en el camino cogiéndole el paso y hablando con ella; y *b*) el verso no especifica si el hombre tiene siete «con» él allí mismo en el camino, o si tan solo es responsable de siete mujeres como circunstancia actual de su vida. Me preocupa, por tanto, cuánta perplejidad habría ocasionado una adivinanza como esta a los niños en las casas en las que se intercambiaban adivinanzas; si cuando era niño me habría gustado verme expuesto a dicha perplejidad (antes que, digamos, a la de Jack y Spot y su carreta); cuál había sido la intención del artífice original de la adivinanza; y qué posición habría él o ella ocupado en la vida -pienso en todo ello aproximadamente unas diecinueve veces al año.

48 Ahora estoy bastante seguro de que los cordones figurarían más

arriba. En el transcurso de la preparación del presente registro de aquel mediodía de Marco Aurelio y cordones, aguanté todo un riguroso mes en el cual la cuestión de atarse los cordones y la del desgaste de cordones surgieron 325 veces, mientras que al parecer la de Marco Aurelio rondó apenas las 90 veces. Dudo mucho que vuelva a concentrarme en ninguna de ellas, por haber agotado los dos pensamientos yo mismo. Pero puede que estas súbitas ráfagas posteriores no cuenten, ya que son recuperaciones artificiales y duplicativas llevadas a cabo a fin de entender cómo se habían producido las previas recuperaciones naturales. La más reciente ocasión en que pensé en cordones sucedió tal que así: por casualidad, me encontraba pasando páginas de los *Informes de investigación* entre 1984-1986 del Laboratorio de Fabricación y Productividad del MIT en mi despacho, y me percaté de que había trabajos activos que avanzaban en la cuestión de la «patología del desgaste en los cordajes». La investigación se describía del modo siguiente:

Se han reunido numerosos cordajes marineros de todas partes del mundo, los cuales representan una variedad de modos de utilización y de periodos de exposición. Se detectaron y cuantificaron los patrones de deterioro tanto mecánicos como químicos. Se han determinado los principales mecanismos de deterioro relativos a ciertas utilizaciones específicas. En la actualidad se están recopilando los patrones de degradación para su aplicación a modelos estructurales de cordajes con miras a establecer una política válida de cese de utilización.

¡En la actualidad se están recopilando los patrones de degradación! ¡Yepa! Al margen de decidir, de sopetón, que tenía que dejar el trabajo y meterme de aprendiz en aquel excitante proyecto, me pregunté si los resultados de S. Baker y M. Seo podrían adaptarse de tal forma que pudieran aplicarse, sin importar cuán toscamente, al caso de mis cordones. Para mi sorpresa, la biblioteca no disponía de ninguna copia de las referenciadas *Actas de la junta del tercer simposio ítalo-japonés sobre la medición objetiva: aplicación al diseño de productos y al control de procesos* de septiembre de 1985. Escribí pidiendo una reimpresión, pero en el ínterin mi impaciencia me condujo a indagar más. Enseguida descubrí lo tonto que había sido al pensar que la enrevesada patología de los cordajes marineros podría haber tenido algo que ver con la entrelazada patología de los cordones. Consulté el volumen 07.01 de las ingentes directrices de la Sociedad Estadounidense de Pruebas y Materiales, y di con una exposición de los procedimientos y la instrumentación de las pruebas de abrasión en textiles. Las máquinas de abrasión representadas parecían productos de la década de los treinta, pero en el reino de la abrasión, el efecto conocido de las máquinas probadoras ya establecidas podría ser, pensé, más importante que la instrumentación sofisticada. Esto

también resultó ser falso. Al pasar a la literatura periódica, me instruí sobre la Microcon I, la Probadora de Elasticidad Instron, la Probadora de Aceleración de Abrasiones y la Probadora de Desgaste Universal Stoll Quarter Master, o PDUSQM. (Para esta última, véase *Compendio de Tecnología Textil*, 05153/80; Pal, Munshi e Ukidre, de los Laboratorios de Investigación Tecnológica del Algodón de la India, quienes han utilizado dicha máquina para determinar la abrasión por flexión de los hilos de coser). Aun así, como H. M. Elder, T. S. Ellis y F. Yahya de la Unidad de Fibras y Textiles, del Departamento de Química Pura Aplicada, Universidad de Strathclyde, escriben: «resulta dudoso que pueda desarrollarse cualquier otra máquina que sea capaz de emular el amplio campo de tensiones abrasivas, y sus respectivas proporciones, al cual es sometido un material textil en uso». (*J. Tex. Inst.*, 1987, n.º 2, p. 72). Este escepticismo escocés resultaba estimulante, ya que corroboraba lo que yo mismo había sospechado durante aquellos primeros minutos en mi despacho, después de que se hubiese roto mi segundo par de cordones.

Y entonces, comprobando los volúmenes de las *Síntesis del mundo del textil* de 1984, leí la entrada 4522:

Métodos para evaluar la resistencia a la abrasión y al deslizamiento de nudos de cordones de zapatos
por Z. Czaplicki

Technik Wlokienniczy, 1984, 33 n.º 1, 3-4 (2 páginas). En polaco.

Se describen e investigan dos aparatos mecánicos destinados a probar la resistencia a la abrasión y el deslizamiento de nudos. Se comentan los estándares polacos.

[C] 1984/4522

Dejé escapar un gritito y planté la palma de la mano en la página. Puede que para algunos resulte difícil de entender la alegría que sentí. ¡He ahí un hombre, Z. Czaplicki, que *tenía que saber*! No iba a abandonar el problema con un suspiro ante la complejidad y la limitación humana después de pensarlo un minuto, como yo había hecho, e irse luego a almorzar -*él iba a convertir el problema en su vocación vitalicia*-. Y no me digas que recibió una directriz centralizada para que investigara un tejido más duradero para los cordones de cara al mercado de las exportaciones. ¡Ah, no! Sus propios cordones se le habían vuelto a romper una mañana, y ya iban demasiadas, y en lugar de comprase un par de cordones de zapatos de repuesto en la *farmacia* de la esquina y olvidarse del problema hasta la próxima vez, había construido una máquina y anudado a ella centenares de cordones de todo tipo, rayéndolos una y otra vez, en un apasionado esfuerzo por hacerse una ligera idea de las fuerzas que operaban. Y había ido aún más allá, había construido otra máquina para determinar qué textura superficial de los cordones conservaría mejor el nudo, de tal forma

que la humanidad no tuviera que tirarse todo el día reatándose los cordones y rayéndolos antes de tiempo. ¡Qué gran hombre! Salí de la biblioteca aliviado. Se habían hecho progresos. Había alguien investigando el problema. De ahí en adelante, el señor Czaplicki, en Polonia, se ocuparía de ello.